

ESFERAS DEL TIEMPO

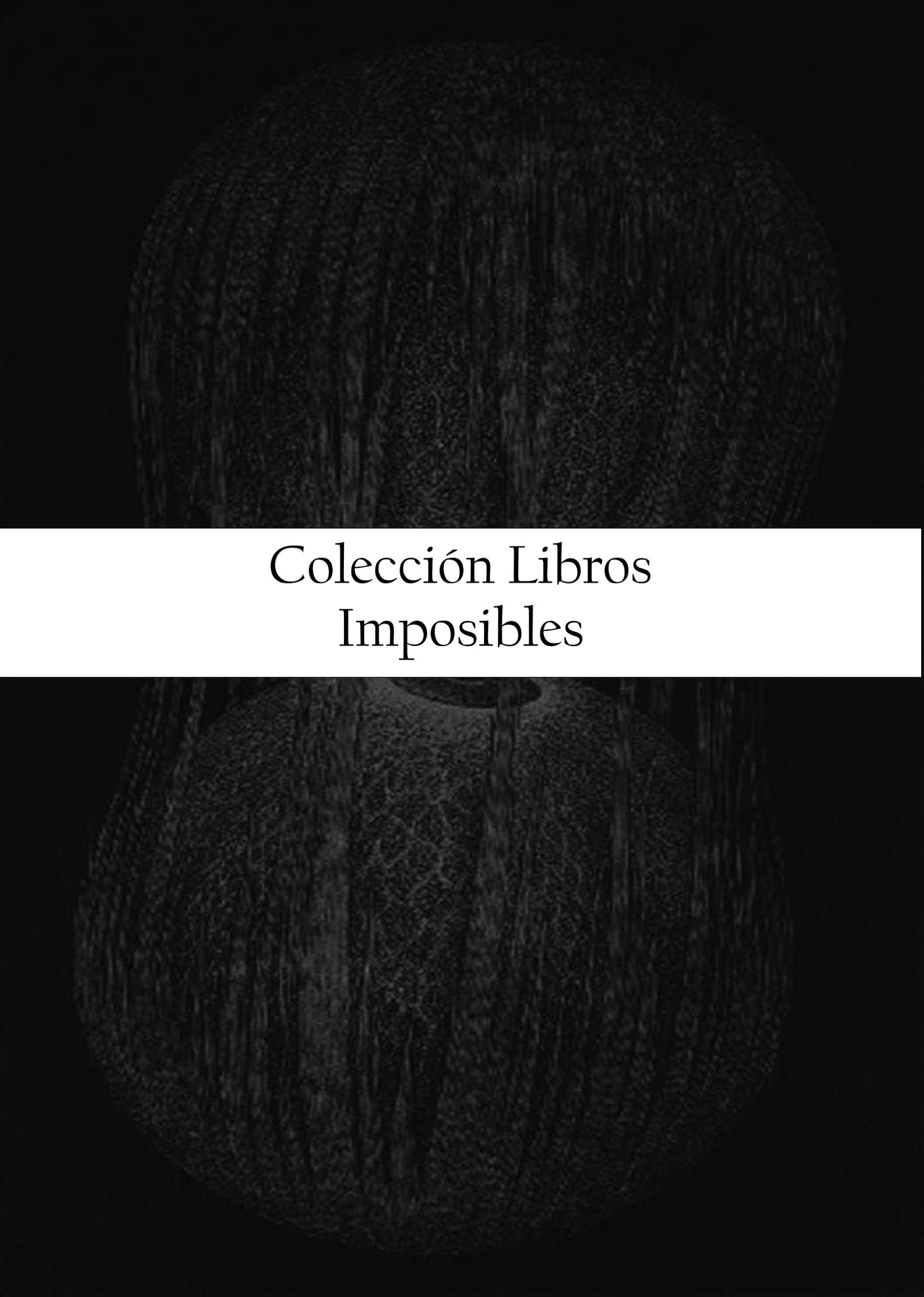
POETAS IBEROAMERICANOS NACIDOS EN LOS 1950

floriano martins & omar castillo [org.]





Esferas del tiempo



Colección Libros
Imposibles

Esferas del tiempo

Poetas iberoamericanos nacidos en los 1950

Floriano Martins
y Omar Castillo

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

2024-

Martins, Floriano, 1957 / Castillo Omar, 1958

Esferas del tiempo – Poetas iberoamericanos nacidos en los 1950 / Floriano Martins y Omar Castillo

--1ª ed.-- Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.

229 pg. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 26 >

<Digital>

1. Poesía iberoamericana. 2. Literatura iberoamericana. I. Título.

Primera edición, 2024.

Colección Libros Imposibles #26

© *Esferas del tiempo – Poetas iberoamericanos nacidos en los 1950*

© Floriano Martins

© Omar Castillo

Portada & ensayo fotográfico:

Floriano Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

El autor



EL PRINCIPIO DE LAS ESFERAS

Leyendo los poemas de los 20 poetas incluidos en *esferas del tiempo, poetas iberoamericanos de los 1950*, se hace evidente que más que pretender crear movimientos literarios, quienes nacimos en esos años decidimos asumir el conocimiento propiciado por los movimientos poéticos en Occidente desde el romanticismo. Así, en la escritura de nuestros poemas nos aventuramos por los motivos que estos participan y, ante todo, por las confluencias que propician e informan. Y no solo en Occidente, pues también estamos atentos al suceder de la poesía en el mundo. De alguna manera intuimos que de no asumir estas experiencias en sus contrariedades y encuentros, podríamos correr el riesgo de caer en lo hueco de la repetición. Creo que uno de nuestros mayores impulsos como generación ha sido crear poesía sin ignorar la poesía creada antes de nosotros. Asunto complejo, empero fascinante.

Aunque estuviéramos relativamente cerca de lo que se ha llamado segunda vanguardia –o la contracultura–, la verdad es que los movimientos fueron de algún modo decepcionantes en eso de crear un ambiente solidario y de respeto por la diversidad. De este modo, considerando que el camino estético siempre ha exigido singularidad, lo que pasa a interesarnos es la definición de una voz propia que sea deudora de una multiplicidad de voces, pero sin vínculos con lo clasificable. Y nuestros países ya habían constituido una relevante caja de referencias que nos fue muy atractiva. Pensemos en Cuba con José Lezama Lima, en Brasil con Carlos Drummond de Andrade, en Chile con Vicente Huidobro, poéticas que enriquecieron nuestra identidad.

Podríamos decir que las voces de nuestra generación, se fundan en la aproximación y en la distancia que nos da el conocimiento de las obras producidas por movimientos como el romanticismo, el modernismo, el simbolismo, el dadaísmo, el impresionismo, el surrealismo, el creacionismo y otros que con sus acciones y sus creaciones desvelaron pasadizos fundamentales para aprehender la realidad y la otredad. Por eso la poética de cada uno de nosotros se establece en ese cruce de tiempos donde inevitablemente estos movimientos se funden, alimentando el continuo creativo de una tradición que crece entre la ruptura y la fundación. Así, nuestros poemas reflejan una unidad fragmentaria, es decir, a través de ellos

participamos de un mundo cuyas realidades se desenvuelven en un caleidoscopio fabuloso y dramático. El mismo título de este libro: *esferas del tiempo, poetas iberoamericanos de los 1950*, dice de ese cruce, de ese encuentro.

Aquí tenemos que avanzar un poco más en las fuentes, que no siempre son literarias. Y todo esto tiene que ver con algo muy precioso que ha surgido como un regalo de las vanguardias, que es el amplio territorio de la imagen. Por supuesto hablo de la imagen tanto plástica cuanto poética. Igual que de la comprensión de los ritmos evocados a partir de los atributos del verso libre, y también de los mitos, porque los bultos de la singularidad poética de cada uno de nosotros, también contemplan la presencia misteriosa de una mitología personal. Además, somos beneficiarios de muchos avances tecnológicos que permiten un caudal de conocimiento que amplía la velocidad de las conexiones, lo que se podría llamar de vasos comunicantes, pero con su electricidad vertiginosa.

Sí, la imagen haciéndose y deshaciéndose. En el caso de la plástica acercando lo real y lo maravilloso para el logro de sus imaginarios. Y en la poesía encontramos imágenes nutriéndose de súbitas analogías y de ritmos que las impulsan hasta componer un dibujo metafórico, cuyos ámbitos y atmósferas atraen lo real y lo azaroso hacia el misterio revelador del poema. También debemos hablar de la música, de su presencia en el decir de nuestros poemas. Las músicas que nos han tocado, colorean el aura de nuestros versos esparciendo los sudores, los olores, los colores, los sonidos y el asombro de ver y palpar lo exuberante y complejo de nuestra geografía íntima y común. Empero, también hemos sido tocados por la exasperante polarización que fundamentó la Guerra Fría. Nuestra época se cuece en ascuas maravillosas y al mismo tiempo, patéticas.

Y hay aquí un punto esencial que enlaza el ambiente político con la vorágine de conocimiento que la tradición, la curiosidad y la tecnología permiten, y es justamente la condición humana, el humanismo que reflejamos en medio de las trampas del formalismo, el subjetivismo infecundo, los vicios de complejidad camarillesca de una escritura cifrada en los andamios de un verbo politiquero. Creemos que los nacidos en los 1950 tuvimos que enfrentar este escenario *ardiloso*, lo que incluía los riesgos del aislamiento. Iberoamérica crecía tambaleándose en la oscuridad, confundiendo

sus enemigos y sin poder de reacción. Hasta hoy esta parte casi total del continente es un archipiélago cuyas islas casi que se devoran entre sí. No tuvimos otro modo de ser que no fuera crecer desde el interior y buscando la extinción de todas las fronteras.

Por eso podríamos decir que de manera intencional nuestra poesía surge en la periferia de la actualidad domesticada. Y es una poesía cuyo centro es la palabra en su desgarramiento verbal cuando se revela como una cresta en el vacío de la creación, cresta súbita y penetrante en el asombro vital que propicia. Y por presuntuoso que pueda parecer nuestro oficio nos mantiene en lo luminoso y en lo oscuro. Somos habitantes en las márgenes del mundo geoeconómico actual, empero, vivimos en el centro de la realidad, en sus más exasperantes y esclarecedoras erupciones. Nuestro oficio es la lucidez. La pasión y la lucidez ante quienes ofertan un mundo sustentado en la usura depredadora. Un mundo homologado para la obediencia laboral y el consumo como única visión de la vida.

Esto incluso tiene que ver con lo que defiende Carlos Parada Ayala (El Salvador, 1956) al decir que no aspira a una sola voz poética, por el contrario: *Aspiro a explorar la poesía en el plural, en sus muchas voces*. Lo mismo que apunta Floriano Martins (Brasil, 1957) cuando describe que la creación –esta multitud de voces– sale siempre a buscar otros modos de ser. O la simbiosis buscada por Maritza Cino Alvear (Ecuador, 1957). Igual podemos seguir las palabras de Omar Castillo (Colombia, 1958) cuando observa que su *noción de la poesía se nutre de todas las poéticas posibles para la realización de su escritura*. Haciendo evidente una característica más de los poetas que nacimos en los 1950, como lo es también la pasión por los abismos, por las esferas sagradas de la creación, más allá de sus límites de lenguaje. Además de poetas, entre nosotros también encontramos los que juegan con la plástica, la música, el teatro, la narrativa, el ensayo, la traducción etc.

A estas experiencias con los elementos de la creación cabe agregar unos puntos de intensificación de la vida de cada uno de nosotros, las residencias en otros países, las relaciones oníricas, el acento autobiográfico, los fantasmas de una identidad imposible y otros. Aída Toledo (Guatemala, 1952) aclara: *Por largos años me vi en medio de diversas identidades, tan variadas, transformadas, transculturalizadas y metamorfoseadas que incidieron en la escritura que yo*

misma, que iba sufriendo esos procesos, vivía. Beatriz Hausner (Chile, 1958) prende su luz en otra dirección: *Más que un adentro, afuera, arriba o abajo, para mí lo poético se gesta en un estado liminar, próximo a la ensoñación.* Movimiento en muchas direcciones, como la transmisión de cosas vitales en el mundo que llevamos adentro y afuera. Pero siempre mundo cargado de existencia, de los fuegos íntimos de nuestra percepción de la realidad. Y mundo épico formado por esas mil voces que salen del mismo estado de asombro.

Ya desde el verbo erótico que recorre la piel del sueño del deseo, o en las palabras que prenden en la flora de nuestra geografía real e imaginaria, o en esas nostalgias de infancias acurrucadas en la memoria o en los barrios de nuestras ciudades donde se curten los relatos de lo asombroso, como también los del aciago, en nuestros versos cunde la cotidianidad y la otredad. Inevitable, los poetas Iberoamericanos que nacimos en los 1950, componemos una generación cuyas voces informan una caleidoscópica visión de la vida y de la muerte, no otra cosa muestra este libro *esferas del tiempo, poetas iberoamericanos de los 1950*. Quedan temas como los técnicos en la escritura de cada uno. Ya vendrán quienes se interesan en estos aspectos y realizarán sus aportes.

DAISY ZAMORA (Nicaragua, 1950)

● *no pienso en un libro*



No pienso en un libro cuando lo escribo, sólo escribo. Entonces estos poemas reflejan distintas etapas y vivencias a lo largo de mis años juveniles. Era una recopilación extensa de poesía que escribí durante años. Yo no estaba pensando en un libro, pero el padre Ernesto Cardenal y el poeta Julio Valle-Castillo me pidieron mis poemas, y después de hacer una escogencia aparecieron con el libro ya estructurado. Me dijeron que valía la pena que tuviera un libro; fue como un regalo de ellos. Creo que es mi poesía más limpia, porque es una poesía que sale de la pura sensibilidad, que es como una escribe cuando está más joven y no tiene muchos recursos elaborados. Es una poesía bastante desnuda de artificios. Esa poesía tiene voluntad de cambiar el mundo, creo que eso es lo que intentaba hacer.

[...]

En un tiempo me apasioné por la poesía oriental, y también estuve estudiando chino por mi cuenta. No progresé mucho, pero algo aprendí en el esfuerzo de entender y leer los ideogramas. Ezra Pound fue el que me abrió la puerta con su ensayo sobre los ideogramas de la escritura china como recurso poético estudiados por el orientalista Ernest Fenollosa, y porque leyendo las traducciones de Pound en un librito que se llama *Cathay*, que es el nombre de la antigua China, empecé a conocer a Li Po que allí aparece como Rihaku, y también leí a Tu Fu, a Wang Wei, y a otros poetas antiguos. Después me interesé en leer a Lao Tse, y al japonés Daisetz Teitaro Suzuki. Es posible, digo yo, que por esas lecturas mi primera poesía esté despojada de artificios.

[...]

La poesía es una especie de “rayo que no cesa”, decía el poeta español Miguel Hernández. Hay momentos en que hay algo en nosotros que nos hace ver más allá, ese es el milagro de la poesía.

Ese segundo milagroso de percepción sobrenatural. De ahí, partiendo de ese rapto tan efímero que tuviste, empezás a trabajar. Hay poemas que abortamos porque resultan imposibles. Hay otros que aparecen de pronto y ya completos, como si alguien me los dictara. Tengo poemas en los que no he podido decir bien lo que quiero, y no me he deshecho de ellos sólo porque el poeta hondureño Roberto Sosa me aconsejó: “No los botés, porque un día podés hacer un libro de poemas ‘reparados’”. (Ríe)

[...]

Creo que hombres y mujeres por igual somos todos seres humanos, y por eso es que deberíamos relacionarnos de una manera más equitativa. Creo que la poesía trata del problema humano, independientemente de si venimos al mundo siendo hombre o mujer. La poesía brota de la sensibilidad de la inteligencia, y la inteligencia no tiene sexo, como decía Sor Juana Inés de la Cruz. Los críticos, sin embargo, mucho exageran sobre la cuestión feminista y tratan de encasillarlo a uno. Creo que los poetas estamos en el mundo para “decir” el mundo. En alemán, me parece que poesía, o poema, significa “decir”, *Dichtung*. La poesía, en última instancia, es lo que decís o hablás, y vos decís lo que mueve tu sensibilidad.

[...]

[Fragmentos de entrevista hecha el 5 de junio de 2010 para la revista Carátula, por el poeta nicaragüense Francisco Ruiz Udiel.]

MENSAJE URGENTE A MI MADRE

*Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán...*

GABRIELA MISTRAL

Fuimos educadas para la perfección:
Para que nada fallara y se cumpliera
nuestra suerte de princesa-de-cuentos infantiles.

¡Cómo nos esforzamos, ansiosas por demostrar
que eran ciertas las esperanzas tanto tiempo atesoradas!

Pero envejecieron nuestros vestidos de novia
y nuestros corazones, exhaustos,
últimos sobrevivientes de la contienda.
Hemos tirado al fondo de vetustos armarios
velos amarillentos, azahares marchitos.
Ya nunca más seremos sumisas ni perfectas.

Perdón, madre, por las impertinencias
de gallinas viejas y copetudas
que sólo saben cacarearte bellezas
de hijas dóciles y anodinas.

Perdón, por no habernos quedado
donde nos obligaban la tradición
y el buen gusto.

Por atrevernos a ser nosotras mismas
al precio de destrozar
todos tus sueños.

QUÉ MANOS A TRAVÉS DE MIS MANOS

Las anchas manos pecosas y morenas de mi abuelo
con igual destreza vendaban una herida,
cortaban gardenias
o me suspendían en el aire feliz de la infancia.

Las manos de mi abuela paterna
-artríticas ya cerca de su muerte,
una vez fueron frágiles manos, filigrana de plata,
argolla de matrimonio en el anular izquierdo;
pitillera y traguito de *scotch* o de vino jerez
en atardeceres de blancas celosías
y pisos de madera olorosos a cera,
recostada en su *chaise-longue* leyendo trágicas historias
de heroínas anémicas o tísicas.

Mi padre siempre cuidó la transparencia de sus manos
delicadas como ala de querube
hechas para lucirlas
con violín o batuta.

Mi madre heredó las manos de mi abuelo Arturo,
pequeñas y nudosas, con dedos romos.

De tantas manos que se han venido juntando
saqué estas manos.
¿De quién tengo las uñas, los dedos,
los nudillos, las palmas, las frágiles muñecas?

Cuando acaricio tu espalda,
las óseas salientes de tus pies
tus largas piernas sólidas,
¿qué manos a través de mis manos
te acarician?

ARRURRÚ PARA UNA MUERTA RECIÉN NACIDA

¿Cómo hubiera sido tu sonrisa?
¿Qué habrías aprendido a decir primero?
¡Tanta esperanza para nada!
Tuve que secar mis pechos que te esperaban.

Una fotografía apresurada
insinúa tu limpio perfil,
la breve boca.
Pero no puedo recordar cómo eras,
cómo habrías sido.

Tan viva te sentí, dándote vueltas
protegida en mi vientre.
Ahora me despierto estremecida
en medio de la noche
-hueco el vientre-
y me aferro a un impreciso primer llanto
que escuché, anestesiada
en el quirófano.

VISIÓN DE TU CUERPO

En la habitación apenas iluminada
tuve una dicha fugaz:
la visión de tu cuerpo desnudo
como un dios yacente.
Eso fue todo.

Indiferente
te levantaste a buscar tus ropas
con naturalidad
mientras yo temblaba estremecida
como la tierra cuando la parte el rayo.

CELEBRACIÓN DEL CUERPO

Amo este cuerpo mío que ha vivido la vida,
su contorno de ánfora, su suavidad de agua,
el borbotón de cabellos que corona mi cráneo,
la copa de cristal del rostro, su delicada base
que asciende pulcra desde hombros y clavículas.

Amo mi espalda pringada de luceros apagados,
mis colinas translúcidas, manantiales del pecho
que dan el primer sustento de la especie.
Salientes del costillar, móvil cintura,
vasija colmada y tibia de mi vientre.

Amo la curva lunar de mis caderas
modeladas por alternas gestaciones,
la vasta redondez de ola de mis glúteos;
y mis piernas y pies, cimiento y sostén del templo.

Amo el puñado de pétalos oscuros, el oculto vellón
que guarda el misterioso umbral del paraíso,
la húmeda oquedad donde la sangre fluye
y brota el agua viva.

Este cuerpo mío doliente que se enferma,
que supura, que tose, que transpira,
secreta humores y heces y saliva,
y se fatiga, se agota, se marchita.

Cuerpo vivo, eslabón que asegura
la cadena infinita de cuerpos sucesivos.
Amo este cuerpo hecho con el lodo más puro:
semilla, raíz, savia, flor y fruto.

A UNA DAMA QUE LAMENTA LA DUREZA DE MIS VERSOS

Sucede que cuando salgo, lo primero que veo
es un vagabundo que hurga en la basura.
A veces, una loca sombrea su miseria
frente a mi casa. Y el vacío de sus ojos insomnes
entenebrece la luz de la mañana.

Esquinas y semáforos invadidos por gentes
que venden cualquier cosa... enjambres de niños
se precipitan a limpiar automóviles
a cambio de un peso, un insulto, un golpe.
Adolescentes ofertan el único bien: sus cuerpos.
Mendigos, limosneros, drogadictos: la ciudad entera
es una mano famélica y suplicante.

Usted vive un mundo hermoso: frondosas arboledas
canchas de tenis, piscinas donde retozan
bellos adolescentes. Por las tardes
niñeras uniformadas pasean en cochecitos
a rubios serafines.
Su marido es funcionario importante.
Usted y su familia vacacionan en Nueva York o París
y en este país están sólo de paso.

Lamenta mis visiones ásperas. Las quisiera suaves,
gratas como los pasteles y bombones que usted come.
Siento no complacerla. Aquí, comemos piedras.

CUANDO LAS VEO PASAR

Cuando las veo pasar alguna vez me digo: qué sentirán
ellas, las que decidieron ser perfectas conservar a toda costa
sus matrimonios no importa cómo les haya resultado el marido
(parrandero mujeriego jugador pendenciero
gritón violento penqueador lunático raro algo anormal
neurótico temático de plano insoportable
dundeco mortalmente aburrido bruto insensible desaseado

ególatra ambicioso desleal politiquero ladrón traidor mentiroso violador de las hijas verdugo de los hijos emperador de la casa tirano en todas partes) pero ellas se aguantaron y sólo Dios que está allá arriba sabe lo que sufrieron.

Cuando las veo pasar tan dignas y envejecidas los hijos las hijas ya se han ido en la casa sólo ellas han quedado con ese hombre que alguna vez quisieron (tal vez ya se calmó no bebe apenas habla se mantiene sentado frente al televisor anda en chancletas bosteza se duerme ronca se levanta temprano está achacoso cegato inofensivo casi niño) me pregunto:

¿Se atreverán a imaginarse viudas, a soñar alguna noche que son libres y que vuelven por fin sin culpas a la vida?

CUENTOS DE HADAS

Blancanieves se negó a ser sirvienta de los enanos, y no le permitieron entrar en la casita.
La Cenicienta demandó por maltrato a su madrastra.
Sin escopeta no entro al bosque, dijo Caperucita, después de que el lobo la siguió por primera vez.
(Su abuela nunca abría la puerta sin asomarse antes.)

Piel de Asno se atrevió a denunciar el incesto de su padre.
La Sirenita no murió de amor. Tampoco se ilusionó con que un príncipe se casaría con ella.
Cuando la Bella conoció a la Bestia, lo quiso tal cual era, sin esperar milagros de ninguna clase.

Ricitos de Oro ni se atrevió a probar la sopa— los osos la habrían devorado de inmediato.
La Princesa del Guisante no aceptó dormir sobre tantos colchones, y les gritó que si dudaban de su linaje, se fueran todos al infierno.

Alicia jamás viajó al País de las Maravillas, y la Bella Durmiente se acostó, aburrída,

porque nunca le permitieron hacer lo que quería.

Estos son los cuentos, hija mía.
La vida se encargará de contártelos.

MUERTE EXTRANJERA

*A Francisco Zamora Gámez
y Rogelio Ramírez Mercado*

¿Qué paisajes de luz, qué aguas, qué verdores,
qué cometa suelto volando a contra sol
en el ámbito azul de una mañana?

¿Qué furioso aguacero, qué remoto verano
deslumbrante de olas y salitre,
qué alamedas sombrías, qué íntimo frescor
de algún jardín, qué atardeceres?

¿Cuál luna entre tantas lunas,
cuál noche del amor definitivo
bajo el esplendor de las estrellas?

¿Qué voces, qué rumor de risas y de pasos,
qué rostros ya lejanos, qué calles familiares,
qué amanecer dichoso en la penumbra de un cuarto,
qué libros, qué canciones?

¿Qué nostalgia final,
qué última visión animó tus pupilas
cuando la muerte te bajó los párpados
en esa tierra extraña?

ANIVERSARIO

A mis hermanos y hermanas

De repente partiste, y no supimos qué hacer.

Allí quedaron, inmóviles, tus cosas:
la bata colgada de la puerta,
las pantuflas al lado de la cama,
el libro que leías, sobre la mesa de noche.

No oímos más tu risa. Tu voz no regresó.

Nos dejaste tan pronto, que te has vuelto el más joven.
Todos –hasta la más pequeña– somos mayores que vos.

Cuánto ha durado ya, padre mío, el silencio.

LA MESERA (2)

Cómo creía entonces que de verdad
para algo me serviría el físico.
Morena y delgadita
sólo por mí venían los montones de clientes
desde Managua y Los Pueblos,
ya no se diga los que entraban
de aquí de Masaya.
Me tocaban las nalgas y tenía
ofertas al escoger:
de amorcito para arriba me trataban.

Claro que me acuerdo de vos, Castillito;
desde que te fuiste a México a estudiar
siempre pedí a los amigos
razón tuya.

Ya ves, cómo me tienen los muchachos:
gorda, cansada y varicosa.
Ni estoy tan vieja

pero así son las cosas de la vida;

La mesera más linda del “Mini-16 Rojo”
y de qué me sirvió.

LA MIGRANTE

Se despierta extrañada
desconociendo el cuarto.

¿Adónde se fue el padre,
dónde la madre
que hace un momento apenas
la acompañaban?

¿Dónde están las palabras
de la conversación,
y el patio oloroso
después del aguacero?

Se levanta y suspira.

Este cuarto extranjero
y la luz indiferente
de una mañana cualquiera
que la hiere.

Desde la calle
los ruidos de la vida entran.
Y el sueño queda estrujado
como un pañuelo.

SOLEIDAD ÁLVAREZ (República Dominicana, 1950)

● *un modo de vivir*



Tengo trece años y en mis manos, al fin, después de buscar y buscar por todos los escondrijos de la casa, la llavecita de hierro con la que podré abrir el librero de mi madre. Un pequeño mueble de caoba, con dos puertas de vidrio a través de las cuales puedo ver los libros que por la edad no me permiten leer; novelas en su mayoría, convertidas en obsesión tanto por mi temprana afición a la lectura como por la fascinación de lo prohibido.

Pasarán los años y entre las inigualables experiencias que me deparará la literatura, ninguna como la del momento en que, temblando, a escondidas de mis padres abro y leo por primera vez el primer libro robado, el que por su título más llamaba mi atención adolescente: *El amante de Lady Chatterly*, de D.H. Lawrence. Y fue un rayo, un tornado que me arrancó del ordenamiento del nido a los contradictorios caminos de las realidades humanas.

Uno o dos años antes, la explosión popular que siguió al ajusticiamiento del dictador Rafael Trujillo fue otro sacudimiento. Tras la represión de treinta y un años, la muchedumbre salió a las calles y sin los grilletes del miedo, al grito enardecido de “libertad, libertad” derribó estatuas, saqueó las casas de los opresores. Esas imágenes y el decisivo cambio político social fueron el contexto que enriqueció la lectura de la novela, el impacto interior por el furioso deseo de libertad de Constance Chatterly, la crítica a los tabúes y las verdades sociales, y por la lucha de lo nuevo contra lo viejo.

“Hay que seguir viviendo a pesar de todos los firmamentos que se hayan desplomado. Esta era, más o menos la posición de Constance Chatterly. La guerra le había derrumbado el techo sobre la cabeza. Y ella se había dado cuenta de que hay que vivir y aprender”. Más de cinco décadas después, esa intervención del narrador todavía tiene eco en mi interior. Vivir a plenitud, en el ser y la conciencia, en la unidad cuerpo-espíritu *una forma de vida*, aprender-aprehender con los sentidos, el pensamiento, el alma. Y

con la palabra compartida transformada en luz diamantina ir desde la finitud tras el infinito, desde la soledad al encuentro con el otro en la experiencia más radical que podamos vivir: la Poesía.

Escribir poesía ha sido y es para mí “a pesar de todos los firmamentos que se hayan desplomado” un acto de fe, la creencia que sustenta mi visión del mundo, una manera de pensar y vivir, de habitar el ser y nombrar lo sagrado. Poesía porque aspiro a la reconciliación con el alma, a la recuperación de los valores humanos, sobre todo de aquellos que nos hacen salir de nosotros mismos para reinventar desde nuestra lacerada condición humana una realidad más esencial y justa. Decir y decirme en la búsqueda febril, apasionada e insomne de la palabra. Sin concesiones. Hasta que duela.

CLASE DE COCINA

Arrancarle la piel a la cebolla.
Desafiante
 sobre la tabla de cocina
como en el poema
 la palabra.
Atravesar sus capas tiernas,
su rojiza esfera;
llegar a su rotundo henchido corazón
a su poso de cristal
a su médula.
Pero no con el cuchillo
-por el filo el corte-
no con el ajeno utensilio y la pericia.
Con las manos tendré que desgajarla
con las uñas escarbar su carnadura,
y lloraré incontenibles lágrimas
y su sabor será mi sabor
y su olor agrio mi marca.

AGOSTO

Deseo de ti.
Deseo de mí en ti.
Hondo.
Pez que nada
 en la nada de su centro.
Espacio.
Sin retorno.
Solo boca.
Roce.
Seno.
Húmeda
 de palpable humedad
Me hundo en ti.
Lo real es remoto
 Y cede

ANTIERÓTICA

Conozco el centro de tu cuerpo
Palmo a palmo la piel y sus aristas
Dientes
Gestos que son dédalo
Hasta que encuentro el camino
Por la curva del pie
Hasta el gozne de las piernas.

Conozco el pozo donde me detengo
para alcanzar el manantial de tu sexo
puente de venas
torbellino de nervios
vellos.

Tendido estás y en tu mano
el pezón apunta desaparece
uva blanda en la fuga de amor
erizado renuevo
cuando cierras los ojos para verme
cuando abres el alma
y soy tu cuerpo.

DESEO INCONCLUSO

Una puntada sigue a otra puntada
y pronto habré de olvidarte.
La helada apagará la llama que incendió el verano
cubrirá los días otra vez sin huella
en el desecho de escarcha,
y no habrá cobijo para abrigarme ni espejo
en el que me mire
con puertas para atravesar al otro lado.
Inclémencia de lo que sin querer
resistiéndose embiste
y al igual que un soberbio animal acorralado
exige su remate.
Que sea, pues, que el cielo vuelva a ser inalcanzable

el corazón músculo contráctil
el mar únicamente una masa extendida de agua salada.
Demasiada figuración para salvar la escena,
demasiado alimentar la fábula para al final
llegar renqueando a un pozo seco,
en el labio estéril todas las preguntas sin responder
y prendida en el pelo la flor del ridículo.

SIN TI

*Sin ti es inútil vivir
Como inútil será el quererte olvidar.*

Bolero de PEPE GUIZAR

El hombre que espero me romperá el corazón.
Así insista con su azul el ensueño
siembre entrelazados su nombre y el mío
los riegue la memoria del deseo para que retoñen
florezcan igual que el desierto el día que nos conocimos,
siempre hay un final
un punto sangrante entre dos tiempos
una estación de trenes sin vuelta
donde los que parten no miran atrás.
Tan breve el encantamiento
-la mirada arrebatada la apoteosis del sueño-
tan inútil abrir el pecho entregar el corazón.

Lo demás es el desenlace:
el bar el bolero de fondo
repetir mientras espero el conjuro
"que no termine que no se vaya que no se vaya".
En vano. No hay final feliz.

UNA CAMA NO ES UNA CAMA

Una cama no es sólo el colchón, las sábanas,
las almohadas.

No sólo está hecha de hierro o de madera.

No sólo es para una o para dos.

La cama tuya y mía es tornadiza

como los días de verano:

playa de arenas blancas, lisa y calma

cuando nos tendemos para mirarnos

sin recelos sin horizonte

pensamiento adentro el uno al otro,

en lasitud de luna el paso reflexivo,

nubes destilando humedades,

apetencias que nos bañan;

y entonces ya no estamos en la playa

sino en un mar de aguas huracanadas,

y la cama es una ola en su rompiente,

un torbellino de espuma abierta

en el que se arremolinan los pulpos del deseo

junto a las algas anguilas quemantes,

y en la deriva de pliegues y fragmentos

tu voz es una balsa y tu cuerpo el remolque

que me lleva a la orilla original;

y la cama ya no es playa ni mar

sino isla

donde una niña duerme

acunada en el regazo de la tierra.

CASADA (1985)

Despierta el esposo como si llegara

de un mar en calma

de un sueño de sosiego surcado de pájaros.

Lento el despunte brota el acorde

la armonía despliega su velamen.

Me ama dice con su voz de remanso
¿me amas? pregunta arrebuñado en su ámbito claro.

Yo despierto como si llegara de un mar en furia
sirvo el café pienso en barcos que zozobran
fondos como la locura que todo lo engullen
todo lo devoran.

BARBIE

Las dudas no han oscurecido su mirada.
No tiene venas indiscretas en las piernas
ni líneas en el rostro que señalen
la frecuencia de un gesto
o de una desesperanza.
Su perfección es implacable.
te recuerda tu verdad de mujer que envejece
la curva cada vez más notoria del vientre
la aflicción de los pechos
el temor puntual cada mañana
de que aparezcan alrededor de los ojos
las primeras arrugas
la primera hebra blanca
en el pelo que llevas más corto
para suavizar el paso de los años.
Es como chocar contra un muro
que no habías visto
pero que estaba a mitad del camino
para esta caída
de la que te levantarás otra
menos hirviente
quizás menos apetecible
para estos ejercicios lacerantes
en los que pusiste la vida
amando hasta no ser
dejándote llevar por desiertos de muerte.
Lo que perece con el tiempo
no es sólo el músculo o la piel.
Lo que has ganado

no son sólo estas heridas
que destilan piedad.
Ahora estás a salvo y son las cinco.
Tu hija celebra el cumpleaños de su
muñeca. Las niñas comienzan a llegar.

AL DESNUDO

Frente a ti han ido cayendo
uno a uno los velos que me cubren;
y el fulgor, la fábula arrebatada que fui
como flor de sal en el agua
se han perdido.
Mira la antípoda impía de lo que deseaste;
bajo la luz que no tiene escudo ni vuelta
mírame las astillas del hombro
las uñas sin consuelo
la almendra del vientre trocada en
cuesco exangüe,
el sexo donde el deseo depositó su tibieza líquida
una medusa prensada entre tablas.

Desnuda estoy del desnudo que me disfraza
y mis ojos ya no son el fanal de tus viajes nocturnos;
de mis senos no mana la lecha que te alimentaba
y en mis sienes no pastan furias ni caballos.

Ah las imágenes que perseguí y perdimos
la lumbré efímera, la imposible divisa destrozada;

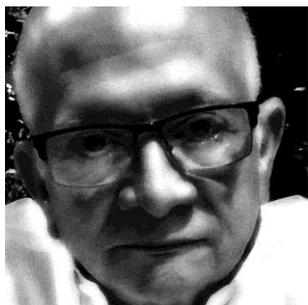
pero al final del día mi corazón es la casa
donde te acojo
sin velos, con dulzura de amapola.

EN CASA

Es bueno llegar
quitarse los zapatos
dejar en el agua el polvo del día largo
tocar desnuda las paredes desnudas de la casa
caminar como ciega entre muebles libros lámparas
como ciega que solo tiene estas pobres cosas.
Habría que arreglar puertas pintar los techos
esmerilar espejos por donde anda mi extravío
donde miro a la que no puede escapar
 hacia ninguna parte
porque la casa es una torre que no conoce a nadie.
Mejor así.
Me basta lo que tengo.
Mías son las hormigas ensimismadas
el camino brillante de la babosa
la rana recién nacida en el baño de mi hija
y este *blues* largo
para decir tu nombre
como un trofeo.

MANUEL ORESTES NIETO (Panamá, 1951)

● *han transcurrido cincuenta años*



Han transcurrido cincuenta años desde aquel año de 1970, cuando publiqué mi primer cuaderno de poemas, sin comprender plenamente que estaba cruzando el umbral hacia los caminos de la palabra. Sin embargo, medio siglo no ha sido suficiente para decir todo lo que quisimos compartir. Creo que lo escrito es un sólo poema sobre un espacio geográfico

y humano llamado Panamá y cómo sentí vivir entre los océanos, en el paso de multitudes que iban y venían por la angosta geografía ístmica. Familia, memoria, barrios y sucesos se tejieron por igual en una poesía anclada en la primera ciudad de la vertiente pacífica del continente, reconocible, lluviosa y limítrofe con una frontera colonial en el corazón del país y a orillas del fabuloso canal de Panamá. La poesía expresó esa realidad de la nación y las contradicciones que surgen de la ocupación extranjera y con la soberanía cercenada. Gran parte de esa poética tiene como telón de fondo a la historia y, muy especialmente, de la segunda mitad del siglo XX panameño. Diferentes registros, oscilaciones entre la lírica y la épica, huir de las gratuidades del panfleto, modular la sonoridad, fue el desafío en este oficio de orfebrería de cantos y sueños. Sé que la poesía panameña es desconocida y que sus logros y poetas de estirpe están por ser leídos por vez primera en las latitudes de pueblos hermanos. Sin embargo, existe. Y la hacemos en el país con nombre de árbol, pez o mariposas, donde hacemos nuestras vidas, entre las bienvenidas, reencuentros, abrazos y adioses, en los puertos y las mareas que nos circundan

EL CRISTAL ENTRE LA LUZ
(fragmentos)

I.

En ti vivió siempre un caballo de madera. Los dioses
que inventamos tuvieron miedo a perder
el sentido, como faros que a nadie guían.
De piedra hicimos nuestra ciudad y también
de muertos callados.
De las esquirlas del amor quedó su cicatriz.
Y no hubo vencedor para la hazaña.

En ti la abeja construyó su panal. No hubo siglo
en que no resucitaras de cuerpo en cuerpo de mujer.
De años de esperar los navíos del regreso
se pobló nuestro tiempo.
En las primeras hojas de café está escrito:
Volverá una legión a marcha forzada
a buscar a sus héroes y no habrá murallas
que se resistan.

Entre tanto, cabalgó el jinete y se multiplicó
la miel.

II.

Permíteme reconstruir el instante en que un sol anaranjado
se inclinó ante ti. La sandalia y la arena
en los trazos tenues de la evaporación del día.
La esquina de madera de tantos viajes
a tu centro. El hilo de plata sobre tu cuello
y el peso de tu presencia
como un perfecto vaso de ébano.

Permíteme rehacer el horizonte de tu mirada y la comisura
de tus labios. La mano alzada del afecto
y la vibración del mejor abrazo.
No ha de entristecernos que la vida
sea superior a nuestro sueño. Hagamos una fiesta

por los vivos. Prendamos las hogueras
y que se baile.
De carmelita se hizo tu corazón y de púrpura
su latir.

III.

Para ti, la llave y el fulgor; para mí, el borde
de la espuma. Llegarán a tus pies los días
infranqueables como guerreros vencidos.
Y llegará, también, la llovizna como la espada
que cortaba en dos el arrecife. Una suerte
de luz derramada sobre tu frente.
Una algarabía de gaviotas revoloteando
en un recuerdo vivo.

Para ti, el cristal y la flor; para mí, la voz baja
de los templos. Las horas arenosas
y los retazos del amor como alas de corcel.
A contraviento el navío y la ola.
Si en la memoria es capaz de perdurar el ardor,
créeme que aún centellea la aurora entre la yema
de tus dedos.

IV.

Tuve el honor de tus ojos.
Dos documentos impresos
donde pudo leerse por siempre
la coronación de lo vivo.
Un enjambre de estrellas, una bandada de gorriones
llenando el mar, una morada de palabras
y la espléndida explosión de la orquídea
en el filo de su violáceo amanecer.

Tuve el privilegio de ti.
De tu fluir y de tu talle
como un trazo de sándalo y arco.
Tu voluntad de metal y la imperceptible impresión
de bajorrelieve de tus manos en el aire.

Una certidumbre, un desplegar,
una aleación de lo tierno y el coraje,
como la cálida y honorable campana
de tu privilegiada resonancia.

UN MAR DENTRO DEL MAR

Créeme: hay un mar dentro del mar.

Una planicie del pastor y la hierba,
del ave y la semilla.
Un horizonte vegetal de esmeraldas y cristales,
flotando en un plato de porcelana y sol.
Una ilusión de magnolias y lirios
en aromas de albahaca y canela.
Un centelleo de robles y pinos,
como cuando el viento vuelve de sus auroras boreales.
Una copa de agua sin fondo,
donde los árboles están enraizados en la transparencia
y sus frutos son de una luz azul.
Una gaviota insumergible caminando a su nido,
eternamente esculpido en hielo verde.
Una cumbre cortada como un embalse
en un volcán.

Créeme: el Mar de los Sargazos existe.

Donde el pez y la rosa
nacen de la misma explosión de la vida;
donde el ala de la mariposa y el girasol,
al surcar el aire,
fundan el rito del silencio de la esponja;
donde la rosa de los vientos
tiene su epicentro de espuma y nube.
Un mediodía de humo y savia
en el corazón de un caracol milenario.
Un esplendor en la proa de un buque insignia.
Un lunar de especies inigualables
esparcidas en las sienas de los hombres,

de sus pirámides y sus geometrías,
de sus números arábigos y sus secretos cuneiformes,
de su miedo a morir a solas
y su certidumbre de poder navegar los años
cada vez que una estrella se alinea al milenio de sus destellos.

Créeme: el Mar de los Sargazos fue el inicio del mar.

No lo olvides.
Recuérdalo para siempre.
Un estanque de lirios y tortugas.
Una fortificación de perlas trituradas.
Un mar sin violencia dentro de los mares.
Un sonido a mar en un mar de sonidos.
Una ola dentro de un bosque.
Un pez de alas blancas.
Un caballo de escamas plateadas.
Un monumento, un frenesí, un sueño, un adiós,
una bienvenida, unos ojos, un tiempo,
como el mar mismo y su vocación de permanecer allí,
en su propio fondo y sin orillas.

MAÑANA DE ÁMBAR

I.

¿Viven aún en ti
las gruesas gotas de los aguaceros de zinc
de esta ciudad en octubre?

¿O es que aquellas lluvias
fueron el naufragio gris de una memoria baldía,
un cristal herido por el limo,
una calle enroscada en las sombras?

¿Dónde estará la mañana de ámbar
y su luz que, al partir,
no esperó por mí?

32.

De pie, en este terreno baldío,
entre la yerba y el polvo ocre,
siento que he perdido el rastro,
que secuestraron la luz,
el impulso,
el cincel que nos hizo
y el aire
que respirábamos a bocanadas
y que fue toda nuestra libertad.

33.

Otra multitud fue ocupando nuestro lugar,
más pobre aún, más silente;
no me reconocen
ni los reconozco,
aunque hayamos vivido en las mismas casas,
en la misma calle
y dormido en las mismas noches.
Es lo más parecido
a un extranjero que visita por curiosidad
un barrio esquinado
y con las vigas rotas.

34.

¿Importará al mundo
que este sitio,
como la escama desprendida de un pez,
se haya extraviado
en la convulsa colisión de los años?

¿Será así como se pierde el hogar,
las ciudades, el país?

¿Emboscados en las indolencias,

entre fiebres y desvaríos,
sepultados en el polvo
de las mezquindades?

35.

Fue, a pesar de todo, la maravilla.

Tan grande como un continente,
como un corazón deslumbrante;
el lugar originario,
el recuerdo más antiguo,
el territorio único
donde pudo pastar a sus anchas
la inocencia.

Y, sobre todo,
una especie de patria diminuta,
concentrada en la humedad,
con la raíz en el cemento
y en el magma ardiente
de un tiempo irrepetible.

[EN EL DESLUMBRANTE MAR]

En el deslumbrante mar
que nos hizo;
en la evaporación que se levanta
en la túnica plateada de las olas,
en las aguas tibias
donde los cardúmenes nadan
en una estelar sincronía
dentro de nuestro corazón,
en la angostura
donde se pulen las piedras
en el vaivén de los siglos
y emergen las aguamarinas,
tallamos el memorial de este océano salobre

y de los que supieron empinarse
hasta alcanzar la resonancia del amor
y el crepitar del coraje.

[HEMOS TENIDO EL PRIVILEGIO DEL OLOR SALOBRE]

Hemos tenido el privilegio del olor salobre
de los acantilados y los arrecifes,
de los cardúmenes azulados
y del interior del océano indeleble,
como un regalo de los dioses
que aún reinan
en los archipiélagos de níquel y cristal.

Los dioses del resplandor
y el relámpago,
los dioses de las aguas,
los esbeltos dioses
de la transparencia de nuestro mar;
los dioses inmaculados
que esculpieron las medusas y las ballenas,
el caparazón del molusco,
los tentáculos del pulpo
y las catedrales níveas
del fondo del mar.

Los dioses que vienen a reunirse
en el inicio de las cóncavas noches
del invierno
para encender las estrellas
que alumbran el mágico océano
que nos envuelve.

EL SUEÑO INEFABLE

Día a día
–por ochenta y siete años–
ella fue un instante calcinado de felicidad
por la luz de un inefable sueño
que no pudo cumplirse.

El intento de todo lo que fundamos
contra las tempestades,
las conjuras para detener las sombras,
las mareas rojas del dolor,
la dicha triturada por las postergaciones.

Y también, ella fue la centella más brillante,
la luz de plata
de un cuarzo cuajado y limpio,
el árbol frondoso y su cúspide de oro,
donde aún se posan las quimeras
como bandadas de aves
que viajan desde los confines azulados
y que vuelven cada invierno
a descansar después de sus hazañas.

OLOR A ALCANFOR

¿Quién fuiste, realmente,
Baldomera Espinosa, viuda de Muñoz?

¿La abuela descalza que llegó desde la selva?
¿La mirada fija de un cóndor?
¿La sombra que deambulaba
por entre los cuartos en la madrugada?

¿Un olor a alcanfor y a inciensos?
¿Una vela, un vaso de agua,
cuatro centavos?

¿La magia de tus manos en alcohol

para conjurar la fiebre?

¿La que presentía las duras desgracias?

¿La que lloraba a solas?

¿Quién fuiste, abuela?

¿Una mariposa grabada en el aire,
un largo viaje por las arterias rosadas del tiempo,
la resonancia sin igual de un caracol esmaltado,
una hoja de sábila,
la canela olorosa de tu piel,
tus manos ásperas y tiernas,
una lágrima redonda como los recuerdos
o, acaso, esta indescriptible desolación
al verte ahora,
como un colibrí que cae vencido entre mis manos,
y atravesado, sin razón,
por una brutal espada?

MEDIODIA SIN ADIOS

Si alguna vez te preguntan por el dolor,
si alguna vez te preguntan por la dureza de la ausencia,
diles que en el centro del mediodía,
en este hospital público,
en este cuarto blanco y en este sopor,
ya vencida,
con las caderas rotas,
disgustada y con rabia,
hablando en la lengua de sus ancestros,
chorreando goterones de sudor por las manos,
y con la frente acerada,
ella te miró por última vez desde la vida que se le iba,
y al cruzar a la muerte,
volvió a mirarte desde el maldito frío
de los que parten sin decir una palabra.

REINA MARÍA RODRÍGUEZ (Cuba, 1952)

● *entreabrir*

La puerta se ha vuelto a cerrar, pero persiste la violencia misma de lo que se abre.

GEORGE DIDI-HUBERMAN



I.

Escribir sobre cómo escribo, ha sido una constante para buscar esa forma en mí. Mover la bisagra, y obsesionarme por lo que pude entrever en ese instante entre una cosa y la otra; entre el yo, y el tú. Fui antes de los veinte años, a los talleres literarios, pero los dejé, porque no quería poner adjetivos o quitarlos cuando otros me lo indicaran. Ya que escribir fue otra cosa, más allá de la gramática que desaprendí, o el montaje de unos verbos bien o mal memorizados en sus conjugaciones: “hay que decir palabras mientras las haya, hay que decirlas, hasta que me encuentre, hasta que me digan, extraño castigo, extraña falla...” – dijo, Beckett-

En el taller de Plaza, conocí a Carlos Aurelio Díaz Barrio – escritor cubano que ahora vive en Miami– y que fuera, por entonces, mi novio. También iba a la biblioteca Nacional varias veces a la semana, donde leí la obra de César Pavese, de William Carlos Williams, de Quasimodo y Ungaretti, Seferis, Cavafis, Elýtis. Recogimos después, Tomás León, Carlos, y yo, libros que iban a hacer pulpa en la biblioteca y formamos otra, en la casa de Carlos en Nuevo Vedado.

Entre esos libros, “Infierno” de Henri Barbusse, el “Paraíso perdido” de Milton –en una edición con papel de hilo y láminas de polvo de oro-; “La idea fija” de Valéry que aún conservo; Rimbaud, Paul Eluard y otros surrealistas: “Nadja” de André Breton. Iba por las tardes a leer aquellos libros que rescatamos, y también para

pasar a máquina las novelas de Carlos Aurelio –ya que siempre fui una mecanógrafa muy rápida-.

Recuerdo a Marisol, la cirquera que, hacía obras de teatro que leímos juntas, y que un día apareció con las muñecas cortadas, y eso se convirtió más que en obras de teatro, en la necesidad de comprender por qué el intento de suicidio suyo. Mucho antes, había recibido un curso de dramaturgia en el “Palacio del comercio” en Prado, con Aidée Alteaga de Calderón, y en su taller realicé: “La clase de Doña Tecla” que, trataba ya, de mi vejez. Algunos años después, tomé otro curso con Eugenio Barba en la Casa de las Américas, y leí sus libros “La Isla” y “La canoa de papel”.

Mi amigo, Ernesto Cabrales, periodista de *Prensa Latina* –junto con mi tía que trabajaba allí-, me llevaban cables con noticias que no se podían publicar, y con ellos redactaba las notas para los programas radiales que hacía, culturales y de “ateísmo científico”. Hasta que Ernesto lo dejó todo y se fue del país, y nunca más supe de él. A mi tía la botaron poco después, por quejarse de lo inhumano que eran los miembros del partido en la agencia, un día que salió bajo un aguacero torrencial, y no le dieron ni un papel –de aquellos donde se imprimían los cables-, para cubrirse de la lluvia.

Por entonces, ganaba ciento treinta y ocho pesos cubanos por los cuatro tipos de programas que hacía (en vivo). Uno era de poesía – pasaba horas editándolo, por lo que me gané el apodo de: “carnicera” por el tiempo que me tomaba su edición-. Esto fue hasta un poquito más de los veinte años: vivía, a la vez, una adolescencia tardía, alargada, que me llevaba a la Casa de la cultura Checa de la calle 23 a comprar discos y cerámicas con aquel mísero cobro. Por entonces, los libros, la música, y el cine, eran mi escape, y aún, lo son.

Como adolescente romántica, había leído muchas novelas de Corín Tellado: “El lago de Como”, “Capri” entre otras, cuando un vecino del apartamento de los bajos me regaló “Retrato del artista adolescente” de James Joyce. Me sentaba en el rocking chair verde claro de la sala –del mismo tono que la tapa de cartón de aquel primer libro “de literatura de verdad” que me leía-, para ir por aquel caminito “tilín-tilin” de Stephan Dédalus. Ya había leído, entre los ocho y los diez años, a Julio Verne y a Salgari. También “Hombrecitos”, “Mujercitas”, “Corazón”, y aquellos libros que se publicaron en la editorial Mir: “Así se forjó el acero” y “Un hombre de verdad” algo después.

Al lado de mi edificio quedaba el Instituto del Libro que dirigía por entonces, Alejo Carpentier. Su secretaria Pucy, era clienta de mi madre, y me traía cajas llenas de libros. Pasaba horas acostada encima de una tabla –o en el piso– por la columna torcida, y durante esas horas diarias de reposo absoluto prescritas por los médicos, leía sin parar: “Cuentos norteamericanos”, “Cuentos rusos” donde hallé: “La sala número seis y otros cuentos” de Chejov, mientras escribí mi primera novela: “Bitácora”, se llamó, en una libreta rayada de tapa azul mar profundo.

La muerte de mi padre a mis catorce –él con cincuenta–, cambió por completo el rumbo: no salí más a los recreos de la escuela ni a ningún lugar. Apagué el tocadiscos “Motorola” que mi madre me regaló a los cinco años. Los amigos no subieron más las escaleras. Y me vestí de blanco y negro por muchos años: tostoneemos, le llaman. Desde entonces, la literatura, me dio la única que he tenido con su credo: los libros.

Durante el curso introductorio nocturno que hice en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana, fue solo un ordenamiento (pobres resúmenes), lo que recibí a través de las “panorámicas” que nos daban. Después, estudié Literatura Hispanoamericana, aunque empecé en Historia del Arte al primer año. Había pasado antes, un curso de restauración en el Museo de Bellas Artes. Era amiga de Máximo, un curador que me llevaba a las exposiciones, y a la finca “Vigía” de Hemingway que es donde quería trabajar.

Después de los veinte años, libros y partos (sin padres); complicaciones domésticas, escasez de dinero y de comida –aunque contaba con la ayuda incondicional de mi madre y de mi tía. A los veinte y tres –justo antes de parir a mi primer hijo, Enzo–, obtuve el premio de poesía “13 de marzo” que otorgaba la Universidad de La Habana con un libro de estampas de mi barrio que pretendió, salir del mundo de las pancartas, las consignas, las noticias, y regresar el “yo” íntimo. Estaba ingresada en reposo absoluto por una placenta izquierda baja, y allí leía a Saint-Exupéry, “Vuelo Nocturno”, a Dostoievski, a Tomas Mann, a Faulkner.

II.

Siempre hice poemas para un tú que me inventaba y necesité – y que hace mucho, no tengo ni me puedo inventar ya: ese tú, me falta.

No es un tú erótico ni amoroso solamente es más que eso: un amigo incondicional –como aquellos seres imaginarios que tuvimos en la infancia-. Ahora, en la etapa mayúscula de “recoger los yaquis”, pensaba darle esos textos a quienes –sin saberlo casi nunca ellos-, los dediqué mentalmente. Son algunos: ni pocos ni muchos.

Escribí por ellos –no como inspiración-, sino como destino. Sus textos salían de imágenes cotidianas: una entrada con uno al café; una pomada puesta por un golpe en la frente, a otro; un beso dado en las márgenes de los labios sin querer; un trago de whiskey que probábamos de la botella ámbar en una playa abandonada. Así como baten sus alas las mariposas o saltan las liebres, la puerta de mi mirada se abre y se cierra, cuando leo esas frases que alguna vez, pertenecieron a alguien.

Entonces, ellos han vuelto de esa fracción de segundos que se agranda hacia lo que fue esta vida –vívica más de esas imágenes entrecortadas de pasado, y de su refulgencia en el presente-, que de la realidad.

Triste es que ahora, cuando recojo esos despojos, definitivamente, casi ninguno merezca el espacio que les dediqué. Como si el poema reaccionara solo validando con el tiempo, un lugar en la correspondencia de los afectos. Ellos – esos a quienes usé como “túes”, intermediarios-, se desintegran como fantasmas para que el poema se rehaga. O, sea, que del dolor y de las pérdidas, solo quedaron esas palabras en el presente, y las sombras de lo que fueron, agazapadas, dentro de ellos.

Mientras que, el tú que fueron, permanece intacto, pero abolido a la vez dentro del texto. El poema es como ese salvavidas que lanzamos al mar para cuando sea imposible cualquier otra resistencia. Su condición (anfibia), lo hace moverse entre recuerdos personales que la memoria trajo hasta ellos –restos de figuras borrándose en la orilla a destiempo, por su incapacidad de acción-. ¿Por qué unos sí, y otros no? ¿Por qué todos no serían frases? ¿Por qué esta jerarquía de los recuerdos?

Creo que ese privilegio pertenece por entero a la categoría de las imágenes. Ya que “la intuición está adherida a una duración” y unos logran más que otros, la permanencia en un espacio y en un tiempo. Como mi vida –sin imaginación-, no obstante, ha transcurrido entre imágenes, ellos solo fueron: sensaciones quemantes que, en su mayoría, quemaron la epidermis, pero no penetraron más allá: “por

la fragilidad, y el propio carácter pasajero de la imagen” –como ha dicho George Didi-Huberman–.

Al tocar esas imágenes “por medio de un rodeo”, el poema elabora una historia alrededor de un tema que va enlazando múltiples relaciones vertiginosas –y coartadas–, donde éstas van cayendo como en un pozo que las recoge con redes de palabras arbitrarias, apegadas más a lo que sentimos sobre ellas, que a sus significados en el diccionario como ya he dicho. Por eso, son recurrentes, las disecciones que nos paralizan, dando tijeretazos en la memoria con una violencia que promueve la caída, hasta llevar a la destrucción de los íconos que permitieron los deseos incumplidos que, en determinado momento, provocaron los textos. Se rumian, y ya no queda nada. Los cuerpos, las texturas, los sentimientos se deshacen e incluso, desaparecen.

Me preocupa mucho, ese terreno calcinado por donde me muevo. Un piano, un nombre; el color que tuvo un objeto, porque todo se pierde cuando pestañeo. Un hueco negro por donde se va cuanto quise. Es peligroso, porque no lo vemos cuando ocurre, sino mucho después, cuando no podemos aferrarnos ya, a nada. Alguien lo llamaría: el momento de quemar las naves. Pero más que eso, las naves nunca existieron ni nos llevaron a ningún lugar, más que hacia la propia imagen que las traspasó.

El vacío en el que me adentro se ampara en su propia descreación: es su dios, esa fuga. Hace tiempo que transcurro por ese vacío que parece un horizonte, pero no lo es. Voy sola adentrándome en su ruta, desprotegida, pero libre de la relación entre el “yo” y el “tú” que me acorralaban. Ahora sé que no se llega ni se regresa de ellos: ni se vislumbra un límite. Porque el tú, se ha desfigurado con el tiempo, volviéndose parte del yo, al caer en su trampa. ¡Me he comido mis tues también! El yo se lo ha tragado (autofagia). Tal vez, hubo revancha (entre ellos) de la que ninguno salió vencedor. O, tal vez, fue el yo quien se los tragó en un instante, dejando solo frases sueltas y rastros de lo que fue un pasado.

III.

Por lo que, la imagen (autoritaria) pertenece solo al yo personal: esa mandrágora. Es la que promueve la “evolución creadora” de la que hablara, Bersong. La forma que procura esa instantánea que veo al retroceder y se pierde tan rápidamente como apareció en el poema.

(Como en esos sueños donde la noche es una oscuridad más oscura que la noche misma que tendríamos en la realidad y que se ha vuelto telón de fondo, sobredosis de oscuro que nos intimida al despertar). Salimos a la noche, y la negrura nos sobrecoge donde los seres alrededor son solo siluetas, tropiezos. Me da terror atravesar “ese tiempo en el negro” –lo llamo–, donde imagino una historia, algo familiar, pero sin ninguna certeza con su presencia o encuentro. El negro es símil del vacío, como si el texto cayera de repente en un pozo sin fondo.

Recuerdo la película del director polaco Krzysztof Zanussi: “La iluminación” (1973), cuando el protagonista –un físico joven enfermo de cáncer entra al mar y atraviesa, al adentrarse en él, fragmentos de ramas, tablas, deshechos–. La medida del tiempo de la vida que le queda pasa entre esas imágenes que han llegado a la orilla, desperdigándose; “pasa sobreviviéndose en una imagen movimiento” –como palabras flotantes–, las de nuestros recuerdos, diseminados dentro de la imagen que los totaliza en la noche, mientras soñamos –o en el mar Zanussi–: “residuos vitales” –los llamaba, Darwin–. Y donde un cuerpo, puede componer un fragmento de algún otro –una esquirola–, porque nada está entero ni tiene masa más que, esa línea o promontorio de un relieve que ha digerido su masa real con nuestras obsesiones.

Intento traspasar estos presupuestos a la escritura cuando veo, cómo la imagen puede colgar de los textos, sobresalir por sus audacia o disfraz, y ser solo apariencia, envoltorio, adquisición mecánica sin contrapunteo: “ignorando su temporalidad real...su rítmica propia.” Entretela postiza o añadido en un corte: poemas que son reelaborados en la mente; formas que ya representan un modo de hacer su forma –entre el conjunto de otras que hemos desarrollado y variaciones que se nos hacen inherentes–, como un arquetipo que usamos para construir determinados temas.

Sé cuándo esto sucede, y cuándo el poema es de antemano relleno, carnada o, espécimen (solitaria) que provoca un salto, y nos asombra a nosotros mismos por ser novedosa: “solo los críticos desconocen que los poemas en su mayor parte se escriben ellos solos” –ha dicho, certeramente, Charles Simic–.

No obstante, “Las mil posiciones de un corredor”, o sus “Movimientos de las rayas vivientes”, o “La máquina animal”, las placas “extra-rápidas” de gelatina y bromuro de plata del fisiólogo Étienne-Jules Marey, fueron criticadas por Bersong que vio en ellas,

mecanismos cinematográficos que no procuran la supervivencia de la imagen en sí misma. Porque, Bersong le pide a la imagen, reivindicaciones: “cambios en profundidad”, “multiplicidades internas” que se traducen en relámpagos, no “cortes inmóviles” ni movimientos mecánicos –a los que también se refiere Huberman en “Falenas”-.

Quisiera, pero sé que no puedo, trasladar estas interrogaciones a los textos. Hallar “el timbre de esas voces inaudibles” a las que se refirió Walter Benjamin. Durante muchos años, lo busqué en Lezama Lima luego, en otros autores: Fernando Pessoa, Jaime Sabines, Marina Tsvietáieva, Phillip Larkin, Elizabeth Bishop, Inger Christensen. Creo que, lo que hace Aby Warburg “al hablar con las mariposas durante horas” y detenerse frente a su aleteo al hallar la imagen viva, es lo mismo que hace un poeta con su ocio, cotidianamente. Este acto puede llevarlo a la locura como llevó a Warburg al construir su *Atlas Mnimosyno* (1927-1929), a la hospitalización.

Cuando descubrí a Warburg, estaba volando desde Filadelfia. No me intimidaron los movimientos bruscos por las caídas en los huecos de aire: me metí entre las páginas, y volé con el padecimiento de esos “síntomas” que provocan la patología de una búsqueda (que padezco), a través de la recolección de imágenes para lograr un “saber-montaje”. Porque, pasé la vida entre ellas sin comprenderlas bien, y hasta dudaba de la eficacia de las mismas por su arbitrariedad, hasta llegar a sentir que yo era solo una imagen más, llena de saltos incomprensidos, y hasta irracionales, la mayoría de las veces: tajadas de incoherencia y obstáculos donde me precipitaba.

Pensé que Lezama no conoció a Warburg, o ¿sí? Supongo que no. Y me hubiera gustado que el avión volara hacia Londres entonces, hacia la biblioteca donde se expone el mapa de aquella recolección: ver sellos postales junto a bajorrelieves antiguos con la promiscuidad de clasificaciones internas más que exteriores bajo otro orden, que luego, los académicos, descartan. Sobreestimando la ortodoxia, y el sentido positivo, coherente, y racional, de algo tan inestable y frágil como las tembloras imágenes.

Así, “el exorcista de la Historia del Arte” –como llama Didi-Huberman a Edwin Panofsky–: “no comprendió que la imagen exige de nosotros un racionalismo, no de las Luces, sino del Claroscuro”. Que el supuesto “error” para hallar las imágenes es

precisamente, su encuentro con ellas más allá de los prejuicios que inhiben “su poder fantasmal de aparición y de adherencia como empatía mística.” Para hallar en la escritura, “todas las posibles larvas” a las que se refirió también Antonin Artaud.

Esas “adherencias antropológicas”: entre las convergencias, los disturbios, y la incapacidad de referir lo que queremos –si fuera ésta, una exactitud hallable que se nos puede volver inencontrable a cada momento– entre las márgenes: porque, “la imagen no es objeto sino proceso” que, a través de su devenir se nos convierte, poco a poco, en tiempo: en lugar. Tan es así, que le doy ese lugar anticipado, creyendo siempre que los textos se adelantan a los acontecimientos: que lo que va a suceder pasó en el propio texto; o que lo que pasará, ya estaba dictado en el poema. Esa bisagra entre varios mundos que tratamos de entreabrir.

EL ARCA

¿Dónde se volverán a unir
los animales salvajes del Karst:
el cervatillo con la liebre
y la manada de jabalíes oscuros?

¿Por dónde regresaremos de este largo peregrinar
movidos de uno a otro confín
por el ansia de hallar un sitio de reposo
donde la manada resucite entre las páginas
de un libro cerrado
que deje de ser aspiración o folklore
y donde no suceda más la destrucción
de sus animales: peces, crustáceos, colibríes,
monos títies, hombres,
para que puedan regresar
con sus nuevas lenguas
más allá de la frontera ficticia
de un mar
y donde hablar sobre el arca no signifique
su reducción a no ser patria de nadie?

¿Dónde el gallo de la taza de Elis

colocará por fin su ala blanca,
su qui-qui-ri-quí
que se beba
sin derramarse
y los relojes detenidos (de tío Luis)
suenen y suenen
anunciándonos un despertar pacífico
con aves que cruzan de aquí para allá,
más grandes, más grises,
porque los gorriones son los mismos
en cualquier parte
tendidos sobre alambres prietos en las ciudades
o en los verdes campos del verano? Al final,
pájaros vagabundos de Witold, de Lena, de Katasia
que enlazan las tristes mañanas de los hombres.

Y ¿por dónde roturarán
para hallar tantos huesos hundidos
en ese mar-muerte
y quiénes lo harán,
para que la patria tenga un cementerio decente?

Pero no tengo el arca
pero no la puedo reconstruir!

Aunque haga un esfuerzo enorme
algunos animales diminutos se escapan
y otros se creen superiores
y se aferran
al mínimo de poder
junto a sus jaulas como si fueran
a sobrevivir
a pesar de todo.

¿Qué dichoso día acabará este alocado
peregrinaje
de norte a sur,
de este a oeste
cuando ante el sonido del silbato
nos paralicen
en parada militar,
en fila india:
afuera-adentro
aquí-ahora
en un vulgar pisapapeles
del presente que perdió todo su pasado?

Caerá nieve al volcar el cristal
y un letrero anunciará a un país

completamente cubierto de finas partículas
blancas
megalómanas
como boronillas en la leche
que nos atragantará
nos asfixiará

sin encontrar cómo llamarnos
a nosotros mismos
ni a nuestros animales muertos,
desperdigados
sin consuelo que darles
bajo el espejo del arca.

EL MURO DEL VERANO

Miro hacia el litoral los blancos
donde el azul se zafa
y la arena cubre poco,
la orfandad.
Es la corriente -digo-,
que arrastra toda razón con su infortunio.
Como el cisne sin esperanza de librarse
a sí mismo desde su lejanía,
contempla el caos que
hacia donde vivir cuesta la vida.
Pasan los coches negros, los amarillos:
injusticia de un sol que le da de costado
a la calesa que finge estar en el lugar
prometido de una edad pasada.

Pero el mar, entre constancia
y volubilidad
no se deja engañar,
sabe que uno lo ama
por imposibilidad de poseerlo,
frase que no podría ahora
abarcarse frente a él
sin abrazar los recovecos perdidos de mi infancia,
las ansias verde y azul
que sobresalen desde la costa
y brillan al dejar de brillar.
Cuando las boyas sueltas
en la corriente sucesiva,
mueven sus algas hacia un espacio
hondo de inconformidad

y perversión.
Me acostumbro a flotar sobre él
sin otra ocasión para despedirme,
tragándome.

CASITA DE CERILLAS

*Una caja de fósforos pintada,
así es mi buhardilla.*

BORIS PASTERNAK

No hace falta que las lances al suelo
ni hace falta frotarlas:
se prenden solas,
sin fuego.
Ellas solas se animan,
y estallan.
Así hice la mía
-un poquito más fuerte,
pero igual de frágil-.
(Hoy se la tragan los bichos,
las vicisitudes).
Veinte y ocho años más tarde
-la vida con su falsa progresión-,
podría haber sido otra,
y no ésta.
Dime ¿por qué tuvimos que jugar con fósforos?

Las traía en aquel avión desde muy lejos
en mi abrigo roseado de gasolina blanca.
Ese disparate de pensar que algo te protegerá
del desastre o que habrá equilibrio luego,
cuando pase el tiempo;
cuando las ramas de la buganvilia
cubran sus ventanas de flores,
o el odio llegue al techo
donde vive la misma salamandra,

empecinada.
¡No lo podrás creer!
Esa paciencia con las que sus maderas
al frotarse unas contra otras chocan,
resuenan,
y el metal del cubo donde enterré a Dédalus
restaña su acero inoxidable
contra el misterio de su longevidad.

Hoy la acecho a la distancia que logra
–a pesar de todo–,
una forma de sueño con la que me distraje:
esa reaparición de un pueblo blanco
entre las madre selvas.
Pero no tendré de nuevo,
ese instante larguísimo por delante
ni el mismo charco que nunca traga bien
donde lanzar más piedras,
–las del desprecio o las de su indiferencia–,
para desmontarla.

AÍDA TOLEDO (Guatemala, 1952)

● *me he preguntado varias veces*



Me he preguntado varias veces si soy capaz de construir un discurso que explique lo que me ha impulsado a escribir a lo largo de buena parte de mi vida. Supongo que se trata de una especie de pulsión, que me permite imaginar, construir diversos mundos, desde dónde analizo el tiempo, el espacio donde me tocó nacer, crecer y vivir, además de mi propia circunstancia, y las formas en que mi vida fue cambiando, impulsada por lo que le he llamado una *tendencia al fracaso*. Me fui de mi país por bastantes años, y desde allí seguí con la escritura. De hecho, se incrementó la oportunidad de crear desde nuevas e insólitas experiencias, por las que atravesé. La misma intimidad se vio permeada por el nuevo hábitat. Y la poesía escrita y publicada durante esos dieciséis años da constancia de lo que fue mi vida durante ese periodo. El crecimiento personal, iba acompañado de la vida de mi única hija. Pienso que a partir de ella desarrollé hacia un registro mucho menos real, más ficticio. Porque parecía haber llegado para rellenar los espacios soledosos que había sido inútil intentar llenar.

Pasamos todos esos años, ella creciendo, yo estudiando, trabajando y escribiendo. Haciendo y haciendo libros, que se iban publicando de forma casi vertiginosa. Fuera de nuestro país, vivimos de una manera irreal. Cerca de nuevos racismos, a veces extremos. Permeadas por otra forma de entender la vida, crecimos las dos. Mi escritura iba cambiando, se hacía hipercrítica, sobre todo desde el mundo de las mujeres que acceden al saber. El empoderamiento de saberes nuevos y otros, me dio nuevos insumos para verme, ver el exterior, mirar hacia el país de origen, mirar mejor el espacio que me albergaba.

Estoy segura que mi proceso creativo estaba permeado por insumos oníricos. Eso ya existía en mi escritura desde que yo vivía hasta 1994 en Guatemala. Los sueños eran espacios a veces

patéticos, donde iba tratando de entender la vida de una mujer en medio de un fuerte sistema patriarcal, que nos silenciaba dentro del espacio íntimo o doméstico y nos acallaba en el espacio público. Pienso que el detonante de mi toma de consciencia sobre mi mundo y el de otras mujeres en condiciones similares o más precarias, se produjo en Guatemala, con mis experiencias de vida íntima y social, y las iba dilucidando a través del sueño. Recuerdo muy bien, que intentaba escribir sobre lo que soñaba, sobre todo en una de las décadas más sangrientas que vivimos en el país, la del ochenta. A mis estimados congéneres de ese tiempo, compañeros de primeras escrituras, que nosotras, un pequeño grupo de mujeres, escribiéramos sobre nuestros mundos íntimos, les parecía tiempo perdido. Eran épocas de compromiso político, y a pesar de tener consciencia de eso, mi escritura se iba hacia otro lado. Sentía mucha necesidad de expresar mi descontento vital, desde un mundo más íntimo, más personal que iba empalabrándose, al paso del tiempo.

Ya viviendo en el extranjero, en dos lugares totalmente distintos de un país como Estados Unidos, mi escritura fue asumiendo otro rostro. La práctica de mi escritura era más recurrente que en Guatemala, porque fuera del país, de una u otra forma, había cierta libertad, que una persona como yo, no había vivido antes. Una especie de libertad de actuar, decir y escribir, que nunca había experimentado. La soledad supongo hoy es parte de ese registro de mi escritura. Nunca he dejado el tono crítico, que acompaña la escritura tanto poética, ensayística o ficcional. Cuando una vive fuera de su entorno, la vida onírica se intensifica, y eso causó una aceleración al mundo escritural. No tengo noción exacta, ni tampoco horarios de escritura, solo sé que acontece, que se construye poco a poco, después de fuertes experiencias de vida y de lectura, tanto creativa como crítica.

Cuando me han preguntado en congresos, entrevistas, simposios, acerca del proceso de escritura, la certeza que tengo, es que viene de un mundo donde vivir no ha sido fácil, como para muchos y muchas de nosotras. Suponemos que salir de nuestros países, iba a beneficiar nuestra vida personal, y sí, ocurrió en cierta medida, pero nos enfrentamos constantemente a otros retos, que posiblemente no teníamos en nuestros países de origen. Puedo afirmar que el asunto de la identidad latinoamericana, se hizo más fuerte, viviendo afuera, en contacto con otros y otras latinoamericanas, que se encontraban al igual que yo,

desterritorializadas. Por largos años me vi en medio de diversas identidades, tan variadas, transformadas, transculturizadas y metamorfoseadas, que incidieron en la escritura que yo misma, que iba sufriendo esos procesos, vivía. Trabajé a fondo lo que significaba vivir fuera de la patria, hablando otro idioma, manejándome en medio de una feria de idiosincrasias, donde había que ser más cautas. La experiencia de vida enriqueció mi escritura hacia cierto registro crítico sobre la identidad, el mundo de las mujeres, el racismo y las distintas exclusiones en las que me veía inmersa, como en un laboratorio.

La vuelta al país no mermó la escritura, la hiperaceleró. La hizo sí, distinta, porque me encontré en medio del proceso de volver poco a poco a entender mi propia cultura. A enfrentarme a un país que estaba cambiado, que como yo lo había abandonado a mitad de la década del noventa. Lo que sí es cierto todavía es que estoy sobre la experiencia de los sueños y la consciencia de la vigilia, a la que María Zambrano se refiere, en cuanto al proceso de creación poética. Supongo que es porque desde allí he podido crear un mundo escritural, que me permite analizar mi propia existencia, y mi relación con los demás.

Lo bueno que me ocurrió como sujeta de una generación que empezó a publicar en la década del ochenta en Guatemala, es que seguí con vida, salí de mi país, para tener experiencias fuertes, intensas a veces crudas. Me transformé en una mujer más libre, que si hubiera seguido viviendo esos años en Guatemala. Y eso ayuda y permite a una escritora seguir adelante. Tener consciencia de sus derechos y de sus oportunidades. Pienso con seguridad, que el único espacio verdaderamente libre donde he estado viviendo ha sido el de la escritura. El de un oficio donde no haya tanta regla que seguir, solo la recurrente intuición onírica que me ha guiado todos estos años de producción.

MÁS QUE UNA PEQUEÑA TRAMPA

Esto es más que un hoyo
Sin un hombre dentro
Esto es más que una cueva
De esas de los cuentos de miedo
Es más que un bunker
Donde colocaron
A Irma por largo tiempo
Más que una tortura
De las que sufrieron mis amigas
De las que te dejaban loca
Si quedabas viva
Esto es más que
Una lodosa pesadilla
En la cual entrás al baño
Y hay un enorme perro
Que habla con violencia
Que habla como ebrio
Que habla como loco
Que te persigue por la casa
Y cierra las tres puertas
Con una llave invisible
Es más que un cuchillo
Un cuchillo clavado sobre la mesa
Más que un sonido
El ruido de un disparo
Al bajar del bus
Más que un miedo
Un miedo a estar
En este espacio inmóvil
Lo que es seguro
Es que todo
Es parte de un pánico
Pánico que ni recordás
Pánico/ firma
Firma/ señal para terminar
Una pesadilla
Final/ hoja sin nombres
Hoja en blanco

Pesadilla de la escritora
Sin memoria

LE DIJO QUE SE FUERA

Eso la hizo pensar
Si esa casa
Era su casa
Se lo dijo mirándola a los ojos
Con dolor con furia
Con profundo resentimiento
Fue mejor que le dijera
Que se fuera
Porque al final se fue
Abrió la puerta y se largó
No tenía a dónde ir
La hizo imaginar una casa
Que no tenía
Imaginar otra vida
Que no tenía
Además
La hizo imaginarse
A sí misma
Distinta y libre

UN HOYITO

La vida parece un hoyito
Un íngrimo agujerito
Donde una cosita
Que los otros y otras
Logran ver desde arriba
Cuando se asoman
Soy yo
La *pobrecita poeta*
Que soñó un día
Que su vida sería
Ni más ni menos

CENOTE X

Yo que amé
Contra todo pronóstico
Y llegué a creer que sí
Me retracto
Yo que juré que el amor existía
Me retracto
Yo que dije que sí tres veces
Me retracto
Yo que a las últimas pensé que funcionaría
Me retracto
Yo pobre de mí
Yo yo yo
Me retracto
No importa que sea tarde
No importa que esté lloviendo
No importa que
En mi memoria esté nevando
Me retracto
No importa para nada
Que sea marzo
Y haga frío
No importa que sea viernes
De pascua
No importa que ya no estés
(lo cual es un decir
porque fueron varios)
Me retracto
Yo juro
Sobre cualquier libro sagrado
Que el amor
No existe
Que es
Un invento
Que me consta
Que no es más que
Una utopía y
Es a todas luces
Lo inalcanzable

Sí
El amor es también una falacia
Una simple y llana figura literaria
(además distorsionada)
Un signo de vacío
Permanente
Un papel pasante bien usado
(de facturas de IVA)
Un dolor de rodilla inflamada
(subiendo gradas)
Una comezón desesperada
(en aquel lugarcito
secreto)
Un dolor de cabeza
(que ha tomado forma)
Ese amor cuento de hadas
Con final de beso
Alegoría de la fantasía
Símbolo
De la ausencia
Amor
De puertas con llave
De puertas y pasadores
De puertas puntas de cuchillo
Amor de azoteas
Ensombrecidas
Llenas de nostalgia
Entonces
Por toda la soledad
Vivida en grande
Juro que el amor
No existe
Yo índiga
Yo pródiga
Yo méndiga
Yo pájara
Yo ausente
Yo errante
Yo transparente
Yo

Me retracto

NACÍ AQUÍ

Por eso miro
Algo torcido
Y la manera de caminar
Como que me persiguieran
La tomé en Comalusac
Lugar de muertos
Antro de fantasmas
Reducto de espectros
Allí todavía
Se agazapan nuestros muertos
Nací aquí
Y no me corro
Casi nada me da miedo
Ni los ladrones
De la zona 1
Que esperan
Que me descuide
Casi nada me atemoriza
Casi nada me da pavor
Lo perdí
Subiendo los buses
A las 10 de la noche
Para volver a mi casa
Perdí el miedo
Atravesando el altiplano
Buscándolo a él
En medio de la locura
Perdí el miedo
Esperándolo largas horas
En un café
(que ya no existe)
Perdí el miedo
Cuando mataron a Rogelia
Perdí el miedo
Cuando mataron a Patricia

Y cómo derramaron
La sangre de Mirna
O
Cuando mataron a Ileana
Cuando mataron a Rebeca
Cuando mataron a Nora
A Ana/a Beatriz/a Loida/a María
A muchas
Perdí el miedo sobre todo
Cuando mataron a Rosario
Ay cómo mataron a Rosario
No le tuvieron pena
Se quedó tirada
Junto a su hermano
Junto a su hijito
Muriendo
Lentamente
Ay qué dolor tan grande
Qué pesar
Tanta injusticia
Sin castigo
Por eso
Que la sangre de Rosario
De Mirna
De Patricia
De Ileana
De Nora
De Rebeca
De anabeatrizloidamaría
Nos cubra a todas
Que la sangre de Rosario
Nos dé fuerza/valor/coraje/cólera/indignación
Rabia nos de
Porque haber
Nacido aquí
No es nada más
Así como así

BORRADA DE LA AGENDA

Años después
El volcán me sigue
Se aparece
En los sueños
En las pesadillas
Yo subo al volcán
Casi me caigo
El canadiense me sujeta
Del brazo
Sí
Porque hay un canadiense
De ojos azules
Como el cielo sobre el volcán
En esta pesadilla
Y no sé por qué
Siempre me sujeta del brazo
Para que no caiga
Al cenote
Al cenote
Al hoyo
Al agujero
Que hace tiempo me espera
Tranquilo
Paciente

GIOVANNA POLLAROLO (Perú, 1952)

● *sobre mi quehacer poético*



A lo largo de mi ya larga vida, he publicado tres libros de poesía, *Huerto de los Olivos*, *Entre mujeres solas* y *La ceremonia del adiós*. Y en 2013, Alfaguara Perú los reunió en el volumen *Entre mujeres solas. Poesía reunida*. Desde entonces no he publicado nada más, pero sí escrito mucho, y destruido mucho también. Hace años empecé a escribir el poemario que titulé inicialmente *De casa en casa* y después, por comodidad, quedó en *Casas*. Pero no sé muy bien qué hacer con esos poemas, como lo digo en el último texto que escribí en marzo, al inicio de la cuarentena.

Desde que publiqué *Huerto de los olivos*, se dijo que mi poesía era “testimonial”, “confesional”, “autobiográfica”. Yo me resistía a tales calificativos: no había tenido la intención de testimoniar ni de confesar nada; tampoco de escribir poemas como si se tratara de un diario de vida. Solo quería explorar sentimientos, elaborar viejos y nuevos miedos, el paso del tiempo, los cambios del amor, la nostalgia, la conciencia del fin, las furias y las penas. Pensaba que gracias a la palabra era posible entender, iluminar oscuridades, ver tras las sombras; descorrer “tupidos velos”. Mi autobiografía, mis experiencias, las de otras personas y personajes, las “noticias” de este y otros mundos eran el punto de partida; el poema, el de llegada. Era lo que importaba y por eso me empeñaba en convencer de que mi poesía no era “confesional” ni “testimonial” ni pretendía ser “autobiográfica” (tal vez si por entonces hubiera oído hablar de la “autoficción”, me hubiera podido explicar mejor. O no, no lo sé) a quienes insistían en encontrar rastros biográficos, testimoniales, confesionales. Creo que también me resistía a tales calificativos porque intuía que tras ellos se ocultaba un cierto desdén o menosprecio a una poesía –poco prestigiosa en esos años, y particularmente si era escrita por una mujer– que expresaba las intimidades de un yo un poco desbordado, sentimental,

quejumbroso: “algo indecente”, como dice Czesław Miłosz que es la poesía.

Hoy ya no me resisto. Me limito a decir: “esto es lo que hay”; un “yo” que fui, que ya no soy o sigo siendo en parte, escribió estos poemas confesionales o no, testimoniales o no, autobiográficos o no; cada quien decidirá qué busca en ellos, y si encuentra algo, habrá valido la pena haberlos escrito. Estos veinticinco años estarán, así, más que justificados, escribí en el prólogo de *Poesía reunida*. Siete años después sigo pensando igual, “esto es lo que hay”, “esto es lo que me sale”.

DESPUÉS DE LA NOCHE

Yo ahora estoy bien
camino tranquila y sin miedo
por fin miro a los hombres como a mis iguales
olvidada ya su persistencia
de llevarme a la cama, de seducirme
olvidadas ya las inquietudes
del amor
ahora me siento libre
atrás quedó el terror del abandono
aprendí a dormir sola
a hablarme por las mañanas
no tengo que esperar a que desocupen el baño
tampoco recoger ropa que no es mía.

EN EL MEDIO DE LA FRENTE

Me ha salido un grano en la frente.
En el medio de la frente
sobre la nariz.
¿Has estado muy nerviosa?
¿Comes demasiada grasa?
Hace cuánto tiempo que no haces el amor.

He estado muy nerviosa
irritable hasta el llanto en cualquier lugar
y circunstancia
insomne más de una noche.
Sueño con un hombre al que persigo
me lanzo sobre él
le pego, lo insulto, lo beso.
Y siempre me da la espalda

Me levanto con dolor de cabeza
Me acuesto con dolor de cabeza.

No. No como grasa.
No como chocolates. Como poco. Como

como un pajarito.
Pero fumo. ¿Es ese mal hábito el culpable?

¿Y el amor?
Me despierto entre sollozos huyendo de no sé quién o de qué
buscando su cara tras esa espalda inasible
convertida en una planta, un árbol despoblado
y un grano en la frente. En el medio de la frente.

¿HAS VISTO ALGUNA VEZ UNA BANDADA DE ESTORNINOS?

Una gaviota seguía a la otra
se iban posando en la orilla sobre la arena recién mojada por la
última ola.
Esperaban un pez, un cangrejo, quién sabe.
¿Has visto alguna vez una bandada de estorninos?
No. nunca.
Yo tampoco, pero me han contado. ¿Quieres que te cuente?
Si quieres, cuéntame.
Mirábamos el mar. Era verano.
Son aves pequeñas, frágiles y leves. Tan leves
que el viento cuando sopla
así sea suave, así sea brisa
les impone su dirección y velocidad.
Los estorninos van donde los lleva el viento, siempre.
¿Nunca pelean? ¿No van a contracorriente alguna vez?
No. Saben que es inútil y se entregan con gozo.
Eso te lo has inventado.
A algún lugar querrán ir alguna vez de su propia cuenta
no siempre el viento estará a su favor.
A los estorninos no les importa mañana ni pasado, expliqué
no saben de puertos, nido ni destinos
solo saben ir donde los lleva el viento. ¿A santo de qué van a
pelear?
A veces, una tormenta los atrapa, los golpea.
Muros, árboles, montañas.
Pero saben que es solo un mal viento
y como nada pueden hacer

-tampoco quieren-
se dejan estar
esperando que pase el mal rato.
Lo miré: miraba el mar.
¿Te gustan los estorninos?
Pero él no me escuchó
atento a las gaviotas que abandonaron la orilla
sin razón alguna. Simplemente se fueron.
Una ola inmensa reventó
cuando ya todas habían alzado el vuelo.
El viento empezó a soplar. Pronto, en la noche,
él también se iría con el viento. Como un estornino.

EL PRINCIPIO

Esa navidad le regalé una almohada.
Una almohada no es más que eso: un regalo.
Pudo haber sido un libro
una corbata, un perfume, un reloj. Pero le regalé una almohada.
Esa navidad él me contó
que yo ya no estaba en sus sueños:
había visto muchas puertas y oscuros callejones.
También me advirtió de la inmensa pena
que le daba tener que decirme
sus infinitos deseos
de acariciar otro cuerpo
mirar otros ojos
la ilusión de esperar a alguien
y la ansiedad de no saber
las ganas
de besar, abrazar, tocar, cantar, lamer, sonreír, reír, silbar, bailar.
Y yo le regalé una almohada.

LAS DOS DE LA TARDE

Preparo café. Lo sirvo.
En mi cuarto, la taza de café sobre la mesa de noche
Mi cama, mi almohada

Dispongo mi placer de cada día
Una novela
Mi café
La cama
Un cigarro
Como si hiciera el amor en un hotel
Con un extraño
Cada tarde
Como si lo amara
Busco la novela, ansiosa. Tiene que hacerme olvidar, tiene que llevarme a otro lado ¿dónde quiero estar? ¿con quién?
Un hombre solo viaja por una carretera de Montana recoge a una mujer y hablan de sus vidas solas.
En un bar de Rock Springs, un hombre de 34 años conoce a una alcohólica de 40.
Madame Bovary se adorna para encontrarse con Rodolphe.
Charles llora, no dice, no sabe.
Ana ama a Vronsky, la matará la culpa después del gozo imposible.
Mi mano tropieza con la taza
el café caliente se derrama sobre la alfombra
 mis piernas, la cama
 los libros
Y empiezo a llorar
 por el hombre solo y la mujer sola
 por la alcohólica del bar
 por Charles, por Ana, por mí.
Miro la taza vacía
El café derramado sobre mis piernas
La alfombra.
La cama.
Los libros.

A VECES OCURRE

Te despiertas a medianoche
enciendes la luz y la luz no se enciende
caminas a oscuras, adivinando.
O te quedas pensando

tratando de olvidar que tienes sed.
O frío
tanto, tanto frío
sabes que necesitas una frazada pero no te levantas
prefieres no levantarte
esperas que venga el sueño. Esperas, esperas.
El sueño tarda pero termina por llegar.
Y al día siguiente
sin saber por qué
aprietas el interruptor
y el foco se enciende
recuerdas el frío y ves una frazada, estaba a la mano
ahí, a un paso.
Puede ser que te preguntes
¿qué me habrá pasado?
o no te preguntes nada porque ya es de día;
dices: ya pasó la noche y no quiero pensar
pudo haber sido un sueño.
Y te lo echas a la espalda, como todos los sueños.

YO FUI TU INASIBLE

Amada inasible, me llamaste una vez
inasible amada
fui
fui
era
hasta que me hice asible
dejé que me tomaras
casi, casi
desaparecí entre tus manos
me dejé devorar. Tus dientes amados
tus manos fuertes, el sabor de tu saliva
me salvé dentro de tu piel
me hice grano, pus
piojo en tu pelo
parásito en tu estómago
dentro de ti no corría peligro
pegada,

bien asida la inasible.
Me prendí a ti con garras que saqué
solo Dios sabe de dónde
y conseguí ahogarte. Fuiste, mi cadáver exquisito.
No podías respirar
y era yo, alojada en tus pulmones
en la garganta, en la tráquea
no podías comer
y era yo en tu estómago
en el hígado.
No podías dormir, no podías amar:
era yo en todas partes.

LOS FILTROS MÁGICOS DE SIMETHA (EL CONJURO)

Harina, una rama de laurel, dos copas de cristal
vino tinto y una prenda de algodón
si es la manga de su camisa, mejor
¿cuándo? pregunté
miró al cielo: el primer día de luna llena
¿a qué hora?
miró al cielo: el primer día de luna llena, a la hora exacta
dijo la bruja de Sama
el día que prometió enseñarme el conjuro
capaz de hacer posible lo imposible.
Esperé el día anunciado
mirando el cielo noche a noche,
y adiviné sin saber cómo la hora exacta
cuando nos encontramos
frente al mar de una playa llamada El toro.
Las olas reventaban con fuerza arrastrando las piedras de la orilla
como un toro cuando embiste;
la brisa marina se confundía con el olor del río
y yo empecé a temblar.
Esperamos la noche en silencio. Ella reunió ramas secas y encendió
una fogata
en el momento justo: la luna llena, blanca y brillante, apareció en
el cielo.
Se arrodilló ordenándome que la imitara.

Bebimos el vino tres veces vertido
y acabado el último trago, su voz ronca resonó por encima de las
olas
de las piedras
¡Devuélveme a mi amante! gritó mirando a la luna
repite, dijo mirándome apenas
yo avergonzada, yo incómoda
el roce de la arena irritaba la piel de mis rodillas
débil la voz, como si no deseara ver cumplido mi ruego
¡Devuélveme a mi amante!
¡Tráelo!
¡A mi casa!
Arrojó al fuego la rama de laurel. Me dio la harina y la manga de la
camisa que besé como si fuera el cuerpo perdido de mi amado
¡Que así se incendie tu carne, infiel!
Que así se incendie.
Lloré
ella me dio un pañuelo
ahora debes velar en soledad, dijo, hasta el amanecer.

Me quedé contemplando el incendio de su carne
y mientras bebía lo que restaba del vino
el mar se fue calmando como si el toro hubiera muerto,
desapareció la luna, se extinguió el fuego
y las ganas de dormir me trajeron un extraño sosiego.
Cuando desperté era todavía de noche.

EN RUINAS

Algunos vidrios de las ventanas están rotos.
La fachada se ha convertido en un mural donde noche a noche los
enamorados escriben sus nombres.
Se declaran amor eterno
dejan constancia del día, el año y la hora de su juramento
sabiendo, o no,
que el tiempo pasa.
También los pandilleros se han apropiado de las paredes y hasta
de la vereda.
Hacen dibujos estrafalarios que envejecen al día siguiente

escriben lemas y frases de protesta contra el mundo
declaran campeón a su equipo de fútbol favorito. Viva el equipo de
mis amores, escriben
y dejan botellas de plástico vacías, latas de cerveza
restos de pizzas grasosas, cajetillas de cigarros apretadas con
fuerza
como con rabia
servilletas sucias, hasta papeles higiénicos y preservativos usados.
Allí, en el pequeño jardín donde antes había un sauce, una tipa y
una hermosa buganvilia roja solo crecen las hierbas que antes el
viejo jardinero arrancaba con furia.
El pequeño jardín se ha convertido en un punto de acopio.
Un día un vecino, luego otro y otro como si se hubieran puesto de
acuerdo, empezaron a dejar sus bolsas de basura. Ahora el
camión de Baja Policía se detiene solo ahí, en esa esquina;
A pie y en furgonetas destartaladas, cuando cae la noche, aparecen
cual fantasmas grupos silenciosos de hombres y mujeres que
separan plásticos, vidrios, papeles y restos de comida. Los
perros merodean, vuelven a romper las bolsas, se arranchan a
dentelladas frutas podridas, restos de carnes, pellejos, huesos.
Los recogedores que Ribeyro llamó “gallinazos sin plumas”
están contentos, ya no tienen que subir y bajar, bajar y subir de
casa en casa.

El óxido avanza como un cáncer por las rejas, basta la presión de
una mano para partirlas, como tu mano cuando rompió la
chapa de la puerta.
Tu pie cuando la pateaste para abrirla.
El tiempo.

Solo el letrero sobre el techo luce impecable como recién puesto.
Dice, con letra clara, en negro sobre blanco:
“Esta propiedad no se vende”

VANESSA DROZ (Puerto Rico, 1952)

● *escribo por el placer que me da la escritura*

Uno escribe para los amigos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ



No me interesa el lector. Nunca lo he tenido en cuenta.

Cuando escribo lo hago para mí y, quizás, algunos amigos.

Escribo por el placer que me da – intelectual, emocional y físicamente (que es una misma cosa)– la escritura.

Escribo por aquello que el poeta Luis Palés Matos describía como “la íntima euforia –ventura de lo preciso y

lo perfecto, música inaudible, sin sonido– que produce el sentimiento de la propia identidad”.

Si publico o participo en lecturas, lo hago por vanidad. No me interesan los escuchas. En todo caso, me interesa el proceso de interpelación con los amigos que coinciden conmigo en un espacio o tiempo particular, sea real o en las páginas de una publicación.

Mi postura puede parecer prepotente o arrogante. Es sincera.

Para escribir poesía hay que saber ver, escuchar, oler, tocar y morder. Trato de hacerlo; no siempre puedo.

Para escribir poesía hay que escribir y escribir y escribir y escribir... Trato de hacerlo; no siempre puedo.

Para escribir poesía hay que leer poesía y leer poesía y leer poesía y leer poesía... Trato de hacerlo; no siempre puedo.

Para escribir poesía hay que investigar e investigar e investigar... Trato de hacerlo; no siempre puedo.

Para escribir poesía hay que revisar y revisar y revisar y revisar. Trato de hacerlo y siempre puedo.

El arte es, fundamentalmente, conocimiento. Todas las artes lo son. A eso me aplico.

Las artes plásticas es lo más cercano a mi corazón. Debí haber sido pintora, escultora, arquitecta, performer, grafitera... Esto de ser escritora ha sido un accidente, no sé si innecesario.

Vivo en el reino de los ojos, en los territorios de lo visual.

El sentido de la vista es el que más estructura mi producción literaria. La imagen visual para mí es todo. Creo que trato de hacer con el lenguaje lo que, si fuera artista plástica, haría con las manos (o con el cuerpo).

En ese sentido, no me importaría morir, siempre y cuando mis ojos se queden flotando por ahí, en el mundo, mirando sin parar.

Escribió Neruda: “No me cierren los ojos / aun después de muerto. / Los necesitaré aún / para aprender, / para mirar y comprender mi muerte.”

No puedo hacer que mi cerebro deje de funcionar. No hay descanso.

MAJESTAD NEGRA

El rey africano se pasea por el barco.
Lo recorre de proa a popa, de popa a proa
y revisa que todo esté bien entre su gente.
De vez en cuando otea el horizonte
para prevenir desgracias, que en el Mar Caribe
son auténticas y audaces:

 un imprevisto mal tiempo,
 olas bíblicas,
 demasiados tiburones a flor de agua,
 la desbandada de las estrellas.

Conserva los rasgos de sus antepasados;
la piel reluciente como la obsidiana,
la estatura de los dioses,
la alta espalda de un auriga,
los móviles omoplatos del guepardo
y las piernas largas del cazador.
Y todo ello en proporción tan perfecta
que parece él una deidad en sí misma
ante la cual habría que arrodillarse.
Completan el retrato la forma perfecta del cráneo
–fácilmente admirable en la distancia
pues refulge con la reverberación de las luces–
y el paso sereno y urgente, aplomado,
del que está acostumbrado a mandar.

Miro a este hombre, hermoso como una aparición,
y trato de descifrar lo que la ropa oculta
–las marcas decorativas por la aguja de bambú,
 las cicatrices de batallas remotas,
 las de batallas recientes,
 su fortaleza viril–.

Trato de adivinar de cuál de todas las tribus
son sus ademanes,
de cuál de todos los reinos sus palabras,
si de Sierra Leona o Cabo Verde,
si de Liberia o Calabar, si embarcó en Elmina
o en la desembocadura del río Congo,
si tiene sangre fulani o jelofe,

si habla mbundu o makuá...
que hacen que este guardia del “ferry” entre San Juan
y Santo Domingo ilumine todo a su paso
a pesar de las cruces de los latigazos en su espalda;
que este barco, atiborrado de gente, solloce
y que mi corazón tiemble.

OCTUBRE

Yo recuerdo. Y octubre es mi testigo.
Por su luz has pasado y has permanecido.
su luz es tu más ferviente delatora,
la más consecuyente de las armas en contra del olvido.

Una vez recordaste: “April is the cruelest month”.
Y era octubre.
Desde entonces podríamos estar, amor,
escribiendo bitácoras nocturnas,
trazando números para ser borrados por el agua,
copiando nuestros ojos en un solo espejo
o, quizá, jugando con los dedos a cuál de los dos
tiene mayor estrategia
para legar al otro la táctica del día.

Del día que estemos juntos nuevamente
(y será octubre),
del día en que podamos marcar el fuego,
del día de la sangre,
del día que sin miedo resbalen nuestros cuerpos
por el acantilado del sexo,
del día que así,
sin autoría del pasado en que prescindimos el uno del otro,
demos un golpe de estado a la nostalgia y la carencia.

Si de ese día
(tendrá que ser octubre con toda su crueldad)
no tienes la memoria
es porque te falta el tiempo y no puedes
comprarlo en el mercado.

Pero yo tengo a octubre agarrado por su luz
y de la misma manera que te delata te anticipa,
te prevé y prefigura.

Yo poseo a octubre,
náufraga en una isla
a quien el nombre de viernes no le pareció suficiente.
Y mientras, tú,
¿no ves mi rostro en otros rostros,
no ves mi octubre en tus octubres,
no tienes, sin saberlo, ese mes de nuestro sueño
metido en un bolsillo?

No, no soy dios,
ni la sabiduría de la soledad constante.

Soy octubre,
soy la sombra tenaz y persistente del recuerdo.

:MANÁ

Manhã de carnaval es el mar
mientras me das el alimento
de tu tiempo elemental
 lamento de tu marina soledad
:la sal
camina entre tu edad y el sol
manando la carne del recuerdo
cuerpo del aliento
:los dos

EL ÁNGEL PERFECTO

¿De qué sangre ausente se manifiesta él en todo su magnífico
 reposo,
flácido, inerme, impedido de dirigir el reposo del mundo?
¿De qué desborde anda escapado que todo lo ignora,
que ignora toda noticia?

¿De qué mercurio está perdiéndose él la luz,
de qué lengua de fuego no reconoce
la ráfaga que inicia por primera vez sus rutas?
¿A qué torrente, a qué portentoso,
a qué caída no está asistiendo?
En su acomodo de ciego, como un gusano,
se sabe rey, aunque no respira,
en el eje de la ojiva que lo sostiene.
Quietud tan sagrada no se ha visto antes
y un Cristo crucificado parecería tirilla cómica
al lado de su yacer con sueño,
el sistema circulatorio no tiene sentido sin su afluente,
como no tiene sentido un río sin su mano,
y la vista no cuenta con futuro si no admite
ese ángel hermoso capaz de arrojarle dardos al misterio.
Antes y después de la hazaña ejecuta su morada;
el verde del mar fluye en la vena,
el morado de las túnicas imperiales
se instala en un nuevo borde maravilloso
y el dorado es substancia, definición, carácter y proeza.
Como un guerrero antes y después de la batalla,
fascina el desnudo que se viste y se desviste,
las armas como dados arrojados al azar sobre el cuerpo
o sobre el suelo, también ausentes de otra sangre.
Maravilla todo su desnudo descanso
sobre el desnudo territorio del muslo de su reino.
Está tan bello en el perfecto solaz de los dioses perfectos.

UN ÁNGEL (ANTE ESPECTADORES) PLANTA FLORES

No deberá el alimento, podredumbre vil,
asomar a la ventana de tu cuerpo
que tú mismo has abierto.
La daga permanece,
como un tallo afilado por la sangre,
hurgando en la sinceridad de tus ancestros,
en su inútil capacidad para explicar
tu último acto de soberbia.

Y adherida a tu brazo,
como si de la tierra, el musgo,
las piedras o el rastro de los lagartos se tratara,
la flor es tu cuerpo,
tu vientre hinchado de repente
por la rígida locura de tu mano.
Sentado sobre el suelo,
has proferido tu último grito de placer,
el que te permite un cuerpo que has preparado
para ser un hermoso cadáver
(no tendría sentido la muerte
si así no fuera,
tantos años dedicados a ello!)
al que sólo tu estatura de héroe
le ha posibilitado completar la digna
curvatura de la herida.
Tu cabeza, péndulo que espera
la gloria de la decapitación,
tendrá que conformarse con un golpe de menos honra
(sólo a ciertos ángeles les es dada
la felicidad completa):
quien ha fallado no es tu espada
sino la mano que la esgrime.
Total, al final no importa, Mishina.
Aunque el algodón haya cumplido
su sacra función de evitar el descalabro
de tu cuerpo abierto,
las fauces de tus intestinos impedidas
de maniobrar el lujo de la defecación,
has tenido espectadores que han visto
rodar tu cabeza y la del otro ángel
como dos dados arrojados desde el cielo
para florecer, amarrados por una cinta de fuego,
en el lago de sangre.

¿O son dos crisantemos?

LA CATEDRAL DANZANTE, UN FUEGO

¿De dónde vienen las palabras? Dime.
¿De qué oscuridad, de cuáles sueños?
¿De qué luz oculta salen mis ruegos
para dejarme ver toda su estirpe?

¿Por dónde pasa el humo de mis rezos,
por dónde la razón de mis plegarias
si no es por el corazón, esa flama
que arma y pule la piedra de los templos?

Las palabras llegan y se arrodillan.
Su recio coro todo lo enaltece
en esta catedral, como un enjambre.

Mi corazón, en ascuas, las vigila
para que inclinen todo su orbe
ante tu presencia, que las invade.

HAMBRE II

No es hambre, no,
la manera insustancial
en que extendo la mano
esperando algo, lo que sea,
la herida cintura del alma
abierta al corrompido alimento.
Acudo a los agasajos.
Nerviosa, espero que nadie
note el paroxismo de mi cuerpo.
Allí, entre todos,
también tiemblan mis vísceras
cuando algo
-algún manjar, alguna palabra-
anticipan.

Mi hambre no es de este mundo.

PAÑUELO II

Tu pañuelo es todos los hombres,
la espigada torre del olfato.
Tu bolsillo, lleno de perfumes y sudores,
es casa dactilar
en la que tu mano es apenas fumarola del deseo.
Tan cerca que estuvo de tu sexo,
este pañuelo, tan sólo éste,
es cuadrícula del miedo,
damero del burdo divertimento del amor.

ESPECIE

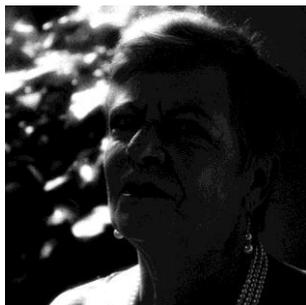
Una especie se extingue
en
este
instante
preciso.

Dentro de un segundo
el último ejemplar de otra
habrá caído bajo la dilatada pupila
de un mítico cazador,
desangrándose hasta el vilo.
En una hora
-¡qué palabra tan cercana al vapor!-
una sabana habrá quedado
despoblada de garras, huesos, ternuras,
escamas (como el aire), rabos, picos,
plumas, juegos, manos,
sesiones de higiene, caparazones,
belfos (como el aire),
pezuñas, saltos (prodigiosos), acechos,
colmillos, premuras,
pelos, hocicos, opacidades,
corazones como el aire, vislumbres, aletas,
duermevelas, ojos,
ojos como agujas,

ojos como desamparo,
ojos como muerte,
ojos como poder.
Todo ello me cerca y, mientras
me desangro, la mirada ocupada
en devolver el destello que me mata,
olfateo, veo la carroña del contrario
y me sumerjo en el mareo
de la delicia
de entrar en su podredumbre.

MÍA GALLEGOS (Costa Rica, 1953)

● *la parte oculta de mis pensamientos*



Escribo para desentrañar la parte oculta de mis pensamientos y emociones. Pienso que la poesía es la forma más alta del conocimiento. Durante mucho tiempo anduve tras la huella de los primeros filósofos; los presocráticos. Luego, leí mucho las tragedias griegas y con ello a Platón, Aristóteles, Safo y otros poetas.

Ciertamente este mundo clásico me hechizó. Luego descubrí los libros de Octavio Paz donde habla del surrealismo. El mundo de Emanuel Swedenborg me abrió una gran perspectiva para entender la ley de las correspondencias. He sido una lectora asidua de Borges y, en tiempos más cercanos, de la filósofa española María Zambrano. Esta filósofa unificó mi búsqueda. En ella se condensa el pensamiento griego, en especial lo órfico y pitagórico.

Intento que mi poesía no sea sentimental. Siempre está atravesada por el pensamiento. Me gusta contenerme en lo que escribo. También amo lo no dicho, lo que no se dice y apenas se insinúa. Cuando leo a Borges un juego intelectual surge, es ahí que trato de retomar ideas suyas o poemas y darles una nueva interpretación, como se podrá ver en los poemas que presento en las siguientes páginas.

Además de poesía, he escrito prosa poética, algunos cuentos, ensayos y reportajes periodísticos. En páginas siguientes incluiré prosa y los poemas que a mi juicio son los más logrados. No sé si soy surrealista, creo que a veces me acerco, pero también he andado cerca de la poesía al estilo Vicente Huidobro, a quien considero un maestro de la poesía latinoamericana.

Otros han dicho que pertenezco a una generación de posvanguardia. Sin embargo, me siento muy ligada tanto al surrealismo como al creacionismo. No soy dada a la experimentación, pero la hay, cuando intento seguir la ruta de un poema escrito por Borges que yo reinterpreto y hago mío. En realidad, mis experimentos no son de carácter formal.

La poesía que escribo es intimista y de carácter metafísico. Nace en la profundidad. Mucho me ha influido la psicología profunda de Carl Gustav Jung, a quien empecé a leer en una época en la que nadie lo conocía y de ahí surgió un pequeño libro en prosa titulado *Los Días y los Sueños*.

Sé que en mi trabajo poético muchas veces hay misterio. Es una propuesta. Me gusta que el lector se inquiete cuando lee. No sé que vendrá más adelante, en los últimos poemas que he escrito hay preocupación con la guerra atómica y por la fragilidad del mundo que nos rodea. La incertidumbre me golpea más allá de lo que deseo admitir. El tiempo pasa, la vida es efímera, y no hay certezas.

Durante este año se publicará una antología de mi poesía. También saldrá publicado un nuevo libro de poesía en la editorial Nueva York Poetry Press. El año pasado publiqué un ensayo en torno a la vida y la obra de nuestra entrañable Eunice Odio.

XIV, LA MUJER DEL COCHE

Toco la carta suavemente. El mago murmura algunas palabras que no entiendo. Dice que la mujer del coche soy yo.

No puedo lanzarme desde aquí, aunque quisiera tener el valor de hacerlo. Soy yo, la mujer, está criatura mágica que tira de las riendas de este coche, sin haber descubierto nunca quién las puso en mis manos.

No comprendo cuál es mi papel. Lo cierto es que estoy aquí desde siempre, en lo alto, mirando hacia delante, sin parar, sin hacer un solo momento de tregua. No puedo hacerle concesiones a nadie. Estoy aquí y eso me basta.

Quiero que otra persona venga de pronto. Pero no. Nadie podría atravesar conmigo tantos lugares, tan altos, tan angostos y gigantescos sueños, aquí conmigo en este coche.

Temo perder las riendas. Si alguien viene podría adueñarse del coche, de los dragones y también de mí. Necesito llegar lejos, a las cumbres, a las puertas azules de los montes, o quizás más alto aún: a las nubes.

Temo quedarme sola; sin embargo, no puedo detenerme. Es el destino y a ese sitio se llega a oscuras en la ceguera total. Tiene que haber un final, por eso continúo mi ruta, mi viaje total con las estrellas. ¿Cómo será ese fin? ¿Será la muerte líquida, será la muerte blanca, la de la creación, la que me aguarda, o será la muerte-muerte?

Basta, no importa ya nada. Tengo mi alma y el coche en movimiento. Soy la mujer que dirige un carruaje con los dragones de Medea. Sé hacia dónde voy. Si alguien pregunta por mí, díganle que me vieron pasar, que salí al alba y que no regreso más.

ASTERIÓN

Hay algo que más allá

De tu fuerza
Me fascina.

Camino por sobre tus pechos de piedra.
Eres color de pulpo y lagartija.
Me envuelvo en tu lengua de misterio.
Tal es tu forma de estar
cercano al sol.
Acuden hacia ti, extrañas mareas matinales
donde todo se oscurece y se bifurca,
Asterión mío, único.
¿Quién eres?
¿Un toro o un hombre?
El ausente y derramado
entre infinitas cerraduras.

Eras el aire, el aire mismo
de la primera mañana
en que los hombres labraron
tu cuerpo de ausencias.
Estoy tan lejos de tu piel.
Más ¿qué recodo hay en ti
donde pueda dormir
y ser párpado
y la forma más honda del silencio?

¿Eres hombre o bestia?
Eres hombre,
un ruiseñor,
o talvez un niño dormido
entre sábanas de azúcar.

Asterión mío, único, de mil ojos de agujas.
Tus manos son múltiples del sol.
Ayer cacé una mariposa
y era catorce veces arpa y movimiento.
Uno y uno no son dos,
son el universo y la nada,
las puertas de todo fin
y del infinito.

Me adentro en ti,
a través de tu cuerpo
aún permanecen los reductos del sol.
Eres oscuro y caliente.
Me enredo en el pasadizo
de tu lengua de vidrio.

Asciendo hasta tus manos.
Eres un espejo
de otro que antes fuiste.
Y yo tengo miedo de perderme en ti,
en el hilo
que son todas las puertas
y la oscuridad.

Asterión mío, tan alto y pagano.
Me adentro en tu cuerpo empedrado, altivo.
No tengo escapatoria.
Apenas soporto tu clima de asfixia.
Pero eres una almohada dulcísima,
Asterión mío, Asterión.

PSIQUE

Ella sueña con un hombre que la mira dormir.
No le sonrío
para no distraerlo de su contemplación.

La amada, de tantos sueños, duerme
y se vuelve metáfora de polvo.
Él contempla
e imagina una palabra para nombrarla.
La encierra entre su voz y la guarda para sí.

¿Ariadna? Él pregunta.
Ella tiembla en sus almohadas.

¿Psique?
Ella entonces derrama unas gotas de su lámpara de aceite.

Lo unge sobre su frente.
Lo besa y se va.

EL CLAUSTRO ELEGIDO

No busco nada.
A nadie aguardo en este día.

Esperar es una de las raras
estratagemas de Dios
para detenernos en un punto.

Mi país:
montaña verde y lluvia.
Un caballo se pierde en la llanura
imaginada,
que ahora está vedada a mis ojos.

Busco la intensa reflexión:
la de los libros amigos,
la luz interna que preciso para vivir,
el candil de oro,
el Eclesiastés y la paciencia de Job.

A mi edad y en un país de lluvia,
el claustro es una elección.
Ahí se pierden los contornos.
La vida se diluye en un ir y venir
del trabajo al café,
del café a la taberna.
Busco la infancia que soy:
la llanura, la sombra del árbol gigantesco,
el único mar sin fondo,
el caballo desbocado en su furia,
el verdor de la montaña junto al cielo.

Me gusta quedarme a solas
sintiendo como la sangre me nutre de nuevas vestiduras.

A solas me pertenezco.
No hay dicotomía entre el espejo y yo,
una vive y la otra sueña.
Juntas recordamos a un hombre.
Juntas hemos escrito estos versos.

SUEÑO EN VIGILIA

Este no es un sueño.
No es el álgebra soñada.
No es la realidad imaginada,
o la grieta entrevista.

Tampoco es la literatura que se parece al sueño,
o el sueño que se parece a la literatura.

Igual que *La Intrusa* que Borges escribió
en la vigilia,
fui sacrificada por dos hombres.

Mi sacrificio no los hizo ni mejor ni peor.

Ahora ellos, los dos, deben olvidarme.

Mi sacrificio fue por la luz propia.
Soy una mujer que en vigilia escribe
y recuerda a dos que amó.

El sacrificio fue amarlos,
y no esto que ahora recuerdo,
que se parece a cierta altura y al olvido.

MÍ

Soy la madre, la mía, mí.
La hija de mi madre y de mis hijas.
La determinada y la genética, la abierta.
Soy mis dos abuelas.

Una Hilda, una Marta.

Mía, yo, ustedes, todos,
la plural, la yo total, la subjetiva,
la incambiable, transformable.

Tengo una tía bíblica,
un abuelo con el nombre del ángel salvador.
Y aquí digo vida, murmuro la palabra tiempo,
pero no lo defino,
no existe.

Yo soy el tú que trasciende,
la sed,
la entrega a todo lo que mora,
a lo que vive y a lo que muere.

Yo lo amo todo.
Es mío y me pertenece.
Yo soy la mía mí, la plural,
la que sueña y la que intuye,
la silenciosa,
la luna de Endimión,
la ella inconforme,
que se rebela y por eso no se rebela.

Yo soy esta y soy más.
Indefinible,
audible,
ligera,
adusta,
callada,
La que siempre regresa y siempre se va.
La ella.

PIENSO EN MARIA ZAMBRANO

Ahí la rosa
y el centro inmóvil.

Después los pétalos y el círculo.

La unidad que se desprende,
La unidad que gira y vuelve a girar
hasta morir.

Como si fuera una bailarina
que gira
en su propio centro,
sin deslizarse,
sin caer
como si bailara hasta morir,
como la sierpe,
como la luz que apenas aparece.
Solo el movimiento.
Solo la danza.

Quizás la suma del amor.
Quizás solo la oración al dolor.

Sin muerte y sin resurrección.
Nada más el movimiento de la rosa
que se extiende,
La rosa que es círculo,
la rosa que es una.

Después solo el movimiento.
Estallido
Fugacidad

EL CASTIGO

Una mujer lee un libro sagrado
-la habitación está en llamas-.
La lectura es incesante, eterna, cíclica.
Una fuerza la arrastra a través
de los círculos.

En el quinto se detiene. También cesa el movimiento del tiempo.

Ella es Francesca Rimini, la eterna,
la que no podrá salvarse nunca,
la que agoniza por siempre
bajo el velo de los irredentos.

Su pecado: lujuria.
Su castigo: el amor, la llama pitagórica ardiente, la flama que deja
cicatrices de sol.
Ella lee por siempre las palabras
del bravío Lancelote,
-Locura de andantes caballeros-.

Surge el amor en ella,
se entrecruzan los filos de las espadas.
-La habitación está en llamas-.
El deseo gira y con él gira la rueda de la eternidad.

Sus ojos preclaros pierden la inocencia.
Mira ahora el presente y el devenir.
Un hombre la besa por toda la eternidad.
-Aunque nuestras almas hayan muerto-.
La seducción, el libro abierto, las palabras, el beso inagotable, los
cuerpos.

Surgen los negros remolinos
y la visión se esconde.

La rueda infinita gira y gira.
Aquí no existe el arrepentimiento.
Existe tan solo la llama negra
que socava: la pasión.

El amante yace junto a ella.
Sus cuerpos se enredan como troncos
y vibran en esta oscura ceremonia.
El indescifrable me permite gozar esta visión.
Esa mujer soy yo.
Ahí está mi vida,
mi lúcida muerte.

LOURDES ESPÍNOLA (Paraguay, 1954)

● *el placer de crear poesía*



Creo que el ser humano es integral y que el poeta tiene que serlo, para mí la poesía obliga a la decantación para hallar una expresión pura y honesta. Personalmente, me concentro en el placer de crear poesía, creo que cuando el poeta está atento al lector, al editor, o a ganar un premio se aleja del placer de la escritura y de la esencia de por qué escribe. En mi caso es muy importante ese proceso interno que produce un poema y que esa voz poética sea coherente. Para mí el escribir poesía tiene como resultado, aunque no sea intencional y al no ser intencional es más real: el crear una obra. Crear una obra quiere decir que mis libros tengan una conexión y una organicidad por qué esto va unido al fluir del inconsciente y también asociado a reflexiones importantes para mi vida en ese momento; así hay una conexión entre obra y vida que se refleja en la poesía. A veces veo que mi escritura se va transformando, mi poesía y mis instrumentos y también el lenguaje que se depura cada vez más de adjetivos. Trato de crear imágenes y sonoridad para que la poesía sea más esencial. Para mí el territorio de la poesía es el territorio seguro; en mi experiencia es un acto de plena salud, porque siento placer en la función poética. Tengo que reconocer que la palabra en el terreno de la literatura tiene una función sanadora, poetizar es una forma de liberación para mí y una forma de sanación. Considero que una obra poética se sustenta solamente cuando esta es honesta y coherente y cuando el tiempo la decanta. La energía creadora en el poema tomo como evidencia de una sensación de estar vivo, de estar alerta; los sentidos transmiten señales y las señales se plasman en el acto creativo. Puedo decir que la creación y mi poesía viene del amor y que también es una equidistancia entre el dolor y la felicidad, esa objetivación artística no es algo pasivo sino activo; estoy como escritora en el centro de la creación que es la fuente de mi arte. Siento la necesidad de una obra entretejida donde no sea posible obviar un libro sin perder parte de las pistas del desarrollo creativo

poético. Mi obra está dirigida por el hilo del lenguaje, ese instrumento trato de que sea claro puro y preciso para que la idea que envuelvo sea en su ropaje tan noble como lo que se trata de expresar. El sonido, el ritmo del poema y el movimiento es algo que busco con devoción. El espacio de escritura es para mí un espacio consagrado donde también siento una responsabilidad ética buscando construir un universo un poco mejor. Esta responsabilidad no la tomo como un peso o una presión sino una guía para poder caminar un sendero. En el viaje vital de la poesía me guío por el principio expresado en la carta de San Pablo a los Corintios: *Seguid el amor y procurad los dones espirituales.*

ENCUENTRO

Comprendes cómo te
nombro,
con mente quieta y silenciosa
me escucho
cuando no me escuchan,
escribo tu nombre
con el borde de la lengua,
rodando el filo vacío de los labios.

Y te extiendes luchando
en la humedad de mi deseo,
en la resonancia del silencio.
Te aíslas y separas de los otros
sucesivamente incierto,
tiembles dentro en la garganta,
te atrapo y fortalezco;
como símbolo fresco
te hago mío.

Envuelvo tu nombre en mi contacto,
cuerda vocal que busca su instrumento.
Te estanco en el sonido de mi aliento,
te resistes,
te rindes:
te he nombrado.



*Eres nube, eres mar,
eres olvido.
Eres también aquello
que has perdido*

JORGE LUIS BORGES

No estás al alba,
el diamante de la memoria
sella miradas
y mi silencio acuña tu silencio.

Espejos vienen reflejando
en mi pupila lo que fue
del amor atrevido,
del callado que respirando va
en nuestra garganta
y súbito y audaz ya nos atrapa.
El vino rojo de memorias
nos inunda y nos baña
este silencio, este tímpano sordo de tus cartas,
esas claves secretas en tus libros,
esa manzana roja que mordimos,
esos susurros,
esas noches.



Insomnes caminantes, ya caemos,
distráidos casi, en transparencias:
con prodigioso amor
y demoliendo duras cáscaras viejas, carcomidas.
Fulminante resurrección:
así clavada
sencillamente a éste tu costado,
vuelvo
salada de naufragios,
de fantasmas
implacables, tardíos desatinos.
(y me deslizo despacio
de esta isla,
alargándome apenas en tus alas).



Desvelado vives
en los nervios insomnes de mis noches
o en el libro que guardo con tu nombre.
(Redondo y suave tacto
como alas).
Ángel de fuego,
tocas y destrozas las angustias,

asfixias y temores,
enloqueciendo mi médula en secreto.
Inventaste la creación entera
y no existía;
ángel, arcángel, espuma, alas,
antes
de que tu lengua me tocara.
Terciopelo de labios,
caracola,
húmedo, caliente,
tu aliento entre mis manos.



IN MEMORIAM
Sor Juana Inés de la Cruz

Y ser y no.
Ser mujer,
con manuscritos de internas visiones
nombrando la experiencia.
Traduces lenguas de tragedia,
mujer abriéndose
como ostra
que lleva
su cárcel por dentro.
El resto: soledad,
verbo y polvo
masticando los años.



Estabas y no estás:
ni mis amores,
ni el feroz arañazo del recuerdo
te atrapó con tal fuerza y te retuvo.
Ni el hallazgo
de calladas memorias vegetales,
ni las piedras
calientes y redondas.

Ni el asombro del árbol orgulloso
mostrando
verdes frutos,
flores,
pistilos y raíces.
Nada.
Caminé avergonzada,
Casi como desnuda,
Con mejillas
con párpados,
Con pestañas,
con lágrimas.



Esclava de caprichos de tu verbo
mordiéndome las arterias:
me penetras,
me curas,
me sojuzgas.
Fiel, triste, sombra a mi costado,
me cortas con tu filo;
me sangras
y modelas.
Sólo necesito tu venenoso beso, Poesía:
el aire está de más
cuando te tengo.



Romper la realidad,
desplumarla en desconocidos trozos,
y esperar
el tiempo exacto:
igualdad escondida desde siglos.
Conocerse en los otros,
estar amoratada, atada a los silencios,
fibra nutrida sólo
por su propia savia.
Mujer amortajada, germinal,

ahogada sin término
en pensamiento quieto;
quisieron (hoy y tantos)
que olvidemos.

✱

En mi revés de dicha,
dubitativa soledad,
llegas, como tramposa hazaña.
Tu deliberado signo
es advertencia
de mis pesadillas,
de mis ambiguos monstruos.
Vierto tantas angustias
en la mirada del otro:
universo casual
de imagen y tumulto
que abarca la humanidad
y determina.
Con placer invisible
imagino
remotos territorios
y en ellos me diluyo.

✱

El eco singular recoge el pensamiento
envolviendo el olvido
que hoy estreno.
Me ejercito en silencios
para no descubrir que, enmascarada,
tengo necesidad de un tiempo
indefinidamente abierto y esperado.
Obstinada, descanso el peso de mi vida
sobre mi propio yo,
satisfago mi soledad, pobreza y desesperanza,
orden en el desorden apoyado.
Sin resistencia entrego el tiempo a mis quehaceres,
aprendiendo, ensayando

esta exigencia nueva:
esta soledad con que amordazas.

✱

Levantarse
como en la mañana primera,
desperazar el caos, la tristeza,
planchar el optimismo
para verte.
Algo siempre me aguarda,
regalo de la mente,
envoltura de manos pegada a tu costado.
Desenvuelvo tus dedos
y bebo la sorpresa de tus palmas.
Recibo tantas cosas:
lenguas en punta, lanza y fuego.
Regreso,
visitante de la pequeña roca,
y te veo partir
hacia otras noches.

✱

En	Trafalgar	Square	
La	música	del	agua:
vienen	las	la	palomas,
ritual	de	la	tarde.
Baten	alas	casi	enloquecidas,
suben	brazos,	torso,	nuca
de	transeúnte		ausente
o	acaso		confundido.
Turistas,	forasteros		sorprendidos,
son	el	amigo	casual,
por	una		tarde.
A las	ocho	se alejan	las palomas
dejando	solo	a	Nelson
y	sus		leones.

CARLOS BARBARITO (Argentina, 1955)

● *asumir el riesgo del derrumbe*



A aquel día, y aquella hora, del primer poema y, desde entonces, mi insignia: construir el poema como si se tratara de una casa, sin dejar de cuestionar sus cimientos. Asumir el riesgo del derrumbe.

¿Cómo hablar de estos poemas siendo yo el autor, cómo ser neutral y analizarlos como si se tratase de un microorganismo al que se ve a través de un microscopio? Cosa difícil, harto difícil. Sí me atrevo a hacer un inventario de aquellos materiales, diversos, por cierto, que conforman mis poemas, al menos de los que soy consciente. De otros no lo soy y, tal vez, los lectores puedan dar cuenta de ellos. Materiales que no se agotan con mis lecturas, desde niño, asunto del que hablé muchas veces; la vida no se compone sólo de libros, también de sueños y de vigiliadas, de días y de noches, de visiones y de paisajes, de quietudes y de tormentas, de amores y de desamores... Cierro los ojos y vienen a mi memoria cierto eclipse de sol que produjo raras sombras en el suelo, un pequeño avión que publicitaba una marca con humo en el cielo, un amigo que un día decidió arrojararse del balcón –por suerte en el primer piso– con un paraguas creyendo que flotaría en el aire, tormentas que amenazaban con tirar abajo la vieja casa de la calle Zeballos, un poema exageradamente romántico –la historia de la novia muerta y del novio que trepa los muros del cementerio y...– que mi abuelo me obsequió mecanografiado, y, no mucho después, un tratado de física de fines del siglo XIX, que conservo como a un tesoro, *Alicia en el País de las Maravillas* en la edición de Robin Hood que una amiga de mi familia me trajo en un día y hora memorables, la llegada del hombre a la Luna, los Beatles en el televisor de mis abuelos, los ruidos de los trenes que partían y llegaban sobre todo en la noche, la primera nieve vista a través de una ventana en Chelsea, el Mar del Norte en tempestad y, al fondo, entre la bruma, Rotterdam, un diccionario que me obsequió mi padre y en alguna de sus láminas dos pinturas:

una de Rubens, *El rapto de las hijas de Leucipo*, otra de Picasso, *Pesca nocturna en Antibes*, mi madre contándome inquietantes historias de jinetes arrastrados con sus caballos por las corrientes del arroyo Pergamino y de un hombre con cara de oveja que la familia mantenía encerrado...

En otra parte me pregunto por qué poesía y no prosa, ya que durante años sólo leí novelas de ciencia ficción y aventuras; si me preguntan por mi *padre literario* no lo dudo, ni un momento, digo Julio Verne. Y si me preguntan por mi *madre literaria*, lo dudo todavía menos, aunque haya llegado mucho después a mi vida, digo: Virginia Woolf. Una posible respuesta podría ser que soy ansioso y escribir un poema sería un modo de veloz satisfacción, cosa falaz ya que la poesía –esto lo pienso desde hace mucho– exige todo y paga poco salario, a veces no paga, trae fatigas y dolores. ¿Por qué entonces insisto? Tal vez porque es el único modo que conozco de enfrentar al mundo, de andar bajo la lluvia, de *dar* –como dice un pasaje bíblico– *coces contra el aguijón*.

[NO ESTAR A LA HORA PRECISA...]

A Fercho Cuartas

No estar a la hora precisa
y arribar cuando el vacío arrecia
y es mano extendida que recoge nada
en un estrecho corredor sin objeto;
no poder ser un oído
para que oída surja del fondo una música,
no poder ser al menos un ojo
para ver fosforecer
lo que parece aletargado, neutro;
detrás de la puerta el reverso,
el lado oscuro, la noche ciega y sin llave;
lo que respira da siempre la misma cara,
lo que no respira proviene
de un falso arte de figuras
con los pies recién lavados;
falla la tijera al cortar el hilo,
el fondo de la taza se llena de ceniza;
qué orden o tesitura, en caja o en gaveta,
capaz de irradiar luz más allá de una mera sílaba,
un despojo.

[CASA DERRIBADA POR LA TORMENTA...]

Casa derribada por la tormenta, sin tregua
para el muslo, el nervio central, la hoja ancha
y el grito hacia más allá del muro, la raíz del árbol;
no espera en la mañana la multiplicación,
sí niños vueltos adultos de repente,
sí astilleros de los que no sale ni un solo barco,
las horas que avanzan y de pronto es ayer;
en la niebla no importan los ojos,
en el incendio no interesan los brazos,
en el eterno extranjero país que pisamos
no hay el mínimo espacio para zapatos y equipaje;
vibración de una vida malgastada,

allí, en lo profundo, torpe fantasma
y apenas una simulación, una errada maniobra,
bolsa vacía que cuelga de una rama,
clausura del conversatorio y oficio entre escombros,
hasta la lluvia en lugar equivocado.

[ABRIGA POCO...]

Abriga poco, cubre a medias lo desnudo.
No conoce ni siquiera mi nombre,
el mínimo lugar donde apoyo mi cabeza;
antes de que comience mi viaje se resigna
a la gravedad, al fraude original;
no me quita del todo el frío,
no sella el hueco por el que cada noche
una ciega voluntad me arroja al mundo,
madre frágil, desnuda y oscura:
parece un juego y es locura;
torpe designio que crea la escena,
figuras que ni mendigan.

[EN EL DESLINDE, UNA VOZ PERENTORIA...]

En el deslinde, una voz perentoria,
arrima alcoholes a los sueños,
una mano adormecida y la otra
da giros en el aire. En la yema
de los dedos, la extensión de una espalda,
juego de un niño que arroja
dos puñados de arena hacia arriba
y los granos se entremezclan
sin colisión alguna. En la presencia,
una breve luna caída por amor a la tierra;
boca que bebe de un tazón,
hora de trocar ángel por pliegue,
demonio por pífano,
a la niñez de regreso,
al aserrín iluminado por el mediodía.

[BABA QUE DEJA AL DORMIR...]

Baba que deja al dormir y vagar
en sueños. Un golpe a cualquier puerta
para mendigar un imperio, un océano;
sonido de cascabeles, de campanillas,
una variación de la música de siempre;
de un lado a otro, de un extremo a otro
de la serpiente, aquí la letra escrita,
el hechizo, el brazo ajeno alzado
desde el origen a la desembocadura.
Aceite para el dolor, aserrín para la risa,
se aproxima porque espera
y porque espera se retira.
¿Qué trae en esa caja, qué esconde?
Por qué está desnudo respira
y su herencia se deposita en lo perplejo;
el sentido es un hilo que se extiende
hasta el filo de una tijera, un cuchillo.

[LA VIDA EN UN MÍNIMO RECINTO...]

La vida en un mínimo recinto,
zumo de antiguo humor en tránsito
por galerías bajo tierra; por más lejos
la mirada, la ola no deja nada sobre la arena
y el deseo sólo se despliega en un sueño.
Piedra que abierta alguna vez
se cierra y adentro quedan la ávida lectura,
el generoso oficio del roedor,
la brisa que deposita polen en un pañuelo.
Idioma que no respira: la mirada
no puede ir más allá
del dominio de la almeja,
del reino de la serpiente;
risa del que no ríe,
llanto del que no llora,
idea del que se quedó sin su cabeza,

espera del que sin pies está parado
ante techos volados sin que soplara el viento.

[¿UN PASO Y ES EL FIN?...]

¿Un paso y es el fin del mundo?
A la piedad de la nube, me encomiendo
y se propaga un humor oscuro,
hiel de árbol caído por el rayo.
Quitado el zapato no se está descalzo,
a lo sumo un breve resplandor en un espejo
y un brazo de pájaro que intenta cortar,
sin fortuna, el agua; una lejana sombra
se abanica y acerca todavía más misterio,
temblor de cintas en una boda agria;
a la razón de una bestia me encomiendo
y el imán ya no atrae a la llave
y la ciencia se deposita en el fondo de la botella;
un paso y el retroceso, la furia de la anémona,
el dedo que se hunde en la ceniza,
la red que al agua arroja un pescador
un instante antes de quedar ciego.

[SUCEDE EN LA HORA CIEGA...]

Sucede en la hora ciega, la de los ahogados.
En la soberbia maraña en la que hasta los niños se extravían.
No beberás –se lee–, morirás de sed.
No se disipa la visión al final del más largo túnel:
sombras que se alejan unas de otros
y, con ellas, tu sombra y la mía.
Sucede en el instante del veneno.
En el apetito insaciable del tigre.
No hay poema alguno capaz de alcanzarte.
Ni pizarra que se adecue al hervor de tu nombre.
La mano se torna vieja sin que el tiempo transcurra.
Allí, a pocos pasos, lo que nace para olvidar su cara,
lo que exige asilo sin que nada ni nadie lo atienda.

Nada filosa, espesa, honda, infame.
¿A qué piedra encomendarás tu destino?
Estéril, adolorido, ni lengua de pájaros ni de ángeles.
No se despliega, se hace tarde, a prosa se reduce.

[SUPERAR LA MANCHA DE TINTA...]

Superar la mancha de tinta en el papel.
La idea cada día hasta que se agote el tiempo.
Es mínima la sustancia necesaria que me habita,
carezco de cierto órgano
capaz de llevarme a la estrella;
si respiro no tiene lugar la aparición,
si no lo hago la aparición opta por el reposo;
de la estrella el escombros,
de la criatura apenas un doblez
en un ángulo de una página.
Lo que de mí sobrevive:
remo que se parte, ojo que me observa
tras la celosía, flaco y pálido niño
que, escondido en la niebla, a juicio me somete.

[FUGAZ. ¿PUEDE EL OJO HUMANO VERLO?...]]

A Wislawa Szymborska

Fugaz. ¿Puede el ojo humano verlo,
aunque sea por un instante
entre parpadeo y parpadeo?

¿No?

Lejos la mano que sostiene la red,
lejos el mar, la criatura aplanada,
aun la más luminosa, lejos.
Todo se concentra en un punto,
veloz se consume, aire y no carne.
Adiós: el incendio acaba con la escena, el teatro.
¿Y el alimento prometido, la prometida lozanía,

el regreso exitoso, el viaje sin estorbo,
la súbita, milagrosa aparición,
la obstinación del cancerbero,
la anunciada e incumplida victoria
del peón en el más vasto de los tableros?

[LA IMPRESIÓN ARRANCADA...]

La impresión arrancada a un cosmos obcecado,
el desánimo ante la existencia
reducida a una fórmula, siempre precaria,
la sequedad del adverbio,
el polvillo depositado al azar
en el rincón al que no llegan las advertencias,
la débil trama sin guionista conocido,
el placer escondido en lo más exiguo,
el atestado corredor en el que alguien solloza,
alguien revoca, alguien traiciona,
la lluvia que la serenidad torna buena,
el árbol al que un antiguo secreto ilumina,
la palabra *vidrio* a la que un espíritu ebrio transparenta,
la admonición, la pedrería, la hendidura,
el tropiezo, la voluntad, lo diminuto,
el mecanismo que provoca el ascenso y el descenso,
lo que apura, lo que demora, la ofensa, la comedia...

[¿A QUÉ DISTANCIA LA LOCURA? ANTE...]

¿A qué distancia la locura? Ante
un mar que no devuelve lo que se traga;
seca la belleza y lejos su hueso,
el silencio sin razón,
el ruido sin motivo;
lo que en el abismo sopla
hiere lo que el mediodía ara;
el destino es vidrio y todo nombre desolado;
de la maleza no brota música,
hacia abajo lo que el gesto anula.

No se colmará; no despertará
porque no es suyo el sueño
y cuanto el sueño endereza;
cerrado el asilo queda la intemperie,
una memoria cansada,
una boda sin consentimiento,
un mundo, que es y no éste,
desprovisto de núcleo.

MIGUEL MÁRQUEZ (Venezuela, 1955)

● *a estas alturas del juego*



A estas alturas del juego, la relación que mantengo con la poesía es muy diferente a aquel acercamiento primerizo de hace ya muchos años. Hoy, cuando tengo sesenta y cinco, puedo afirmar que ha sido retrospectivamente una relación fundamental, es decir, decisiva en cuanto a la cimiento, la raíz, la arquitectura de sostén y de respiradero, por un lado, como también, por otro, de enigma movilizador y señal evidente de ese qué que queda balbuceando.

Esto quizás ubica más o menos bien, desde las primeras de cambio, en el primer poema que escribí, lo que entiendo como eje constante de un hacer. Se llamaba “Presentimiento” y lo recuerdo, ya que desapareció para siempre, como figura literaria en torno a un sentimiento previo y también como contacto, conexión, hilo con aquello que no sabemos qué es exactamente y sin embargo incide en uno como presencia y ausencia simultáneamente. Esto me impresionó, pues era una escritura que abría un franco espacio misterioso en el contexto vitalista de unas lecturas de Pablo Neruda y de Walt Whitman. Estudiaba primer año de filosofía (1974, Universidad Católica Andrés Bello) y creí que esto tenía que ver con la idea platónica de la reminiscencia, o sea, ese resonar de mundos imprecisos en la música verbal de los poetas. El caso es que esa caligrafía iniciática marcó una dirección: la del poema como interrogación compleja y apasionante. Lo que, unido a un carácter obsesivo como el mío, contribuyó a que quedara atento a esos “sonidos del silencio” hasta el día de hoy.

No pocas han sido las vueltas en que me he visto involucrado por la poesía en relación a la materia intangible de sus versos y estoy seguro de que esta aventura ha sido de lo más importante que he descubierto con la palabra y me ha llevado por diferentes ámbitos: la inagotabilidad de los signos, los rasgos sorprendidos de la enunciación, las afinidades secretas de los versos, la ética de la contemplación, la exploración de caminos inhabituales, la

experimentación como desafío permanente, la reflexión, el estudio, la escucha, la idea mítica del viaje y la lectura de tantos poemas del mundo que parecieran resumir lo hermoso, lo terrible y lo inexplicable de la vida.

En el libro *Linaje de ofrenda* (edición del Fondo Editorial Arturo Cardozo, estado Trujillo, 2004, p. 96) lo escribí así: “Ganas de organizar creo. Además, estas ganas no son nuevas. Extender sobre una mesa más o menos uniforme las rugosidades de las telas, de los días. Pienso que escribir debería ser como pasar en limpio los borrones exactos del presentimiento y de inmediato sé que no es así. No el boceto que antecede en la mecánica mental sino el ensayo, el acontecimiento mismo de las líneas sobre el lienzo. Una respiración inaugural por más jadeante que esta sea. Digo considerar signos aislados como posibles alineaciones del sentido y sin exagerar, sobre todo sin exagerar”. Hoy tengo en planes abordar estos asuntos teniendo en cuenta al psicoanálisis, en particular lo investigado por Jacques Lacan sobre el inconsciente real y el cuerpo hablante (el *parlêtre*).

El trabajo sostenido con la palabra ha significado al mismo tiempo la certidumbre metafórica y pasajera con la que podemos avanzar en medio de la inestabilidad, del caos, de lo angustioso, de lo imperdonable. Esto creo es a lo que se refería Rilke en su carta a un joven escritor, donde le habla de la poesía como necesidad: necesidad de escribir poemas porque solo de esta manera se puede vivir. Es mi caso.

Asimismo, los libros que he publicado tienen su propio ritmo, en tanto que no conforman lo que se llama generalmente “una voz”, sino que responden a otra lógica menos precisa y es factible percibir cambios o transformaciones significativas con lo dicho y la forma de decir lo que se dice en libros anteriores: la historia se mezcla con la poética, la lírica con lo político, la sociedad con la ontología de los versos. Es decir, menos que a un plan, parece que he estado atento a lo que acontece, a lo que rompe, a lo que suscita, a lo que mueve, a lo que me llama, a lo que aparece. Incluso creo que se puede hablar de formas esotéricas de la continuidad dentro de un acuerpado mestizaje de intereses. Por eso, el ensayo con los estilos me ha parecido una idea extraordinaria, que se enlaza con el oído y lo vacío. Ensayar, experimentar, aventurar. Estos son tres verbos en

infinitivo que me ayudan a entender muchas cosas de las que he hecho, incluso de las *Cosas por decir*.

Es también obligado mencionar que en 1980 formé parte de los poetas que fundamos el grupo Tráfico (Armando Rojas Guardia, Yolanda Pantin, Igor Barreto, Rafael Castillo Zapata y mi amigo y hermano Alberto Márquez), con una apuesta por una poesía conversacional cercana a los caminos nicaragüenses de la *Hora O* de Ernesto Cardenal, así como de nombres y rutas inolvidables de la poesía latino y norteamericana. Esto, en lo personal, después de una experiencia de varios años en los talleres literarios coordinados por Julio Miranda, Juan Calzadilla, Luis Alberto Crespo, Antonia Palacios.

Quiero finalmente agradecer a Floriano Martins y a Omar Castillo –editores y artistas de la palabra y la amistad– por la invitación a participar en esta selección de poetas iberoamericanos nacidos en los años cincuenta. Sí, se trata de una curiosidad cronológica que a lo mejor apunta a ciertos rasgos generacionales. Ya veremos. Por lo pronto estoy seguro de que es un camino muy recomendable para volver a lo importante: la difusión del trabajo literario de quienes en estos territorios le seguimos ganando escritura a las rocas del dolor y del silencio.

LE VOYAGE

Pesicos odi, puer apparatus

HORACIO

Odio haber nacido aquí.
Jamás he podido conciliar mi vida
con el calor del trópico, los mosquitos
y esas comidas envueltas en hojas de plátano.
Hijo: evita la chusma, da la espalda
a sus mujeres y nada opongas al deseo de irnos.
No es digno de ti quedarte, que eres joven,
ni de mí, que ya paso los cincuenta.

NEDERLANDS

Amo a Holanda, a sus puertos rumorosos
y distantes. Amo al arenque;
a la desembocadura del Rhin; a Leiden,
sencilla y suave como un sauce;
a Rembrandt, con humildad, con reverencia.
Y a esa dicha del ser, que es innombrable,
el paisaje de Delft (la intimidad
del hombre con los ángeles).
Pero sobre todas las cosas, amo
su voluntad de ser sobre las aguas;
su afirmación, contra el destino, de la vida.
Y toda esa historia de diques, de drenajes,
de ganarle al mar un día de tierra,
se me vuelve tan hermosa,
tan plena de sentido entre mis labios,
que al verte hoy, muchacha, de rubia,
de frondosa cabellera y ojos claros,
no sé qué hacer con la abundancia,
con esta gratitud a un pueblo entero
que me ha permitido, *gratia plena*,
conocerle.

LA CASA, EL PASO, VIII

Qué agotamiento, viento, me consume.
Sin reflejarlo, un pesado silencio,
grueso, hinchado, me hace abandonar
la calle ciega, el pensamiento
y el cuerpo deseado.

Hablar es una cosa inútil
que en el mejor de los casos
hace daño.

Quiero dormir tan sólo. Dormir.
Dormir largo, dormir profundo.

LA CASA, EL PASO, XXI

En la emboscada final
no mirarás atrás ni te dirán
por dónde. Mas sujetado
con firmeza a tu destino,
recordarás de cara a las estrellas
–las manos a la espalda y las voces
rapaces que te roban e increpan–
cuán inútil fue combatir el canto,
no eras Ulises ni una noble idea
a tus pasos puso en marcha.

Otro sol, otra canción más vasta
o más intensa que la santa
y terrible luz del mediodía,
te despertó de bruces
a las anfetaminas
como a un tónico beatífico
del alma
–Scott Fitzgerald,
de punta en blanco
y arrellanado en un sofá,

murmura, hecho un desastre,
sobre la metafísica virtud
de la ginebra.

Quizás por ello, tarde en la noche,
antes de que sea el callejón
la cueva hedionda
donde ululan las sirenas
–“envíen ambulancia, cambio”–,
los dioses te concedan un instante
para que veas al fin la cara ansiosa,
cruzada de presagios,
del fagonazo que te espera.

A SALVO EN LA PENUMBRA

Aquí vienen los días,
con sus mañanas, con sus noches,
nubes, sol, luna, estrellas.
El sonido de la primera hora,
el canto que atraviesa soledades inhóspitas,
la densa lentitud de la tarde,
el despejado deseo que ahora brilla
en una hondura tersa, en el agua
nocturna, en la oscuridad entrañable.
Aquí viene tu rostro, la piel
que te fue dada y la que imaginaste,
la fuente del continuo rumor, la risa
impregnada de una débil tristeza,
la sonora afirmación del afecto,
el miedo, la perversidad.
Aquí el agua, la sombra, los venenos.
Aquí, a salvo en la penumbra.

INÚTIL DESVELO

El poema me evade como un preso.
Escondido

en algún pabellón del alma,
su gemido me despierta.
No logro encontrarlo
entre estos largos pasillos
del inútil desvelo. El poema
que se encarama en las paredes,
calcula el ir y venir del reflector,
los tupidos alambres, la cerca
de púas, los espías, los perros.
A estos años
me he convertido en carcelero.
No entiendo nada.
Vigilo por oficio.
Como él, apenas salgo
de este estrecho cuarto
contemplando los húmedos corredores
donde los bombillos
resplandecen y se apagan.
Estoy seco, alejado del mundo,
frente al televisor.

MAR DE LOS SARGAZOS

El Caribe es peligroso como los escorpiones,
como el arcoíris gramatical del desamparo.
Los blancos están despiertos esta noche.

Una casa de tablas vacía junto al mar.
Escupo en los espejos azules de los alacranes
y pienso en las burlas,
en el rosario esparcidos de las moscas.

Esta mañana el mar despertó envenenado
y prolijo sobre las inscripciones del abandono,
en la sal feroz de la rumia, la que inunda
la voluntad con hongos, pulpos, preguntas.
El mar es un esclavo quejumbroso.

Pregunto por las canciones, por la acabada
sombra de los plátanos bajo el techo del mundo,
por la vieja alegría enamorada que hoy rueda
quemada por el sol salvaje.

Soy negro y odio las plantaciones.
Amo la limpia caída del asombro
pero las quemaduras avergüenzan.

Un rincón para dormir, ventilador de aspas,
una radio. Tal vez bastaría el cuarto
para dar por terminada la vigilia,
el sobresalto de las voces, allá afuera.
Razones y chillidos y vísceras oceánicas
que desvarían, llenas de grasa y hediondez,
en las naves que naufragan.

La noche odia Las Antillas. Pronto
es pedir demasiado. Pero cuándo
los barcos dejarán de andar con los ojos
pegados en las paredes, en el techo,
en las escamas que hablan lento y en voz baja.

La maldad tiene los ojos grandes, y las uñas
de los pies son largas como agujas.
La mar está pálida y sin gente.
Escucho los nombres de los naufragos,
las navajas que le dieron muerte implacable
al mediodía. La locura anda con un paño en la cabeza
y se ríe como una autista por las calles
empolvadas de luciérnagas.

El agua finge, simula cautelosamente ser algo
adherido a los cristales. El agua que opaca, ofusca
y perpetúa el fuego. Las lenguas donde hierven
las almejas y revientan caras ilusiones invertebradas.

Rezo en un hospital de la costa:
caliente, sudoroso, mezquino.
Rezo y pregunto por los huecos en el sueño.

Por qué todo es tan oscuro bajo las estrellas.
Las palabras son terribles.
Pierden sentido, luz y el precipicio de la abundancia.
Está desconchado el pueblo,
los perros no volverán ni el alma que sonaba
en la dulzura del aire.

El mar está enfermo de escoriaciones. Jamaica
es alérgica como Martinica, y en sus ojos
las serpientes se enroscan como los castigos.
Es un lugar extraño este mar, donde pocos
hablan de la fiebre de la fatiga,
de las cuevas podridas de las flores.

Este mar pertenece al disimulo,
al paludismo y al ron blanco.
Lleno mi vaso y bebo en inglés
el dulce ron de los abismos.
Canto detrás de la piel fresca
de los cangrejos, intento
escaramuzas consoladoras:
privilegios de pobre.
El mar amaneció indiferente
y sin respeto por la risa;
el mar de sangre en el tintero,
más blanco que el asco.

Una oleada me marea junto al sueño.
Una ancha irritación en los ojos.
Una vigilia hostil, desconcertante.

Ya no puedo dormir.
Las manos heladas
no son buena señal.
Me apoyo en la pared
y pienso.
Pienso en no comer
y en las islas.

Antes me bastaba
el agua fresca
para despertar.
Pero ahora pienso y me rindo.
Y no quiero saber más de estas
aguas coloradas, negras,
donde nadie espera por mí.

FRÍO, SEÑORA

Frío, señora, en las sábanas blancas,
en los pies, que las uñas me molestan.

He dicho bote y campiña apenumbada.
Año 1913.

La sed tiembla en las hojas del árbol
y no podré volver por el mismo camino.

Tengo frío y el ombligo crece como un hongo.
¿Usted no va a hacer nada?

El hilo, el hilo, rompa el hilo
que siento helada la cabeza.

Debo ducharme, quitarme las algas de encima
con agua caliente.

¿Quién lavará los platos esta noche?
Tengo frío y usted ni sabe del hongo.

Tengo ganas de la cobija azul de lana,
la que no me perdona,

no me olvida y me da fiebre
sin quitarme los ojos de encima.

(¡Qué uñas tan largas!
Pero me gustan los pájaros desde niña.)

Seré feliz en California
cuando salga de aquí y usted no exista,

y yo ni la recuerde bajo la sábana azul
de un parque grande y frondoso como la luna llena.

El parque con el que sueño
cuando me ponen suero

y no muy lejos de aquí.
Tengo frío, señora, tengo frío

en las sábanas blancas,
¿me escucha?

GARY DAHER (Bolivia, 1956)

● *hablar sobre la obra de uno mismo*



Hablar sobre la obra de uno mismo tiene dos connotaciones terribles. La primera es la miopía con la que estamos lastimados quienes queremos mirarnos a nosotros mismos, con tan escaso conocimiento de nuestros interiores, y la segunda es la vergüenza que implica revelar las astucias que los escritores usamos para armar nuestros entramados –fascinadores modernos–

llenos de las voces de los otros.

La retahíla de obras poéticas que se han escrito desde el principio se levanta como un vino sin tiempo del que todos catamos, de manera que se puede imaginar los magníficos cálices en que libaron mis nobles precursores, Dante Alighieri, Jorge Luis Borges, Yalal ad-Din Muhammad Rumi, Franz Kafka, Arturo Borda, Jaime Saenz, Isadore Ducasse, Antonio Porchia, el anónimo autor de la Torá, y otros que generosos acudieron en mi ayuda.

Aunque en este punto, y en honor a la verdad, es necesario mencionar que toda obra tiene su puerta de ingreso y su palabra de pase. *El Pabellón del Vacío* fue el nombre que pusimos al suplemento literario que diseñamos, producimos y dirigimos por 33 semanas, con Vilma Tapia Anaya y Álvaro Antezana y publicamos en Cochabamba, adosado al periódico *Opinión*, entre 1993 y 1994. Esa fue mi escuela poética y literaria. Allí fuimos en busca del extraño ángel que hace a las letras. Y el esfuerzo continuo, que casi me costó el precio de un apartamento, que había vendido en La Paz, y gracias a lo cual pude mantenerme, hicieron el resto. Así descubrí que el verbo no es gratuito, pero que su costo vale la pena: creces.

Escribir es de alguna manera el secreto pasillo de nuestro goce, escribir como si se tratara de dibujar el mundo con el tintero, vieja práctica de la voluntad del querer intentar que nuestro rostro tome un contorno y podamos decir al fin, ya me conozco. Duro fracaso, no; más bien, camino.

A tientas, entonces, he ido escribiendo los poemas que hacen a mis dos primeros libros, pero luego de pasar por la experimentación del lenguaje, con *Tamil*, cuyo título no trata como se pudiese pensar sobre ese lejano pueblo de la India y de Sri Lanka ni sobre su lengua, más bien es una palabra mágica. Pronunciada como debe ser en el mundo de los sueños ha permitido a este extraviado obtener señales para construir un mapa, el mapa que me llevaría de vuelta a casa, quiero decir, al paraíso perdido. Así, a partir de ese acto, este libro, rosa de los vientos, que data de 1994, y las sucesivas obras emprendidas se han erigido en representaciones geográficas, accidentes claros que me permiten ubicarme en el mundo del regreso. *Tamil*, entonces, trae la ceremonia de la celebración de la rosa, que no es otra que la celebración del destino. Es por esto que su composición en su fuero interior ha pretendido la trasgresión de los géneros, modificándose el poema en verso para transformarse en poema en prosa, luego migrar a prosa poética para concluir en lo estrictamente narrativo, es decir en el cuento. Insertando entre las hojas la respiración de pequeños poemas a manera de haikus. Así que la rosa se ha elaborado bajo el aliento poético y la respiración narrativa, dos luces que iluminan el escenario de toda literatura.

Hemos asistido a una expiación ritual. En este caso, de diferente manera que de lo que sucede en *La Comedia* de Dante Alighieri, pero acaso procurando el mismo *leit motiv* poético. Pues es oportuno afirmar que el Dante es el poeta que me ha acompañado desde mis años infantiles, primero como nombre que se aprende para responder a una prueba de literatura, siendo, esto último, probablemente causa de haber llegado hasta sus obras, para descifrar su misterio, pero que, muy a pesar de haberlo leído, aprendido de memoria en más de un centenar de versos en su lengua original, en toscano –fíjense hasta dónde nos lleva la neurosis–, sigo teniéndolo tan lejano, como quien ve a un profeta de la antigüedad, que uno sabe que ha visto a Dios, pero siente que olvidó revelarlo verdaderamente.

Entonces, para buscarlo, me sumerjo en la palabra, y ahí es cuando sucede aquel taller de poesía sin maestro que emprendimos con Juan Carlos Ramiro Quiroga y Ariel Pérez bajo el nombre de *Errores Compartidos*, que resultó mi segunda escuela poética. En consecuencia, la búsqueda de ese misterio no estuvo exenta de capturar en *Desde el otro lado del oscuro espejo*, el lenguaje limitado,

duro, sesgado, que podrían tener los cuerpos en su descenso a la materia. O el corpus de la poesía en su descenso a la vida del mundo físico y su escenario de tres dimensiones.

De esta manera, se escribe el libro *Cantos desde un campo de mieses*, también un solo poema de 714 versos que, en cinco cantos, en un tono crítico, pero celebrador y hasta profético, expresa un homenaje a la tierra, a sus poetas, a su gente y su intrincada historia.

Luego vendrían, acaso todavía a tientas, *Oruga Interior* que quiso ser una mutación que no se dio, y *Territorios de Guerra* que, para bien o para mal, acometí con poemas de amor y desamor.

Tal vez todo sea porque el escritor es como Antonio Porchia cuando dice: "Iría al paraíso, pero con mi infierno; solo, no". Mientras que Dante nos invita a abandonar el infierno, a purificarnos, a romper con todo aquel discurso que se pregona con los poetas del siglo XIX, llamados poetas malditos, que nos llevaba a resolver la literatura como una especie de degradación, que gracias al ingenio merecía el cielo-infierno deseado.

Entonces uno se detiene. Detenerse es uno de los actos más importantes de la literatura. Hasta que se da cuenta que un poema esencialmente no es otra cosa que el anuncio del fuego. Y damos el salto buscado desde el principio.

Resuelvo entonces mi andar poético y le doy rumbo cierto en tres libros. Es decir, la propuesta poética que brinda la trilogía: *Viaje de Narciso* (2009), *La Senda de Samai* (2013), y *Jardines de Tlaloc* (2017), y que marca un rumbo intenso hacia la indagación humanista, la preponderancia del desafío de la consciencia, y una metafísica que parte del trabajo de los cuerpos, trilogía que ha visto la luz en un solo volumen bajo el nombre de *Piedra Sagrada*, a cargo de Ediciones Vitrubio, en Madrid, en 2018.

Después vendrá *La Santa y la Cruz* (2019), pero ya el camino está marcado, y paso a paso sigo mi destino.

EL ARRODILLADO

Arrodillado
retorno a mis orígenes
al universo de la escasez:

la mano
la caricia de la lanza
la estampida de los búfalos oscureciendo el horizonte

y al sosegar el polvo
los dioses olvidados en las húmedas cavernas.

Sobre la piedra
el contorno del bosque
honra la máscara
y la madera
morada germinal del fuego.

Los ritos de los cuerpos
regresan su siglo de gritos a los vientres
las lenguas
retroceden la llanura de Babel
un silencio inocente
es el respiro de la aurora.

Pero
dónde estás
descalza
a la orilla de qué lenguaje
la línea que lleva desde el instante hasta el principio
traza la marca de tu ausencia.

O eres a los dedos como a la mañana
un signo apenas
una inmensa interjección alucinada.

Mujer o reino
agua que está detrás de todos los deseos

profundidad de pozo

nadie.

Y si te nombran
y yo aún arrodillado
y tú todavía me esperas
vestida con todas las niñas que fuiste
pasado el umbral
abiertos los brazos

cuando todo se haya dado
y traigan para mí
la túnica de la muerte.

EN EL TIEMPO DEL FUEGO

*Para una mujer que se precipita
sin paracaídas*

Mi amada es esta mujer muy amada
y en cada profundidad de sus accidentes
descubro
los regalos
los obsequios
y las secretas frutas de la noche.

Ahora mismo viaja
y su peregrinar es hacia su templo
quiero decir mi pecho
heroico y feroz
maduro de guerras

aquí la muerte anida el espacio de su boca
aquí la ciencia muerde el árbol
y la aurora
incendiaria de este nuevo día
que lleva el fénix en las alas.

Los astros son astillas de fuego de esta fragua
y el universo salta en pedazos
ante el yunque de su cielo.

Esta es la mujer
-aún conserva la cortina de seda-
descalza viene
diosa de octubre
y toda mi armadura
se oxidará
abandonada entre las peñas.

La llamo
-y acaso no importa
que se use la voz de la tecnología-
con mensajes de texto
y alquimia de brujo
todo está permitido
para tomar su alma
y su aliento
perderme

tic tac
tic tac

en sus relojes

yo que pensé era algo malo
ahora vivo en el tiempo.

LA MARAVILLA

Cargados vivimos
de las duras jornadas
y de su incesante transcurrir entre las lluvias.

Quizás por eso no reparamos
que todo trabajo del sol
guarda misterio.

Hay una hora sí
en que las sombras
cruzan inevitables por la cara

esto en nosotros
(cuando no produce un gran desasosiego)
causa una inquietud
una turbación
luciérnaga
que bramara con su luz
en la carne viva

y su vuelo mínimo
se traduce en mis latidos
creciendo sin cesar dentro del pecho

hay algo más allá
-susurro-
de todo lo que miro

nada concreto
más bien una sensación
semejante a los silencios que preceden
a las noticias terribles
o una carta poderosa
justo al momento
en que la estamos por abrir.

El hecho es que flota
como una música escondida
o un incendio por nacer
entre las ramas secas de la casa.

Si algo se puede decir
se diría que se insinúa
en el aire de las ventanas.

Acaso sea por este motivo
que cuando cierro los párpados
y abro los ojos de mi alma

advierto una oscura intensidad
de dioses y de vientos

estallidos incomprensibles
tan cerca.

¿Por qué no pertenezco
a su adentro?
¿Por qué no soy
más que una mirada?

EFÍMERA AVE

A Leopoldo Castilla

Visto a través de la malla
milimétrica
aterriza un pájaro en mi jardín
pequeño
diminuto como los gorriones

sin pretender decir que lo sea
inclusive que sea cualquier ave
el frágil animal
fragmentado en píxeles
por el estampado de la malla

y supongo que lo es
que es un pájaro
por los movimientos discontinuos
de sus breves saltos sobre la hierba
su leve figura busca suministro
con su pico niño
entre las minúsculas hojas del piso.

¿Qué tipo de viandas
puede encontrar en este jardín
hecho apenas de un papayo joven

y una palmera india?

El pasto
me digo
el pasto es donde se esconde el alimento.

A punto estoy de descifrar el misterio
y es como un hálito poético que lo precede
pero siempre hay
de repente
un algo que violenta
quizás la brisa que sopla más fuerte
o la sensibilidad de la misma ave
presintiendo en mi jardín un no jardín
más bien un erial
una tierra vacía
una ficción
una reducida mancha verde
en el patio de la casa.

Así de pronto
el pájaro aletea
levanta vuelo
y dibujado en pixeles como vino
se pierde
desaparece.

Entonces la casa vuelve a la realidad
a su dura estancia
pero las cosas comunes de todos los días
se sienten iluminadas
como si su presencia
efímera
las hubiese dotado de fugaces certezas
e interminables sentidos.

SEÑALES

En lo profundo de la selva

en la piedra que la maraña oculta
y los grillos y las inimaginables aves que dicen inimaginables
trinos
en la oculta senda abierta bajo los enormes cacaotales
en los ojos
en los ojos de tus ojos más allá de tu mirada
donde mora el tigre
y espera su hambre
y tiembles toda
apenas una gota de rocío en la hoja
es la señal del tiempo
cuando tu nombre y el mío se diluyan en la boca
y los latidos del corazón
y todas las manos se hagan una
y convoquen la alegría de la lluvia.

LA PIEDRA

Busco un hombre.

DIÓGENES DE SÍNOPE

La piedra es piedra y su paciencia no tiene límites.
Sobre la piedra se levantan los palacios, las estelas, los templos
y las poderosas pirámides que compiten su cetro con el propio
Cronos.
Está la piedra piedra y la piedra moldeada. Ambas nos hablan con
un silencio de siglos.
La piedra en el camino, la pinche piedra, la piedra angular, la
piedra de escándalo.
En los inmensos jardines de Tláloc, la piedra tiene sitio especial y
es su fundamento.

La gente antigua, los titanes y animales sagrados se toman su
tiempo y en esa maravillosa demora parecen piedras, como en
Cala Cala cerca de Oruro. Y te quedas perplejo y no sabes qué
decir porque esas piedras son además como madres que guardan
quién sabe qué pisadas con las huellas desnudas sobre su lomo.

Aquí se ama las piedras. Hay un no sé qué, un algo sagrado cuando
las acaricias.

Y si descubres su profundidad incalculable
(sí, se puede ser profundo en la solidez más sólida)
hallarás la clave elemental de la belleza.

Sé de una piedra que reside en tu propio cuerpo
hecha para triturar los deseos
esas lágrimas heladas e insatisfechas que produce el hambre
y que luego podrías cincelar, pulir, hacerla cúbica y perfecta
la desconocida piedra, la piedra filosofal que nace del sexo

— el sexo y la muerte, aquellas puertas del amor, quién lo diría. —

entonces
me parece
que deberías usar la piedra
tu piedra
para transformarte en ser humano.

CARLOS PARADA AYALA (El Salvador, 1956)

● *un compromiso de orden vital*



La poesía como disciplina artística es un compromiso de orden vital, es decir, imprescindible para la existencia. En otras palabras, es difícil concebir a la humanidad sin un carácter inherentemente poético. Vale, en ese sentido, tratar de imaginar un mundo despojado de la música, la escultura, la pintura, la arquitectura, la palabra poética. Sin estos elementos se perdería la esencia de nuestra propia humanidad. Vista como expresión vital, la poesía presupone esfuerzo, compromiso, cultivo. Esto tiende a ser más claro en disciplinas como la música y las artes plásticas. La poesía, por lo contrario, con frecuencia es percibida como un don. Ese don se tiene o no. Los verdaderos poetas entienden la necesidad de la sensibilidad poética, pero también entienden la poesía como un oficio. Rechazan la premisa de que la poesía solo es don. El lenguaje ha propiciado de manera singular el desarrollo del cerebro humano y la poesía, como punta de lanza de la expresión lingüística más compleja, potencia ese desarrollo. En ese sentido, creo que es en la poesía donde se encuentra el germen de un nuevo ser humano más justo y más magnánimo. Es, por lo tanto, imprescindible cultivarla. No aspiro a una sola voz poética. Aspiro a explorar la poesía en el plural, en sus muchas voces. Así agradezco a las letras que han moldeado los poemas que surgen de este yo: Sor Juana Inés de la Cruz, César Vallejo, la Generación del 27 en España, Claribel Alegría, Roque Dalton García, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, y la expresión poética de las diásporas latinas de Estados Unidos, país en el que residí desde hace más de medio siglo.

MÁSCARAS

Después de César Vallejo.

All I ever had...

BOB MARLEY

Si los labios se acongojan
o arrebatan los sentidos,
yo no sé.

Los ojos hablan,
no obstante enmudecidos
sin la imagen manifiesta de los labios.

Entre últimas magnolias
y primeras azaleas,
hay mensajes que se empozan
en efímeras miradas,
piernas que se alteran
al oír otras siluetas.

Por el mar desparramado del ocaso,
el cardumen de corolas aletea manso
en la luz de las pupilas
y lo que antes era sobresalto
hoy es el cariz de algún afecto.

¿Y qué de los escombros en la sien?

Más que la pandemia,
indómitas se esparcen las esquirlas de la infamia.

A pesar de todo, en las salas de emergencia,
hay tactos transmitiendo ecos de ternura
por la piel artificial de guantes extenuados.

Fotografías sonrientes

suspendidas de los torsos
bastan para extasiar,
romper las cotas de este cataclismo,
y resurgir con el cantar a flor de piel.

El confinamiento fue un volver a la matriz,
un remanso en donde la palabra resistió
y se negó a vivir enmascarada.

En el resplandor,
hubo quien se despojó el sudario,
removió la piedra,
y habló de redención.

MAR TEZ

Poema en monosílabos

El mar,
un pez sin red.
La red un pez,
un sol sin luz,
un mar de pie sin voz.
Mar tez.

Tú sin vos.
Su voz sin paz.
Voz sin vos.
Tú sin él.
Él fiel al sur.
¿Tú fiel al mar?
Ver el mar fluir sin tí.

El pan sin sal.
Re ir sin ton ni son.
Dios al raz del fin.
Del fin en red
la sed, la sal.

Tu tez mi Zen.
Tu flor mi sí.
Tu piel, mi miel,

Ven a ver:
la paz sin cruz,
Cual sí sin no.
Ser del bien truhan:
par o non: dual.

Dial de luz,
res sin pies,
cien pies.
Mes de sal, de cal.
Fiel la miel, la hiel.
Huir al grial en tren sin gris.
¿Sien tez mis blues?

Del pie la coz cruel.
¡Ay la sal en pus!

Sin ti él un clon sin clan
Bus can do te
Sal tan do

Él sien te
las par ti cu las
de tu luz

Que no can te
Que no re pi que
Que no sal pi que
Que no ron que

¡Que me en lo que ce
lo que sé!

Do re mi: él son sin vals,
él son sin jazz, sin bis.

Haz del mal la luz.
Dar a luz al mar.

BALLENA

Las casas caen convertidas en astillas.
Las palmeras se derrumban
como fósforos quemados.
El cielo explota y se hace añicos
esparciendo gotas que descienden como balas.
El sol se ha rajado escupiendo rayos,
truenos mudos de una luz perdida en la vía láctea.

No ha quedado nadie.

Todos han huido desterrados por las sombras.
Seco, el maremoto lanza sus terribles aletazos.

Abro los ojos. Me ausculto.

Mi corazón avanza cual ballena
a la deriva en tierra firme.
Y yo, solo en el centro del mercado,
no soy más que un iracundo cazador
afilando los arpones fríos
de una interminable y vil melancolía.

VAIVÉN DE FANTASÍAS

Los argonautas se albergaron
en la oscuridad de mis zapatos
y un dragón azul acudió
a encenderme la estufa.
El cielo limpio se escondió
en las gavetas del armario,
lo que explica el silencio
de los pájaros y el exceso
de neblina en la ropa que me puse.

Hoy la soledad es un vaivén
de fantasías.
Mejor así.
Ayer el día desató un
huracán de anzuelos
que dejó al mar vacío
y al sol humedecido
como ojo de ballena herida.

ELEGÍA VEGETAL

Hay un árbol o amor que flota como nube verde,
o pájaro volando hacia lo hondo. Trino, trino
de resurrección fallida suspendido sobre anillos
que se expanden concéntricos como el baile
de las ondas respondiendo al contacto de una esquirra.

Cortesana, corteza: corte sano de hacha muda
vengo a besarte y me arrepientes. Conmueven
tus tentáculos torcidos en el lienzo de los cielos.
Brillan las semillas como estrellas alarmadas.
Y tus flores riñen con los picos de las aves.
Me bebés todo, arrinconado, en el fondo de un pozo.
Seco quedo como labio de piedra en la arena del desierto.
Sequedad de luna sin atmósfera, sedienta pordiosera
de páramo en andrajos. Lengua ardiente como carapacho,
rezas tu penúltima palabra en el pecho imberbe
de un rosario. Respondo yo, portento verde,
nubes de estruendos, a la raíz de tu plegaria moribunda,
atravesando tu garganta con el filo del destello. ¡Rayo!
Luz que prende medular tu cuerpo astillado,
enmarañado en los nidos de los pájaros sedientos.

SAL DE LA POESÍA

A.M. Grimaldi

¡Ay de quienes no guardan un bestiario...!

ALVARO MUTIS

La luna ya no toca con su cuerno de pirata.
Tuerta, la noche bate su reflejo por las ondas del remanso.
Vos, panza abajo, en el laberinto del ramaje,
escalás los nudos de los sueños
cual garrobo en trance, hipnotizado.
Sobre el agua pulula tu imagen
de reptil-anfibio que se monta
por la grupa de la luz cobriza.
Cuando el silencio ha puesto fin a su discurso,
sos testigo del lucero que se precipita
por el vasto terciopelo de la noche.
La brisa es el plumaje con que alzás el vuelo
sobre bosques de almendros y maduros jocotales,
hasta los acantilados donde bate el mar su piel salada.
La voz marina con su trago grande de angustia
te convoca en las fauces de las grutas.
Las caracolas se derrumban
sobre los cangrejos ermitaños
y la muchedumbre de murciélagos
se estremece sorprendida.

Garrobo alado, niño bobo, aventurero:

¡Sal de la poesía!

HUELLAS DESTENIDAS

Me dispongo a hacer viruta
con el tedio cotidiano de la calle Irving
confesando mis pecados

al niño Dios de los pañales desechables.
Hago maromas con la esfera de las horas
huyendo de la sombra carcomida de los titulares.

Los cuerpos celestes de tu imagen
danzan vales con las sandalias
desgastadas de mi soledad.

Debés saber que estos desvaríos
son un monumento
onírico a tu ausencia:
En el rostro de la Santa
hago mío el éxtasis
barroco del creador.
Tomá nota: El éxtasis es mío.
Los ojos de la ausencia, tuyos.

¡Ah! Nuestras hijas han crecido
y han volado con las alas del planeta.

Año tras año los presidentes
suelen incendiar esta ciudad,
año tras año los cerezos
bañan los escombros
con un manto de ternura.

Date cuenta,
a pesar de esta ciudad
de todos los caminos,
supe encontrar algunos versos
en las huellas desteñidas de tu ausencia.

CINELANDIA

¿Qué me ha ocurrido?

GREGOR SAMSA

La ardilla roe las rejas.
¿A quién se le ocurre encerrar
a una ardilla en jaula de madera?
Las ardillas nunca fueron pájaros.
No obstante, aprovecho el desliz
y me lanzo a la fuga. Alzo el vuelo
a pesar de la cadena en el pescuezo.
En el capulín, desperdigada,
la colonia de gusanos.
La ardilla roe el largometraje,
el hambre de entrar en escena,
el hambre del protagonismo
en la gran pantalla.
La ardilla me muerde el dedo.
He aquí la cicatriz.
Yo ardía de dolor y me pescaron.
No tuvieron el valor de aniquilarme.
Temían arder.
Me encerraron en un costal.
Se montaron en un todoterreno
y descendieron en un lejano bosque.
Indignados me soltaron:
la cadena en el pescuezo.
Yo ardilla en la cumbre de un cocotero.
Ella ardía alzando el vuelo en el lente del crepúsculo.

POETA DEL MAL

Para ti mi trampolín de fuego.
Pequeños suicidios fallidos,
tus clavados indecisos.
Tercos el agua y las llamas
te ofrendan sus cenizas.

En tus pupilas, el feto iluminado
de una ex-preñada fantasía.
¡Ah, sentido del humor
que me obliga a escribir el desahogo!
Tú te duermes en la voz de la oscurana;
yo, un poetastro que se incendia
en los destellos de tu luz.

ORACIONCITA PARA TI
CON PERRO PANZA ARRIBA

Gracias a la voz de Aretha Franklin, 1968

A M. A. Méndez, hijo

Oigo un vaso
medio lleno de nostalgia
que me bebo de un trago.

El caos es un golpe de martillo
en el yunque de la historia.

Un angel herido
que por siempre cargaré
sobre los hombros
se consuela
con el dedo en la boca.

De la radio las palabras:
together, together
forever, forever
que me esperan impacientes
en el diccionario.

Sueño con volar a California
en la vieja bicicleta que cuelga

carcomida en la pared
entre los huevos reventados
de las cucarachas.

Creen que soy un niño perverso,
al menos insolente.
El cura de la iglesia en el Centro
se asustó de mis pecados
y sin perdón ni penitencia
me expulsó del confesionario.
Confirmado: soy un niño perverso.

Tengo sobrepeso.
El profesor de sexto grado
me ha robado un dinero.
La empleada de casa
cree que le tengo ganas.
Quiero ser *hippie*, pero no me luce.
Las notas de la escuela, por el suelo.

En octubre, al fin, la carta de mamá.
Mamá no ha muerto en California.
De la radio las palabras:
together, together
forever, forever.
Esta vez entiendo,
y algo parecido a un consuelo
se dibuja entre mis labios.

De repente soy un perro,
un Gran Can patas arriba en la galaxia,
esperando que alguien llegue
a rascarle la barriga.

Pero no pasa nada.

¡Ay de ese perro!,
conformado con correr
y dar vueltas por el cosmos

para perseguir las ilusiones
que olfatea en la punta de su rabo.

FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957)

● *bromeando con la realidad*



La idea era bromear con la realidad hasta que ella dejase de tomarse tan en serio. Algo como componer un libro de la risa que provocara en sus lectores una sensación de pertenecer a otra realidad que no fuera la suya, la realidad de costumbre. Pero la verdad es que nada sale como planeado, así que la broma ha buscado otros modos de ser y elencado una trupe de voces que salieron de tumbas, ventanas voladoras, amantes escandalosas, noticias criminales y así hemos construido todo un teatro que tampoco era un espacio fijo. Además, otras perspectivas rompieron sus terrenos establecidos y se juntaron a nosotros, como el collage, los libros de mitología, el teatro clásico, las estructuras musicales... La mesa estaba tomada de nuevos modos de tratar la lírica, la tragedia, la epopeya. Y cuando me puse a escribir los mecanismos de la creación han declarado que no era posible seguir con los modos por separado, que habría que fundirlos todos y alcanzar un lenguaje otro que fuera una especie de cráter de vértigos, un palco de temblores, una tempestad de presagios. Por supuesto atendí y hasta aquí ando, con la vida inesperada en su taza de enigmas.

ÁNGEL ANÓNIMO

No me pongas dentro de tus pergaminos
No agregaría tus coincidencias a las mías.
No me ilustres ni me pegues a mis labios
No hablaría el mismo idioma que el tuyo, lo juro.
¿Puedo recordar la relojería de tus defectos?
No reconozco por qué estás pasando el mito.
Cuando me llenas con tu astuta escolta
de demonios, ¿debería expulsarte o conjurarte?
No me hagas escribir el nuevo papel de los santos.
No me pidas que conjugue tu noche
o agrandar los labios en los que me hiciste tuyo.
No quiero tropezar con un mosaico o cualquier cielo.
Los milagros deben ser conscientes de la inexactitud.
de sus inserciones, reclamos y cuotas de paquete aturdidos,
Una obra apócrifa de la autoría más disputada.
No me pongas en tu boca antes del dolor
explica cuánto quieres dentro o fuera de mí.
Estás en desacuerdo o no, aquí nunca volveré.
Brindando por los colores que inventamos en nuestro disfrute.
Pero me deshago de ti antes de ponerme serio
en tu piel como un pecado que se repite.

RUTA DE INFORTUNIDAD

Ojos apoyados en el alma lejos de casa
reflejar un abismo en el que es difícil creer,
labios secos como antorchas que rechazan la luz,
gravas dejadas atrás en la distancia del tiempo.
La niebla se divide con la permanencia del fuego.
Cuanto más se espesa, mayor es la resistencia.
Las visiones se expanden como espejos huecos,
Voracidad manifestada en toda la lista de sacrificios.
Los ojos mantienen un laberinto desigual.
Perdieron el sonido, el color, la línea, la leyenda seminal.
Los ojos ruedan tragados por la palabra ilegible,
son como un libro atormentado o un mundo
reiniciado en la vida de otra persona, el desorden de las brechas

o una eternidad con los que no se aman.
Mis ojos son la miniatura de un tiempo perdido.
Viaje gastado, sin riesgo a casa o decisión
nunca volver al lugar común de la historia.
Mis ojos se fueron, antes de que la escena se derrumbara.

LA IDEA DE UNA TRADICIÓN UNIVERSAL

Mis tierras notan las tensiones en tu mirada.
Quiero que te bañes como una flor en la primavera.
Un sueño pelado que se reproduce en mí
Declaraciones de que el cielo todavía existe. Yo quiero
sus firmas ingresan a todas las páginas.
No se trata de no creer o describir lo que vivimos
está más allá del recuerdo o el coraje de una renuncia.
Mis spas registran el calor de tus entrañas.
Quiero el teatro completo de tus regalos. Las estaciones
celebran sus escaleras como un rito desnudo.
Las noches todavía existen en su belleza demoníaca.
Mantengo mis notas fuera del tiempo, llueve
sobre las letras con las que reproduzco tu nombre exacto.
Yo insisto. No se trata de cuánto me encuentras transcrito.
Si tienes que llorar, házmelo a mí. Gracias a la furia
de tu naturaleza ilegal. Gracias al símbolo, gracias.
al estruendo silencioso de nuestras alas en vuelo.
Te amo no lo ves. No tendrás que matarme pronto.

PRIMERA IMPRESIÓN DEJADA A LA PUERTA DE LEILA FERRAZ

Dejé pasar un edificio entero por casualidad.
Parecía un buen producto anónimo y suelto,
aquellos que no insisten y tratan la duda con desdén.
Ahora que hemos reeditado el catálogo apócrifo del horizonte
Veo cuánto se vería ese edificio aquí.
La realidad que subastamos salió de nosotros muy satisfechos,
sin dudarlo, reconocido por su nuevo juego de manos.
Monet en los brazos de otro amante impresionista.

No importa las manchas del tiempo, el semblante
raspado por la luz, el ático desapareció, nada.
Recreo todas las formas en que me llenas.
Todo en nosotros se reconoce en las vértebras del miedo.
Lo que somos ve a lo lejos lo que seremos un día,
y este día es ayer. Nos exploramos como alguien que renueva
los bocetos que toman las formas más inesperadas.
Somos los esfuerzos conjuntos de belleza y fealdad.
Las formas esenciales no sabrían dejar de ser
sin primero intimar con nuestro vértigo.

LEONOR FINI VINO A VERME AHORA MISMO

Tus labios se curvan como un fuego, calmando la noche.
Los muebles parecen moverse fuera de lugar buscando la luna
alrededor de la casa.
Mientras el viento susurre su daga ilegible a través del bosque,
los dioses se desnudan, masticando dolor y misterio y tu cara
se vuelve inalcanzable, por mucho que lo tenga en mis manos.
Ambos nunca sabremos cómo plantar algo, hogar o tumba,
sueño o disimulo, nada que nos haga hundirnos
en la misma arteria. No importa qué libro evoca
la verdad indescriptible de nuestros deseos. No hay otra manera
para cambiar el futuro. No hay cosecha ni conquista, trigo
o pólvora, que no esté escrita por el villano más dedicado.
Ninguno de nosotros está listo para dejar de ser lo que somos.

CUANDO ME DETUVE DENTRO DE LOS OJOS DE MARIE WILCOX

Las luces de la inmensidad notaron las veloces figuras que corrían
a lo largo de su espalda, mientras migrábamos de un puerto a otro
de la extensa desolación sin palabras. Fumamos el paisaje
arrastrando los días. La piel del tiempo se rompió como los cascos
de la memoria. El polvo rojo parecía acurrucarse debajo de la piel.
Cualquiera de nosotros mordería nuestras manos y de repente
explicaría la desaparición de la fortuna, los metales preciosos de
aquellos al borde de la extinción. Incluso la caída se podría, ya en

la boca del silencio más hambriento. Una mecedora gastada palpitaba como un molino de milagros. Una sombra en flor rodeada de escasa vegetación que evocaba el viento. Una creencia sagrada en la reencarnación de todos los mitos en el alma de cada palabra. Fue entonces cuando te vi convocando a todas las ruinas, los almacenes que no habían levantado los pies del suelo, los fantasmas que aún sabían hablar. De cada uno no pediste nada más que la lujuria de las leyendas y las formas de exaltación, los elementos dorados, los sellos invisibles, las paredes irregulares del pasado. Gradualmente, retraté todo lo que viviste, los verbos de instinto, los acantilados de cada letra iluminados en la página urgente de tus ojos. No hay otra manera de que el mundo renazca, sin importar lo clandestino o violado. Puse tus ojos en mi mano y leí toda la tradición de tu gente.

ALREDEDOR DE UN NACIMIENTO

Dejo que tu nombre caiga como una fábula en mi corazón.
Las cicatrices, ahumadas o pendientes, siguen siendo disfunciones
ciegas
que avivó el hambre de los desiertos y las rosas marchitas en la
tumba.
La eternidad nunca sabe cuándo abandonar la escena, como los
dioses,
que un día programamos para funciones de lejos y de cerca.
Los labios queman la transferencia de tu nombre hasta el olvido.
Los bordes disueltos por palabras que se repiten, exhaustivas.
Los símbolos que saltan del pez a una calavera perdida.
Pérdidas que vacían la tierra de sus notas de renacimiento.
Los lagartos molestos, que ya no saben qué comer.
Traje tu nombre aquí para que la noche te sane.
La caída evita hablar de sus males, una imagen llena de escapes,
como un fuego eterno guardado para el sacrificio que no vendrá.

NUNCA HE CONOCIDO GERTRUDIS

Muchas noches persiguen tus formas esquivas. El aire seco revolvió mis intenciones. Muchas veces bajé y subí los vanos de la desgracia. El pequeño grabador de mesa reproducía la voz de Gertrudes como un cebo. Sus verbos cansados como garras sin punta. Sería un milagro si ante mí surgiera su cuerpo a partir de esas palabras. También yo empezaba a cansarme. Lejos de casa, aunque te encontrase, no sabría cómo volver. No me quedaba otra cosa que hacer, sino continuar idealizando las formas reales de tus apariencias alejadas.

EN LA ANTIGUA VIVIENDA DEL FUTURO

El mohó era el gran artista de la casa, por sus extrañas abstracciones. Me veo en ellas como un caminante carpiendo misterios de una habitación a otra. Pero lo que veo de mí es lo que hace la noche más negra y el día un desfiladero de sombras y bultos sin nombre. Creo que la memoria fue el primer pájaro que huyó del nido. No se quedó el alpiste. Yo fui sobrando hecho un oratorio que hace mucho Dios no visita. Por ahora me siento tan olvidada de mí, incluso la muerte debe haber perdido mis registros. Ya no puedo ayudarla a encontrarme. ¿Cuántas veces he repetido mi nombre delante de aquellos murales abstractos, desesperadamente intentando al menos evitar que esta parte de mí se fuera? Pero de aquellos paisajes turbulentos no venía respuesta alguna, ni siquiera unas flores de eco. Hay momentos en que no podemos huir de lo que dejamos de ser.

PRIMER PALCO

Un día resolvimos improvisar escenarios que ocuparan el lugar de los huecos en nuestra memoria. Era como si intentáramos recordarnos lo que nunca existió. La gran sala de estar sería el mejor escenario de la casa. Totalmente a las oscuras, poco a poco encendía una luz de techo, dirigida hacia uno de sus cantos. Una bañera, una silla, dos mujeres ocupando las funciones de la señora tomando su baño y la criada a jabonar con una esponja. Quienes eran esas dos

es algo que jamás supe. El silencio de la escena parecía estar compuesto por fragmentos de innumerables ruidos no identificados. La acción recortada en sus fotogramas, como una película remendada. No se entendía las palabras de la criada, pero la señora susurraba repetidamente una frase: Tanta cosa dejamos atrás que interpretamos nuestra vida apenas como retazos. La silla parecía tirada fuera del escenario. La criada se levantó para evitar una caída. La silla fue tragada por la oscuridad, mientras la señora repetía: Tanta cosa, tanta cosa...

PEQUEÑA LÁMPARA SECRETA

Omnu era un desierto encantado. También era demasiado serio, no hablaba con casi nadie. Antes de dormir, soñábamos el uno con el otro. Fue como lo conocí. Al morir, ahogado en sus lágrimas, guardó bien escondido en su sótano un diario, cuyas páginas recordaban el futuro minuciosamente. Omnu, en su sensatez casi implacable, por muchos soles anotó incontables pasajes subterráneos que nos llevaban de un margen a otro de su existencia. El infinito es la más tramposa de todas las ilusiones. Ahora que leo su diario, empiezo a dudar del papel que Omnu ha representado en mi vida. Guardo sus lágrimas en una caja de arena en el estante más alto de mi sueño. Sólo allí, donde no duermo nunca, es que puedo recordar quién fue Omnu.

SEGUNDA ESCENA

Una segunda luz de techo interrumpe la oscuridad. En el centro de la sala una pequeña mesa puesta para la cena y las dos mujeres allí acomodadas. En el centro de la mesa una caja cuadrada con poco más de un palmo de base. Al ser abierta por la criada, surgen tres nuevos objetos: un haz de papiros de Confucio, el estuche jamás encontrado con las tintas negras de Franz Kline y la sopera de oro de María Sangrienta. Tan pronto la criada sirvió la sopa de finísimos macarrones, dos mapas se formaron en sus platos. Los mapas eran idénticos, aunque uno de ellos era la imagen invertida del otro. Había, sin embargo, en el mapa al revés un extraño punto negro que crecía a cada mirada. La criada y su señora se daban las manos,

temiendo lo que intuían vendría enseguida. Ojos fijos en el punto negro en el plato de la criada, él empezó a crecer, desbordándose por la mesa y luego por toda la escena, devuelta a su oscuridad antigua. Los mapas no guardan secretos. Es necesario aprender a descifrar sus mensajes.

HECHIZOS

Los hechizos se ramifican a través de la columna vertebral de camuflajes. Como revelaciones fálicas de hábitos abandonados. Las chozas afiladas donde se esconden los dolores de hazañas satisfechas. Los hechizos funden las llaves de entrada en mundos paralelos y descansan en la puerta secreta de una escalera en múltiples direcciones. Extraño pacto con los escenarios que están a punto de caer. Los hechizos diseñan trucos originales y disocian las cenizas que creíamos aborrecibles. Simbiosis de elementos con diferentes poderes. Faros moribundos, figuras escamosas, bosquejos de sodomía y otras flores anónimas de lubricidad. Los hechizos ritualizan todo lo que atraen, con su cultivo de metamorfosis y las vísperas prolongadas en silencio donde nos hacen ponernos los zapatos de deriva.

MARITZA CINO ALVEAR (Ecuador, 1957)

● *algo parecido al juego*

*El arte me salvó
prestidigitador de instintos,
redimió mi espanto
con su humor concupiscente
Azota mis raíces/humecta los fantasmas
del sol contra mis huesos.*

MARITZA CINO ALVEAR



La poesía se instaló tempranamente como algo parecido al juego. También fue una forma de autocomunicarme y de signar en la metáfora, una ausencia ontológica, que encontró en los malabares del lenguaje otra forma de redención y sobre todo de iniciación a la escritura.

Considero que mi quehacer poético tiene una hibridez entre el decir y el medio decir, donde subyacen temas intemporales de la existencia que se convierten en búsqueda y exploración a través de imágenes que construyen y se deconstruyen, alterando y violentando las posibilidades del poema.

La escritura poética me ha permitido domar/revelar mis duelos existenciales y me ha incitado a un encuentro cada vez más simbiótico e indisoluble con la palabra y con su sentido polisémico; transgrediendo los silencios y temores ancestrales, liberando mi identidad.

La escritora ecuatoriana Sonia Manzano, comenta respecto a mi *Poesía reunida* (2013):

Con una poética singular que desde sus inicios marcara diferencias sustanciales con la mayoría de los discursos líricos de mujeres poetas que hicieron su aparición en las postrimerías del siglo XX, Maritza Cino

Alvear (1957), voz ungida de caos, pero provista de una capacidad funcional para comprimir en textos de corta extensión, enunciados que abruma, en el mejor sentido, por sus alcances cargados de un semantismo barroco que una vez decodificado por el lector especializado, seducen a este gracias a la carga poética que les es implícita (soy un latido de Dios, eclipsado en la tierra), es una de las más sobrias voces de la poesía ecuatoriana contemporánea, juicio que se sustenta en la valía de su Obra general, en la que estigmas, turbulencias y enigmas rotan en torno a un elocuente sentimiento trágico de la vida el que constituye el principal acicate que impulsa a Cino a verbalizar sus conflictos particulares en versos irremediamente sacudidos por orgasmos remotos.

Voz criptica solo asimilable por quienes han logrado acceder a la quintaescencia de la poesía, es la que posee Maritza Cino Alvear, cuya perennidad en la Lírica Nacional está garantizada por ese haz de logros estéticos que destellan en la totalidad de su poesía.

DUELO

Hundirse en la mudanza
en piezas menudas subterráneas
devolver la pesadez del barro
hacia el onírico destino de la fábula.
Escapar del solitario pasadizo
apareando la exaltación del duelo,
concebir la prisa de mudarse
hacia el onírico vientre de la fábula.

ESCRIBANA

A esta nueva vida le entrego mis oficios
y el no haber podido escribir sobre otra escena.
Seducida ante el placer de predecir,
le concedo mi intención por la escritura
y el ojo tupido por la espera,
cruzando la bruma imaginaria,
como mis ritos frente al mar que se repiten.
Frívola escribana,
al fin de cuentas.

TOCÓ EL FRÍO

Desnuda de vestiduras y arenas
se refugió en la simulación de la noche
se alejó de visiones terrenas
abandonando la ficción del silencio
mientras una peregrinación asediaba
avanzó hacia el puente
los sauces apaciguaron su duda
vacío el aro de piedra
cedió su hechizo al océano
desertando de lejanos instintos
exhaló la placidez del delirio.

RETORNO

Solo una pista para invadir la escritura
y que ella me exima de la repetición de estos signos
no será necesaria más sabiduría
ni acudir a ritos ni pactos lascivos.
Antiguas tumbas con su placer inhóspito
arcilla de túneles y cráteres lunares
silenciarán leyendas de acentos piratas.
Mientras me sorprenda esa palabra elemental
y me atrapen los peces desde un cielo barroco
será posible falsear la escritura.

PUERTO

Segura en casa queda atrás la orfandad
la contemplación del sahumero desde la levedad de la balsa.

Se consumó la espera y el miedo a más
una vida antigua se desvanece al sol.

Desde este lugar en sombra acude la inexplorada sintaxis
la ausencia del saber en la perfección del silencio.

Restaurar el amor se toma un tiempo
Los hombres de mar son leales a su instinto.

ITINERARIO

No será imprescindible la llegada del temporal
para que esta poética cumpla su itinerario
porque va sitiando la memoria
como una estocada de lenguajes circulares
y ha permanecido irreverente
en este refugio sin puerto ni montaña,
asediando las noches y los días
de escenas retraídas que se ocultan
en la mirada obscena del vacío.

FARALLÓN

Ahora que todos los mares se parecen
he vuelto a escuchar su voz epistolar,
a mis espaldas la ciudad lejana

reserva el secreto de los árboles

entre faroles y calles circuladas

como un cortejo de humo reclutando máscaras,

ante el jadeante zumbido de las olas
un lunar de hojalata confiesa que aún hay tiempo.
Asida del farallón hurto sus arenas.

NICHO DE AVISPAS

déjame permanecer
entre avispas que merodean por mis ojos
para encontrar algún sentido al dolor que desconozco

déjame pensar en algo diferente
como la oxigenación del mar y las especies

déjame creer que es solo un síntoma
de mil noches que se hunden
cuando el silencio vence las ciudades
cuando los relatos son sufrimiento atravesado
como una lanza que espolea mi garganta

déjame sentir desde aquí abajo
las irritadas superficies de las calles
las utopías divididas por el miedo
que destrozan mi cerebro amenazado

déjame salir de la caverna
entre avispas que merodean por mi cuerpo

y viajan hasta adentro de mis fauces

déjame entrar en esa atmósfera como si fuera una migrante
que no encuentran posibilidad en otro túnel

déjame
atravesar el desconcierto
con las avispas que aguijonean
aquí abajo.

AL OTRO LADO

Cuando te empecé a leer, imaginé que estabas al otro lado
me dejé llevar por tu manera de contar y hablarme desde la
opacidad del destierro
Te leo y apareces como una vasija incontenible donde nuestros
ojos se enfrentan
sin reconocerse/sin tocarse / ni legitimar una escritura
a la que yo me acerco con pisadas de arqueóloga
sin un indicio que revele lo que aún está cifrado.
Desconoces que estoy aquí
al otro lado /
sin una pista que te acerque
a este puerto de retiros y distancias
sin que alguna voz vaticine tu existencia
sin que yo advierta en tu palabra
señales de victoria.

TRANCE 4

Con sudor feroz desarticulo las partículas de los sueños
voy armando esa unidad posible
esa pulsión de fragmentos que fluyen desde cualquier punto
y se transforman en franjas de agua
con la ira del último día
acuden más imágenes febriles
larvas que expulsan desechos
y me advierto como un fantasma incompleto

que recoge margaritas en un desierto encantado
que aspira y respira el aire azaroso de la inconsciencia
doy vuelta a la corteza decapitada
para ver si hay algo primitivo/despojado
de algún cajón de juegos iniciales
o de otra zona ajena a la espesura
recorro las esquinas con intensidad lunática
avanzo hacia la estación que me fue negada
donde los zaguanes apaciguan los párpados
donde yace una pausa que me lleva al tragaluz de la infancia
por ahí surge como un cuchillo
que cercena otra unidad posible:
lágrima del vientre/guño del bufón
el movimiento del fonema.

AGUJEROS

Te hablo en tercera persona como si no estuviera
y las palabras rodaran por el fango a contraluz

te hablo desde la periferia de una noche blanda
que se arrastra en mitad del puente

Reescribo jeroglíficos en un abecedario
donde he empezado a liberarme de atavíos y contemplaciones

Reescribo estas líneas nómadas
sobre agujeros quietos
cada vez que una premonición nos atraviesa
y el comportamiento de los pájaros anuncia que estás muy cerca
que podrías llegar en cualquier momento.

SIETE LENGUAS

Era jueves y yo permanecía en la estación. Subsistía, custodiada por gigantes y enanos que parecían desintegrarse ante la llegada de la noche. Yo seguía, al igual que el lunes, martes, miércoles y todos los días del calendario junto a entes de pies gigantes y enanos que se

movían sonrientes en un territorio donde aprendí a deletrear lenguas apócrifas. El primer día tropecé el silencio; el segundo bordeé el abismo; el tercero, falsifiqué un fonema. Los siguientes, empezaron a desmoronarse sobre hojas lívidas y anárquicas en un ciclón de fuego. Era jueves y aún permanecía en la estación, contenida, extasiada con gigantes y enanos, esperando una llamada bíblica o pagana que me sorprendiera, jugando a los marcianos con mi amuleto de siempre.

LUIS BRAVO (Uruguay, 1957)

● *la primera voz*



la primera voz, inmedible, llega y se hace escritura; a veces, mediúmnica, dice o dicta, a veces enciende algo y se hace añicos. desde esa inscripción, en ese o en otro tiempo, saldré de la letra en busca de la voz del poema. un soplo sonoro que, agazapado y en apariencia silente, alienta en lo escrito. es el viaje de la voz del poema hacia su propio descubrimiento, es el arte de hacer de la palabra fija una resonancia, algo que despierta otro sentido que sólo el lenguaje activa; la voz entra y sale del poema, a veces toca o sólo imagina lo que la imantó en su origen. si alcanza un algo de la naturaleza íntima del poema, devuelve partículas que la escritura perdió en sus intentos.

en esa ida y vuelta ocurre el poema: la vuelta de la voz a la voz. no hay una única vía, ni antes ni después. la escritura es un signo entre dos voces infinitas. es un punto de partida y no una meta final, ni la última morada del poema. también reescribo el mismo poema como los pintores del haiga japonés pintan una y otra vez el monte fuji. el poema es el monte fuji, está allí para ser recorrido una y otra vez por la mirada y el oído. escalar el poema como se escala el monte mientras se lo escribe, una y otra vez. no escribo para perpetuar una voz sino para seguirla en sus avatares.

la escritura menos como memoria fija de una vez y para siempre, y más como partitura. me deslumbra la naturaleza volátil, el tiempo fugitivo de las palabras, su goce, el roce de las voces. captar el instante, seguir las derivas del lenguaje cuyo transporte atraviesa los cerrojos. soy peregrino del bosque de las letras, huyo como un ciervo de las ideas prefiguradas, del pequeño yo. escribir como salir de exploración por el universo. el lenguaje de la naturaleza me guía, yo traduzco. el tiempo dirá si hay en esos signos lo que permanece vivo, mutando en cada oído, orificios del universo.

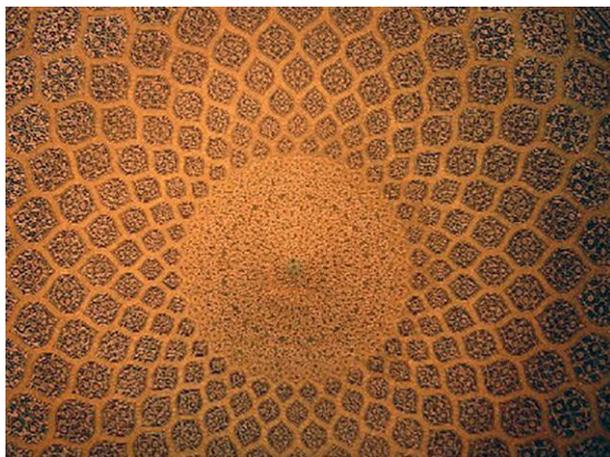
escribir es una exploración en la que cada poema busca su forma, y esa forma se deshace del texto que pretende limitar la exploración. si escribo para arribar a una forma fija (haikus, por ejemplo) el trance inicial surge de la mente en blanco de la meditación, del asombro ante la maravilla del instante, las sílabas luego se contarán. no parto de un tema, aunque puedo arribar a orillas definidas sin proponérmelo de antemano.

cada poema es el comienzo de un devenir; ignoro hacia dónde va, voy descubriendo zonas y texturas, sonidos e imágenes en un territorio iluminado por el silencio. la voz del silencio es el arco que dispara las flechas, la poesía es el blanco corazón de la inocencia y es la indómita perversidad del lenguaje. juego con la antena de la intuición, palpo las palabras ofrecidas en el carcaj: si al sonar dicen o se repliegan en su materialidad; si el silencio las desata o las reúne; si piden agilidad o reposo en su envío; qué segundos y terceros sentidos escalan o descienden en su magia. la magia de las palabras es la acción que abre los sentidos del alma. el alma es la carnadura del poema.

el trabajo de la forma única y singular del poema contiene mundos impredecibles; el soporte final puede ser cuenco de contención o arco de flechas en pleno vuelo: una grabación en formato digital; una performance irrepetible; un grafiti en el muro de tu corazón; una serie de poemas que dialoguen entre sí con palabras, con sonidos musicales, con imágenes, con el cuerpo en danza; un poema fónico que delire o un mantra viajado; un dibujo verbal; un canto polifónico; un verso que junto a otros teja un libro; una sonoridad hecha canción; una acción verbal política y polimorfa.

la síntesis del verso y de la voz son la cuerda tensa donde cultivo lo que no conozco, nada sé de mí, el poema me descubre. el poema es un hacerse con vida propia. una deriva que aspira a encontrarse en otros. el poema es un paréntesis entre dos silencios infinitos, huella entre una y otra voz.

VISIONES DE ISFAHÁN¹



Al oro del sol

AL-FANÁ²

tensa cuerda el aire
silencio que suena al soñar

arde de luz al oro del sol

tensa cuerda el aire
silencio que sueña al sonar

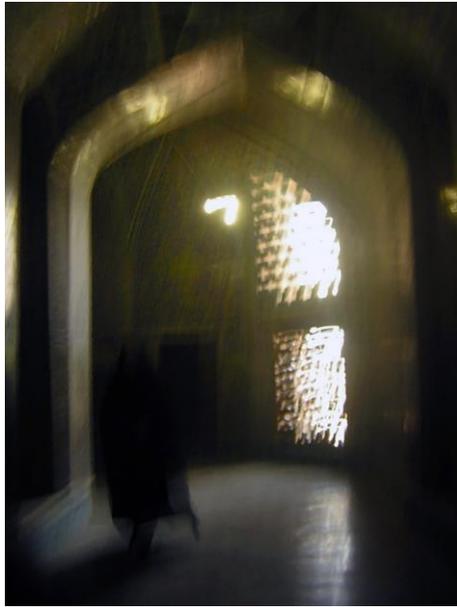
arde luz oro sol.

ARROBO

dibujos del cristal:
desbordado panal la luz
imán al bulto de sombra.

¹ poemas y fotografías del autor.

² sufismo: éxtasis en la contemplación y gozo de la divina belleza.



Señales

DIVÁN DE LOS HALLAZGOS

la tibia brasa el fuego enciende

YALAL AL-DIN RUMI

En Isfahán visité serrallo
ya vacío ya poblado
de sedas que al cuerpo envuelven
en lluvia de a puñados
– lentejuelas y espejos móviles –
las dulces quejas del kamánche sueñan en la fuente;

en las serpientes del tabaco algo se mueve
la luna del daf hace esdrújulo el latido
y un pie de estrella se alza en las cuatro cardinales del laúd

es el diván de los hallazgos

cúpulas radiantes, grafías tholth, minarettes del muecín,
arte de sílabas, cocido azul de un mundo cuya mitad
no alcanza, ni entiende, quien de lueñas tierras viene

convidado por los cánticos
convidado por los cánticos
convidado por los cánticos
que a esta otra mitad del cielo encienden.



Roca de la ascensión

RÍO CANDIL

el Zaindeh Rud sueña
la segunda mitad de los arcos del puente:

ojos de fuego en la piel del tiempo
pasando lento en ondas leves.



Río candil

HIPOGRIFO (tríptico)

I

La mirada que al horizonte hiende
resplandece

un océano sobrevuela
¡ah! no hay rompiente

¿bañan las horas
la orilla del espejo?

horas sin orillo
órganos sin parición

almendra acuática los ojos
en el risco de la página

una brisa sin palabras
peina los prados de la mente.

Guardián emplumado de silencio
todo luz hasta no verse:

¿lo que es, de lo que no es,
dónde vierte?



Hipográfico

II

Penitente respira
costillar felino
melena descamada
pujo desnudo

en fino hilo
equilibrista

en ese hilo

una vez se apaga
una y otra vez se enciende

ruge arriba unge vino
donde quiera ese cuerpo trinito
la carnadura asiente

¿y vuelve por la senda de los justos?
¿y avanza a fuerza de saberles?



III

Piel a tramos de palabra
látigo de música
ondulante veneno;

nadie a este signo

comprender intente

: hablar es sol
y sólo múltiple el animal
entra y sale de la muerte.



Ojo interior

VÍA

Hay un vivir hacia afuera
sin entrar, salvo
a desenchufar como un autómata

hay un otro que sueña despierto
el sueño del adentro

cuando se borra la memoria del reino
jamás se olvida lo entrevisto

se pierde la entrada
se nubla el sendero

pasan los días en siglos de años
sin entrar saliendo

al traspasar la daga del amor el corazón
un aroma remoto devuelve
el hilo de sombra que busca el peregrino.



El gran magín

LATIF (cuerpos sutiles)

El alto palacio en el estanque
junto a las nubes que pasan
como peces.

Agua en la que desde antiguo
el todo se ve:
gran telar del gran magín.

TAQUILE (COMPOSICIÓN DESDE UNA ROCA)³

El agua baja cantando entre las piedras

³ El manuscrito de este poema, escrito en pasteles de colores verde rojo y marrón, fue obsequiado a los pobladores de la isla Taquile, en el Lago Titicaca. Ellos guardaron las hojas en una caja de madera labrada, el último día del mes de enero del año 1980.

Luego se van y ya nunca regresan,
aunque hay muchos modos de hacerlo.

Las cabras miran con ojos humanos
y al quejarse la tarde
llueve por los ojos de enero
la chiva blanca de un dios.

Las mujeres llevan husos colgantes
los hombres tejen mientras caminan
aquí las manos mantienen ocupado el tejido de los sueños.

La isla es el iris
de un gran ojo
que todo lo ve:

el cielo se mira
en ese espejo
y se reconoce.

Sube sigiloso un isleño hasta la roca.
Sonriente se inclina sobre esta hoja que escribo,
y pregunta: “*¿Taquile, Taquile?*”

Afirmo con una sonrisa y el hombre
sigue su camino, se va sonriendo.

No es difícil imaginarlo en el espejo de estas palabras
que sobre una roca de Taquile escribo con pasteles de colores.

BEATRIZ HAUSNER (Chile, 1958)

● toronto, agosto, 2020

*Dis ce qui est dessous parle
Dis ce qui commence*

ANDRE BRETON, *Les Etats généraux*



Los estados anímicos hablan entre sí. Los espacios físicos también cobran expresión. Así sucede con lo lejano, y también lo que está a nuestro alcance; lo visible y lo invisible. Lo que intuyo, y a veces lo que sueño también se manifiesta. Todo está a mi alcance. Para mí la realidad es aprehensible en todos sus estados y dimensiones. No creo en esto ser única ni especial. Se trata más

bien de sentirse absolutamente libre, de estar abierta –y también quieta–, para que se dé el amor, es decir la creación transformadora de todo.

Más que un adentro, afuera, arriba o abajo, para mí lo poético se gesta en un estado liminar, próximo a la ensoñación. Es allí donde mejor exploro la realidad y sus fantasmas, las sensaciones que provocan los objetos. No existe el tiempo en ese espacio. Se trata de un clima soleado, templado, parecido al alba del verano canadiense. Allí es donde mejor vivo lo poético. Es un lugar de aproximaciones, ya que la expresión absoluta es imposible. Es en esa especie de umbral donde mejor llevo a cabo mi proceso poético; es en la ensoñación donde me es dado crear analogías y ver las formas de la realidad, una dentro de la otra. Es un proceso alquímico que me permite crear poesía a partir de la obra de otros, sean contemporáneos o de épocas anteriores. Soy fiel a la búsqueda de la iluminación a partir del verbo y de los objetos.

DESDE ESTE CORAZÓN

para Susana Wald

Desde este corazón, yo, Beatriz Hausner
les digo: vislumbro la flor
que brota detrás de la piel donde
los escasos míos pasean con insectos
y mamíferos grandes y pequeños.

La extrañeza baja de
esos conjugados ojos mecánicos
similares a los de las moscas que relucen
mientras el líquido de la aguja me
despacha a mí pequeña muerte.

Es profundo este sueño y hecho
de seda las hojas se abren camino
por afilados instrumentos que perforan
la matriz hacia la primera semilla donde
los ríos y arroyos que alimentan el corazón
nacen cada mes y luego mueren.

HOMBRE ORIGINAL

[a la manera de Rosamel del Valle]

Vendrá, se piensa, y llega el visitante. Abre la puerta. Yo saco mis agujas. Sería inútil decir que me coso a él porque aún no logro conocer su corazón verdadero, para sentirlo como fruta que se ofrece líquida, que alguien sirve en un vaso transparente. Están sus recuerdos y están mis recuerdos. Tal vez hemos de unirlos y mostrar las costuras a los jueces en el público. En una ciudad como esta, antes de que anochezca y el color de nuestra sangre cambie a un tono más oscuro, ocurre un encuentro espectacular a decir de todos, con nuestras extremidades presentes, cada vez más salvajes, a medida que los fantasmas de los cantantes vivos y muertos colman los sentidos. Él habla en silencio, repitiendo, cual

eco, esas actuaciones que en otro tiempo hiciéramos juntos,
cuando solíamos levantar las piernas al unísono de la música del
corazón. Y sin embargo él sí habla el idioma del gusano en la fruta.
Palabras pronunciadas por el viento que barre las extensiones de
las praderas donde el hombre original está amarrado a los
tendones, la oreja cosida a la tierra por las manos invisibles del
Gran Hacedor de Sonido.

MI GEMELO POÉTICO

*Dispérsame en la lluvia en el humo de los torrentes que pasan
Más allá de la noche donde nos encontramos*

CÉSAR MORO

Disidente hijo adoptivo
de reinas moriscas que escribía sus
mantras de amor con sal en la lengua
y mares de saliva que rompían
contra su morada final entre
las rocas de una costa cruel.

Hombre de la angustia del *hardcore*
dándome su canto
ese diamante que estalla
en mi oído donde
zumba el país del norte.

Amar los viernes pero no
los martes a los estados
desunidos de las Américas
le crece alas al amante
del hombre ideal siempre viniéndose
ayudantes de los hacedores
de galas francesas cuando vuelve
a su Lima umbilical
hecha de niebla y de pena.

Abre la puerta vierte su frente
en la mía para así beber los dos
esas porciones de la vida escandalosa
y conjurar habitaciones donde
sus hombres y los míos
se balanceen de las arañas
como animales marinos
que gimen de placer.

Mi hermano gemelo hecho
de piel hecho de lujuria
hecho de lengua.

COBRA

El personaje principal de Cobra, de Severo Sarduy, se llama, obviamente, Cobra. Puede que sea un travesti o quizá transgénero, o ninguna, pero algo parece casi indudable: que viven en Ámsterdam. Parece que Cobra tiene un pie mecánico, aunque nada es indudable.

En el *New York Times* de hoy apareció una reseña de Cobra Verde, la película de Herzog que ahora se estrena en Norteamérica. En ella se presenta a Klaus Kinski, quien, como es natural, interpreta el papel de un amo blanco demente y con excesivo apetito sexual entre sudamericanos y africanos.

Un mapache del tamaño de un hombre acaba de entrar en mi estudio. Me saluda, y a pesar de los colmillos amenazadores, me parece amable. Lo recibo de buena gana, principalmente porque él proveerá calidez durante las próximas horas. Sólo está por verse cuánto tiempo puede permanecer sentado en la incómoda silla de mimbre que puse en la esquina, la que está cubierta con el elegante tejido oaxaqueño que, se supone, deben usar como falda las mujeres de la región mixteca. Su respiración me distrae, quizá porque, tal como me informa, sufre de una arritmia cardíaca causada por la inserción de una válvula ajena en uno de los ventrículos de su corazón. Le digo que todos estos procedimientos son bastante comunes hoy en día. Parece cansado, exhausto.

Quizá Mapache sólo haga eco de mi propio estado mental. Quizá no. Es difícil distinguirlo.

EURÍDICE EN LA OBSCURIDAD

Nunca antes había experimentado ese tipo de obscuridad hecha posible sólo mediante una persiana de increíble eficiencia, cuyas láminas horizontales colapsan una sobre la otra como los muros de un abismo extraño. Mientras estoy acostada, tratando de conciliar el sueño, pero sin conseguirlo, me pregunto cómo podría verse el inframundo: ¿Obscuro? ¿Iluminado parcialmente? ¿De qué color puede ser la luz ahí, filtrándose entre las sombras? Esto sucedió hace ya muchos meses, cuando Eurídice dominaba mis pensamientos al combatir ejércitos de insectos gigantes y extraños. Ahora se me ocurre, en retrospectiva, que no hay sombras en el mundo de Eurídice, que las imágenes no se proyectan con ninguna clase de contraste. Lo que quizá es más atemorizante es la noción de que ahí no hay imágenes: la obscuridad es completa.

Mapache se encoge, retrocede incluso. ¿Es porque teme mi entrega total? Le pregunto por sus ojos. Él señala las cuerdas que se mueven en su interior. Me pongo cada vez más ansiosa y mi aliento se entrecorta. Él me pregunta por las sombras en mi país. Yo le respondo que mis construcciones se oscurecen cuando los hambrientos perros de la culpa se apoderan del mundo animal y éste se convierte en un infierno diurno. “Caminaba más allá de tus dominios silenciosos”, declara con una voz que se abre paso entre el humo. Creo que intenta decirme que mi obscuridad fue menos completa que la suya, hace ya tantos años, cuando los dioses aún eran silentes. Yo hablo, pero me aseguro de que cuanto diga permanezca inaudible por el ruido en el cuarto que se me ocurrió elegir para esta conversación. “Qué bueno que Mapache no puede oírme”, me digo a mí misma, pues temo romper el hechizo que ha puesto sobre mí. “Deberíamos orar por una visión”, le susurro al oído mientras estoy de pie frente a él. Su dedito de metal dibuja en mi sexo el contorno de un corazón. “Sí, el milagro del cielo, la luz que cae a raudales cuando atravesamos la losa que

pusiste sobre nosotros”, contesta. Lloro en silencio mientras nos abrazamos en el cuarto oscuro y frío, nuestra morada actual.

RENDICIÓN

En la esquina de un pasillo había una bandeja con leche para el gato.

—La leche es para el animal, ¿no es así? —me dijo Simone—. ¿Apuestas a que me siento en la leche?

—Apuesto a que no te atreves — respondí, casi sin aliento.

Hacia mucho calor. Simone colocó el plato en un pequeño banco, se sentó delante de mí y, mirándome fijamente, se sentó en la leche fresca sin que yo pudiera ver sus nalgas ardientes mojándose bajo su falda. Me quedé inmóvil ante ella durante un rato, la sangre se agolpó en mi cabeza y yo temblaba mientras ella veía cómo mi verga se hinchaba bajo mis pantalones. Luego, sin que se moviera, me acosté a sus pies y por primera vez vi su carne ‘rosa y negra’ refrescándose en la leche blanca. Nos quedamos quietos mucho tiempo, tan desconcertado el uno como la otra...

GEORGES BATAILLE, *Histoire del’oeil*.

Mapache me saluda a través de la máquina de sonido cuando despierto de un sueño en el que las escaleras se envuelven alrededor de mis piernas. Hay un ligero temblor en el cuarto en el momento en que pienso rendirme ante su pelaje y el vigor que palpita debajo. Mapache estira y flexiona sus músculos, el preámbulo a que eleve mi cuerpo hasta su boca y coloque su lengua en mi corazón, que de repente se encuentra entre mis piernas. Escucho la música de la rendición que vibra en mi tórax.

“Ya sé —dice sin que yo le pregunte específicamente por la forma de su amor—. Cuando pongo mi corazón junto al tuyo —continúa— y bombea sangre a mi extremidad mecánica todo se pone al revés”.

Miro profundamente en sus ojos y veo que la música de la distancia es suya, una distancia hecha de los mares del norte, del brazo que corta el agua con regularidad mientras se aleja nadando de mí. Ahora aparece entre nosotros un gran felino que crece continuamente, como si fuera a definir un nuevo tamaño

para el espacio que se impone entre su corazón y el mío. De pronto comprendo que, a pesar de su tamaño y de lo humano de su miembro, Mapache se siente más cómodo viendo cristales rojos en la noche. Por esta precisa razón me entrego a él, siento el bienestar que me produce su pelaje mientras recorre mi espalda con una de sus largas uñas, excitándome, reanimándome por un momento antes de que termine y salga de la habitación.

LA METAFÍSICA DEL AGUA

Los mapaches son animales que se adaptan a su entorno de manera excepcional. Durante mucho tiempo, prosperaron en Norteamérica en áreas boscosas, incluso abiertas, siempre cerca del agua. En los casos en que el agua fluye rápidamente, los mapaches encontraban aguas poco profundas y pozas donde el río se ralentizaba un poco.

Las aguas tranquilas o que fluyen con suavidad eran y siguen siendo las mejores aguas para los mapaches que viven en la naturaleza.

Se dice que Toronto es el hogar de la mayor población urbana de mapaches en el mundo. Se los puede encontrar en las áreas más salvajes de la ciudad, con toda certeza en sus barrancos. Sin embargo, los mapaches se han asentado más cómodamente y se han adaptado a las zonas densamente urbanizadas de la ciudad, donde se congregan en poblaciones cada vez más numerosas. Los mapaches viven dentro de cocheras, en los techos, escondidos dondequiera que haya algún tipo de grieta para acomodar a sus familias. Los mapaches cuidan a sus crías. Las colas y las patas diminutas que sobresalen de los agujeros de alguna construcción antigua constituyen la vista más hermosa que se pueda imaginar. Lo que hay que señalar aquí es que los mapaches de Toronto no viven junto al agua. De hecho, las poblaciones más grandes de nuestros peludos sujetos en la ciudad no están cerca del agua. Lo que nos lleva a plantear las siguientes preguntas: ¿Qué la ha reemplazado? ¿Es posible que los mapaches hayan construido depósitos de agua ocultos para nosotros los humanos? ¿Podría ser que, por ser animales mágicos, los mapaches habiten, de hecho, paisajes invisibles donde el agua fluye copiosa y libremente? ¿Podría ser que el agua, como, digamos, los virus que mutan

cuando los mapaches los hospedan, se haya convertido en algo más que un elemento líquido?

¿Qué hay ahí?

En nuestras primeras comunicaciones, cuando Mapache reapareció como un ser urbano y altamente sofisticado, a menudo hablaba del agua.

“El agua —escribía—, es una energía femenina asociada con aspectos de Isis”.

Recordábamos tiempos anteriores, menos complicados, cuando, sin saberlo, participábamos en juegos de rol, revivíamos la historia de la creación, él, mi Nilo, y yo, su tierra húmeda, preparándome para la inundación a la llegada de cada primavera.

El sufrimiento siguió. El moderado ensanchamiento del río, regulado por las estaciones, se detuvo. Grandes tormentas se abatieron sobre nosotros; las inundaciones convirtieron el agua en un elemento destructivo que obligó a los animales a huir, a mutar en seres hechos de diversas sustancias. El pelaje de Mapache se volvió más espeso, hasta que ocultó su piel por completo. Sus finos huesos retrocedieron, se convirtieron en revestimientos amargos de oscuras telas.

Aun así, la voz de Mapache a veces me llegaba durante el invierno. Desde el oeste, el punto cardinal asociado al agua. Sus sonidos eran apagados y antiguos, siempre amorosos: “La carne se fusiona, obliterando, trascendiendo, en un éxtasis indecible”.

¿Cómo es?

A pesar de los desastres, Mapache y yo, aunque estemos separados e ignoremos la presencia del otro, nos aferramos a la noción de que el agua cura, limpia y purifica. En su obscuridad, Mapache seguía el llamado de su hermana, sacerdotisa del jardín que con tanto cuidado diseñó ella misma, como lo hacen en los templos de Japón, donde Perro Mapache es el monarca supremo. Diligente en el cuidado de su prole, Mapache transportaba a sus pequeños a una de las playas de aquel primer océano y dejaba que las aguas envolvieran

sus pies. Yo, por mi parte, intenté nadar en las aguas glaciales de los lagos del norte, donde el sol del verano nunca se pone.

¿Quién está ahí?

A través de los años de silencio y distancia, las aguas más cercanas a Mapache eran a menudo aguas de quietud, las cuales tendían al estancamiento debido al calor.

Otras veces las aguas se volvían profundas y oscuras, incluso salvajes. Soñaba que se hundía en sueños violentos, lo cual le hacía agobiarse imaginando que lo perseguían gigantescas y monstruosas versiones animales de sí mismo, como las que su furiosa madre conjuraba.

Hoy, Mapache y yo nadamos en las aguas de una nueva orilla. Estas son aguas de suaves corrientes de enfriamiento. El sol ilumina el fondo arenoso, donde la vegetación se mueve, ora en la dirección de la corriente, ora siguiendo los movimientos de nuestras extremidades mientras nos reunimos en un abrazo radiante.

VOCES DEL MÁS ALLÁ

para Ludwig Zeller

Los tibetanos entran al
Bar de los Apóstolos
donde se hace el amor
los miércoles y
no los martes.

El corazón de agita:
un carro más rápido
que el carro de Elías
se aproxima se me acerca
mientras el amor fluye
de sus dedos como estrellas
tarareando su música

en lo profundo. El oído retiene
el eco de reyes jamaquinos

legítima aristocracia
hacedores de estas caderas
que se balancean al son dulce de Vinicius de Moraes
canciones que enterraran
las manos del olvido.

OMAR CASTILLO (Colombia, 1958)

● *un tiempo abrupto y fascinante*



En Iberoamérica, a los poetas y a los creadores nacidos en la década de 1950 nos ha correspondido vivir en un tiempo de paradigmas rasgándose contra el sueño de los orígenes humanos. Un tiempo escarbando en las historias donde yacen antiguas flores de fuego, cuyos pétalos crecen volviéndose sílabas al impulso de sus brasas.

Un tiempo abrupto y fascinante. De espectáculos como aquel donde se imprime un antiguo Sufí diciendo que la luna es el espejo de la memoria del tiempo. Ante lo cual es posible acotar que, de ser así, el sol es el hogar donde arde tal memoria y después de un silencio, agregar que las palabras son el chisporroteo de ese fuego y que con ellas los poetas buscamos labrar lo predecible e impredecible de este tiempo.

La poesía es asombro develando en lo misterioso de la realidad. Y el asombro poético se funda en las palabras, en su fuerza cognoscitiva, imán que aprehende y revela el instante donde la vida prende. Así, un poema surge como una coreografía verbal en el vacío, fraguando las raíces donde la vida nutre lo oscuro y lo luminoso de su ser.

Un poema es un lugar. Llegar a un poema es iniciarnos en la memoria vívida de su instante. Entonces, que viva la escritura y cunda en el habla de quienes permanecemos alerta. Vivir. Nombrar. Ser nombrados. En el poema, la realidad penetra con su maravilloso la cotidianidad, poniendo al ser humano ante lo inesperado de su existencia.

Empero, desde hace más de 200 años la poesía inevitablemente resulta oscura en la luminosidad de sus esclarecimientos, al punto que muchos la consideran críptica, como cuando finalizando el siglo XIX en una ciudad de Europa, aquél mítico hombre lloraba abrazado al cuello de un viejo caballo de carga caído en medio de la calle, mientras su mente seguía hundiéndose en las inéditas

manchas donde el pensamiento puede alcanzar el esclarecimiento del inicio de la realidad y sus hilos ontológicos.

Por todo esto, mi noción de la poesía se nutre de todas las poéticas posibles para la realización de su escritura. Creo que mi tiempo es un tiempo donde confluyen todos los tiempos vividos e imaginados, inclusive los imposibles. Creo que lo humano debe ser tomado en su conjunto y no en los escaques donde es tasado para el beneficio de quienes buscan usufructuarse de la fragmentación de su dignidad.

Asumo la escritura de un poema como un riesgo para penetrar una visión y una noción del mundo. Mis versos suceden por los filos de la realidad buscando interpretar la dramaturgia de la vida, sus límites y abismos. Así cada palabra, cada analogía, cada metáfora que uso para las imágenes que componen el dibujo verbal de mis poemas, amplían mi relación con el mundo y me enriquecen para los escenarios donde la vida se realiza.

LIMADURAS DEL SOL

De noche en el húmedo bosque al borde de la mariposa del fuego escuchando viejos lamentos.

¿Les darán a los hombres la historia vacía?
¿Les darán a los hombres el olvido del tiempo?

Son esos poemas oscuridad a los ojos. Insuficiente es el secreto del fuego para *decir* el poema.

Se puede horadar el verso. Obstaculizar la imagen. Dislocarla. Aflojar la cuerda de sus palabras. Y aun así no llegar al poema.

Las mentes más lúcidas se desesperan. En los viejos parques. En las azoteas. Hombres en ruinas temerosos del lente del siglo. Roban el pan de los dementes. Húmedos del sueño.

¿Verificar el poema? ¿Estandarizar el poema?
¿Arrinconar el poema? ¿Saturación?

Escoger el lado seco del río o el puente levadizo. La presión de los dedos sobre los propios labios no es para detener las palabras. Cuando se camina presuroso a grandes gritos se hace. Algo es cierto. El cúbito del cadáver del padre no será chupado. No será. Es suficiente y basta.

ROL

No sé si pasar la mañana
En los pasillos del aeropuerto.

He destrozado la imagen posible;
No quiero coartadas,

Tampoco sé si podré huir.
He llegado al tramo incierto.

Tu cuerpo se diluye en mi vaho

Que intenta las amplias avenidas.

Retengo tu figura tatuada
En los pliegues del día

¿Demoleré acaso
Algunos de tus sueños peatonales?

No sé si pasar la mañana
Al borde de un pocillo de café.

Los cuerpos reflejados en las vidrieras
Inundan el medio día frío.

Los motores encendidos y los semáforos,
Sucede otro día y es miércoles.

Que los hijos no guarden nuestra memoria.

MARIPOSA INCENDIADA

La mariposa incendiada, devastada cae, la descubro al cruce
del aire denso y pegajoso.

La figura en bicicleta se pierde entre las gentes quemantes
que dispersa el ámbito en el paisaje que cuelga esta tarde.

Palabras, en las calles los rostros sudorosos de color único.
La mariposa devastada rueda en sus horas.

Alguien planea el movimiento perpetuo, cometa reclinada
en la oquedad del aire.

DE INFORME (I)

*no tanto
que no enumere
sobre alguna superficie vacante y superior
el golpe sucesivo
sideralmente
de una cuenta total en formación*

Tras escalas que dejan los pies fuera
De la pista y la azafata
Que indica la puerta de entrada a la ciudad

Vigas de concreto se entierran
Y surgen sosteniendo el puente oriental

Insiste la imagen derivando en otras formas

Andrajos que se confunden con el pavimento
Como en una lámina de hierro oxidándose

STOP que enciende al fuerte frenazo
Impresas las marcas de los neumáticos
Semáforo extendiendo una avenida de carros

evidencia de la suma por poco que una

Rostros tras las ventanillas

Números se han borrado del teléfono público

Figura exhibida en el museo
Mutilada

Avión recortado
Al aire con sus nubes
Y llevado al álbum familiar

Taxímetro revisado en el tránsito municipal

Ambulancia por entre la congestión

Espeso rostro incrustado
Señales en las avenidas sudorosas

Aviso convidando a una cerveza espumosa

Fila inquieta en las paradas de bus
10 dedos estampados en la piel a prisa

Rostro que se estropea al
Arrugar
Un billete de manera presurosa guardado

Ojos retorciéndose tornillos
Oxidados que persiguen todo movimiento

Moto incrustándose contra el camión
Y la figura que rebota y cae inerte

Fotografía instantánea en el parque
Con extraños al fondo destiñendo

legado en la desaparición

a alguno

ambiguo

RELATO EN EL RECODO

Descubre el nido extraviado de tu hombre.
Ves,
El recodo en tu casa permanece intacto,
Las escalas
Guardan al mismo demonio aterrador en tus sueños.
Las begonias silenciosas se conservan en los balcones.
La mujer aún se baña desnuda tras las rendijas.
Todavía sostienes su mirada dura, el bolsillo bordado
de su falda naranja.
Las golondrinas empluman el último diseño de luz solar.
El niño que extravía se regocija en el bosque de helechos.
Aquel hombre boca abajo contra el pavimento, siguen
manando constelaciones de las amplias heridas
de su espalda y cuello.
La anciana recogiendo para tu boca el mamey carnoso.
Descubre el nido migratorio de tu hombre.
En el arco suspenso permanece,
Sólo que el niño que extravía no vuelve del bosque de helechos
Y la antigua madre
Dormita acariciando fósiles y ecos.

INTERREGNO

Hueso, piel excavada al mar
Excavada al árbol
Excavada a la roca
Hueso, piel excavada a las arenas del desierto
Hueso, piel excavada que se integra en las migraciones
Hueso, piel excavada a la luz de la primera estrella deshacida
Hueso, piel excavada a la guerra
Excavada a los delirios
Excavada a los ritos escindidos
Excavada al fuego
Excavada a la revelación
Excavada a las conquistas
Hueso, piel excavada a la luna
Excavada al sol

Excavada a los altares del sacrificio
Excavada a las constelaciones signadas
Excavada a las mutaciones
Excavada a las matemáticas
Hueso, piel excavada a los lindes
Hueso, piel donde las galaxias se friccionan
Hueso, piel produciendo un sonido enfurecido
Hueso, piel candente al devenir alfabeto
Hueso, piel excavada al núcleo del átomo
Excavada antes del tiempo, en el tiempo
Hueso, piel excavada a una partida
Excavada sin límite de cifras

INDAGAR

A Fabio Orlando Castillo

El gusto por sentarse, aún persiste;
Entonces,
Las palabras, los actos precisos,
¿Es el suceder de vivir igual a una tuerca
Que alcanza su ser precisa?
En el andén hay varios desperdicios
Y transitan, a esta hora, algunos peatones;
Es eminente la presencia del sol
Enroscando el día que como una serpiente
Intenta zafarse de su costra.

La seriedad o la carcajada son metáforas,
Igual el sudor o el rocío,
Lo extraño o lo común;
Éstos que –peatones– se conducen
Como si supieran ganarse la vida,
¿Acaso creen que ésta se cobra
Igual a un salario cada quincena?
Escueta, la luna se involucra
En los períodos de las mareas;
Los montones de vivos,
Los montones de muertos,

¿Qué diferencia espectran?
En el dintel de una puerta
Cuatro números indican una dirección.

DE ROMANCE DE LA CIUDAD (VII)

De la miel salen los dedos,
de la boca salen palabras empalagosas;
Palabras que intentan una fábula donde todo
 permanezca intacto y no perezca ni en
 la pesadilla;
Porque en las vallas publicitarias que se
 encuentran al doblar una cicatriz,
una golondrina hace verano;

Nido de avispas
mi vida interior entrañas
que cuando no las amputan,
intentan, removiéndolas hasta el hartazgo,
descifrar su funcionamiento;

Agujero entre vocales y consonantes
mi vida interior un sartal de vísceras
en la ruleta de disección, entre músculos
agarrados a sus huesos que sostienen
el cuerpo útil para las jornadas;

Encono tratado con gasa y abecedario
mi vida interior ór órganos extirpados
bajo la anestesia de las ideologías
o designios de cuanta religión,
órganos usados para la oración que recicla
el romance de la era industrial;

En los tendones ¿quién es él sin vida interior?
Por las vías los cuerpos de los peatones
parecen ejecutar una danza con puñales que
 persiguen penetrar las carnes del contrario,
hasta la empuñadura,
como quien anhela develar el misterio en el eco
que produce la herida por la que salen avispas hartas

EN UN INSTANTE DE MEDELLÍN

Al eco del día aparece la tarde
Instalando las últimas luces del sol
Las sombras de sus rayos

La simpleza de un momento único
Recorriendo la libido de la ciudad

Las golondrinas en su agitado vuelo
Recuerdan el atónito inicio

En este lugar del mundo
Imán y crisol de existencias

Al ritmo de la vigilia y el sueño
De la estampida y la quietud

Del asombro y la zozobra
Cada que prende una semilla

De cuya savia se ignora su fruto

AUGUR

A Floriano Martins

El último árbol guarda al sol
Justo donde termina el mundo
Justo donde empieza el mundo

Un puñado de arena es el sol
Mientras la tierra se humedece
En la penumbra al borde del mar

En las escamas de un pez palpita el sol
Así en una caracola se conserva el silencio
Del universo en su libido delirante

Del árbol han caído ramas y frutos
Voces primitivas que vuelven en la raíz
Que prende al reventar la semilla

El sol es llevado en la entraña del ave
Con su vuelo alimenta el eco de la luz
El principio y el fin de su estampida

El último árbol guarda al sol

TAROT DE OJOS

Tus ojos en el río cargado por el invierno
En un mango maduro recién caído del árbol
En esa esquina donde tantas veces se oculta el día
En el aroma del café que me dispongo a beber
Tus ojos tras los peatones que cruzan La Oriental
Y siguen por La Playa
En esta mañana que el sol irrita
En los adoquines de la carrera Junín
En las paradas de bus
Al pie de los semáforos
Tus ojos en las raíces que los árboles dejan ver

En la fachada de ladrillos de la catedral
Vultos sobre la fuente del parque Bolívar
Donde la luna muestra su paso
Tus ojos en la ciudad cuyas luces la consumen
Hasta arrojarla en un sueño surreal
El mismo donde he encontrado
Tus bellos ojos de siempre

JOSÉ ÁNGEL LEYVA (México, 1958)

● *la poesía es un milagro*



Tal vez los poetas deberíamos dejar de escribir tanto y leer más a los verdaderos poetas. Que leamos a la gente poesía de altos vuelos, la que admiramos, y dejemos de promover sólo la propia, que a menudo disuade más que persuade. La poesía se lee, aunque no vende. Un libro de poesía no se lee como se lee una novela o un ensayo. Normalmente los buenos lectores de poesía leen en dosis pequeñas, para hacer la digestión. Un poeta sabe, desde que elige ese camino o es elegido, cuando no tiene más opción, que la poesía es lo más irreconciliable con el mercado, con los grandes públicos, con las multitudes. La poesía es un milagro, porque una realidad íntima, individual, se puede convertir en un sentimiento y en una experiencia colectiva. La palabra dicha puede ser la gozosa desdicha de los otros.

Sobre si la poesía mexicana es endogámica en su esencia, José Ángel piensa: “México nunca fue un país de navegantes, nunca ha sido un país expansionista, ni con afanes hegemónicos. Ha sido una cultura de resistencias contra los invasores del Norte y de Europa. Somos un país muy castigado por ambiciones externas e internas. Al mismo tiempo es una nación con una geografía abierta por todos los costados, con un dibujo identificable desde el espacio exterior, como el mapa de Italia. El infierno del crimen organizado y el narcoestado han impulsado la diáspora campesina y de intelectuales. Ahora no es raro encontrar mexicanos en otros lugares del mundo en busca de una esperanza de vida. Antes sólo era a Estados Unidos. Del centralismo estatal y cultural pasamos a la desesperanza generalizada. Lo nuestro no es la endogamia, sino lo contrario, el mestizaje. Un cosmopolitismo acomplexado, por decirlo de alguna manera. Nos encanta la fayuca, lo de fuera. Despreciamos por principio lo nacional, menos los clichés del patriotismo. En literatura pasa lo mismo, navegamos entre la tentación vanguardista y el incienso conservador, la reconfortable tradición. La literatura y la poesía mexicana, su cultura, ha tenido fuertes

influencias en América Latina sin proponérselo. Se le veía como el hermano mayor, culturalmente hablando. El Fondo de Cultura Económica fue un barco insignia de nuestras letras y de lo mejor del pensamiento. Corre un grave peligro. Ni Octavio Paz ni José Revueltas fueron endogámicos; Alfonso Reyes y Sor Juana dialogaron con el pensamiento universal; los Contemporáneos y los Estridentistas. México es a su pesar plural, lo suyo es la diversidad, la contradicción. Pero la mediocridad si es uniforme, endogámica, voraz. Los Contemporáneos y los Estridentistas encarnan el refinamiento y la trasgresión revolucionaria, la muerte del conservadurismo romántico, Chopin a la silla eléctrica, muera el cura Hidalgo, y el rescate de la tradición popular: viva el mole de guajolote, es nuestra marca cultural. Lo popular es el abrevadero insoslayable, es la fuente vital de nuestras letras y de nuestra cultura. Pero eso no nos hace endogámicos, son los veneros de nuestra identidad”.

[...]

No, no me parece que los poetas reconocidos en México estén sobrevalorados en México. Lo que me parece es que son muchos los poetas no valorados en México. Fuera de nuestro país son muy pocos los que gozan de reconocimiento. Eduardo Lizalde, por ejemplo, es desconocido fuera de nuestras fronteras, lo mismo Francisco Hernández o Coral Bracho. Pero los jóvenes saben mucho de poetas no mexicanos, particularmente de españoles. La mentalidad periférica determina la valoración de nuestros coterráneos, sobre todo si están vivos o son nuestros coetáneos. Es más fácil valorar lo de fuera que lo de dentro. Es una mentalidad provinciana, en el peor sentido del término; lo digo porque yo soy provinciano, en el buen sentido.

Fragmentos de una entrevista realizada por Fidelia Caballero,
julio de 2020, para la revista electrónica *Bajo palabra*.

EL SUEÑO ES UN CUCHILLO, UNA VERDADERA
PUÑALADA

Camino por corrientes submarinas
y no siento el peso de las horas
no me aplasta la presión del fondo
aunque el mar haga de mí
un cuerpo transparente

No respiro
No me ahogo
Dejo que salga la sal
los peces lagrimales
Desahogo los nudos de oxígeno
los espasmos sombríos
las virginales lamentaciones
de mi lujuria ante los muros

Voy con mi cuchillo de agua dura
hundido en el sueño de otro sueño
Llevo la daga empuñándome los dedos
las muertes de mis víctimas
clavadas en sus filos
la queja del horror pegada
al brillo de sus hojas
al asomo indolente de sus caras

Traigo el impulso de matar
matándome las culpas
incluyendo a mi imagen si se pone enfrente
Con el puñal abro camino
sigo la jungla de borrones
que se enredan en mi historia
Con él enfrento la fuerza
de un monstruo que nace en mí
de sus tentáculos
y afuera está también creciendo
Sin piedad cerceno extremidades
Intento liberar al tiempo
de sus tenaces ataduras
a mis homónimas infancias

de su estúpida inocencia
Aun así me espanta
 el frío del arma
 el corte
 el avance filoso de mi mano

Con el puñal de hielo voy
hundido por mi peso
Toco las piedras más profundas
del silencio
aquellas que me duelen al tocar
donde se afilan las lágrimas
 los náufragos
 cuando escuchan el canto del deseo
y no hay nadie
 más que rocas
un abandono de basalto
 de vas bajo
Inmensidad ridícula para un solo hombre

Sobrevivo sin piernas
y sin brazos
Los dejé caer
como caía la cuenta
 del número de heridas
Cómo mantenerse entero
si todo golpe que le aceso al mundo
se suma al daño que se causa él mismo
Soy parte de ese daño
soy la causa
soy el todo

Con la boca sostengo el arma blanca
Parto el agua en dos mitades
tras de mí suelda perfecta
Juraría si ahora no la abriera
que nunca ha sido separada
Y es que en el fondo del mar
 siempre
 es

de
noche

Mi cuchillo de hielo ya no corta
es tan corto
mi cuchillo
de hiel
que en verdad entre mis dientes
sólo sostengo su ausencia
la empuñadura helada de su fuego
su asesina intolerancia
su corazón de escarcha
 en filos de agua
A esta distancia no puedo mojarme con la lluvia
tengo las tres cuartas partes del planeta encima
y sólo un cuarto de mí
 apenas mío
No puedo ni siquiera oír el aire
que llega a mi nariz
ni las burbujas que salen de mi boca
cuando hablo tan abajo
No puedo dejar de respirar
aunque me hunda
o me arrastre
la última gota
de este océano

Desciende
la

 marea
Asoma sus pies la tierra firme
Sopla una brisa de playa disecada
Juega el oleaje ululante
 del desierto
Descubro un cementerio de vida submarina
un campo de fósiles con formas de palabras
Una botella que destapo con mis muelas
trae un mensaje escrito con cuchillo
 yo le amputé
 este brazo

Aquí hubo mar

HERMANO PADRE

a la memoria de Roberto Leyva Véliz

La muerte, profesor, enseña nada:
Espejo abisal donde concluye la parte por el todo
y el todo se revela parte a parte.
El magisterio comienza por el cuerpo.
Allí donde la voluntad y el sueño irrumpen,
la memoria encuentra habitación,
nos abre paso al alfabeto que soy
con mis hermanos
en tu deseo, en tu mujer, en el desorden
de palabras que van de atrás para adelante.
Se ponen las manecillas del reloj
de vuelta y media,
¿a quién dictan sin leer lo que tus labios callan?

Postrado en la inconsciencia envías mensaje.
El respirador automático trabaja la agonía,
te da el aliento necesario de la ausencia,
empuja el dolor hasta llenarte los pulmones.
Qué sabe una máquina de enigmas.
No puede seguir ni comprender el ritmo
del pie que marcha del parto a la partida.
Recuerdos quizás de aquel primer oficio.
Los pies, los dos, saludan al hijo desde el coma.
Punto y raya.
El telegrama de tu dedo, profesor,
me da en el ojo
del nervio al corazón
y punto
y coma.
Descifro la lección en clave Morse:
dignidad, amor a manos llenas,
el bosque y el papel donde me escribes.
Punto y raya.
Salto contigo en las espigas verdes
del monitor atolondrado que no aprehende
el humor de tus pinos y montañas,

tu sangre,
punto y coma.
En ese pie y el otro vas cantando
las vocales, las tablas,
tu saber
tu tiempo,
hermano padre.

LA REGIÓN AUSENTE

Hay un espacio tan lleno de vacío
donde mi voz no es voz sino eco
el puro cascarón del ruido
la marca de un pie que no me calza
He deseado regresar y ya no existe
la región donde dejé de ser
el territorio por mí deshabitado

En mis calles no hay caminos
Si intento describir la dirección del aire
en cada esquina de su ser baldío
aparecen esferas de cardos en la lengua
recuerdos de un cadáver en la plancha
conservando en formol su aburrimiento

Con las primeras gotas de luz
el cielo fibroso se adhiere al descarnado suelo
resplandeciente de manos y nervudos brazos
Otras tierras empujan sus arenas
en vendavales de un azul esmerilado
La calva ciudad peina sus frondas
El polvo nos embosca
Los árboles se van desvencijando

EL ALACRÁN

A Kijano

Seco
voraz
punzón del cielo
pequeño minotauro
atrapado en la orfandad
y el insaciable recuerdo de su madre

Emponzoñado de sí
el anacrónico animal se enseñorea
Su cuerpo de ámbar
en la grieta y en la sombra apaga
 Esgrime y arremete
 Lancetea la luz
Desafía a su mortal aburrimiento
Más que rencor es hambre
 de uno mismo
lo que lleva a sospechar
 del otro
Es extraño el aire
y el color del suelo
Es irreal la forma
 y el veneno
 el signo
 la suerte de matar
 para seguir viviendo
El alacrán pide tributo
más que amigos
Un apetito ancestral
cava en la especie
Si pudiera digerirse él mismo
demostraría que nadie es digno de confianza

Tenaz resentimiento lo devora
Haber nacido sin fe
sin optimismo
correr siempre en la pena

Más que envidia es dolor
el puro nervio de existir
deseando siempre
dejar de ser la víctima
dejar de ser el miedo

El alacrán se advierte solo
en laberintos de oscuras podredumbres
La vida es un círculo de fuego
Mira soberbio la sombra que dibuja
Es la imagen arqueada del silencio
la danzadura engañosa del cangrejo
Es la piedad herida de impotencia
amargo aguijón de la ternura

Con las tenazas desafía al firmamento
No espera redención ni suerte
Habrá de sobrevivir a la condena
Será el ángel dragón
Saldrá del laberinto
 en la memoria
No habrá culpa ni dolor
de haber ganado el tiempo
en cada trozo del amor materno

NAGUAL I
FALANGE DARWINIANA

De los cinco hay uno que gobierna
El dedo acusador no tuvo suerte
de ser segundo en el índice animal
Homínido
Obediente a sueldo
apunta y dispara sobre el otro
El cordial juega a hacerse el inocente
cuando llega primero al placer
Suele también significar obscenidad y ofensa
El superego está en el anular
Paga los platos rotos o esconde la mano en situaciones
en que es preciso mentir y aparentar aplomo
Con el meñique se llega a acuerdos y a amistades largas
Entre los más pequeños el contubernio es la constante
pero no deciden qué hacer ni son imprescindibles

Cuando el pulgar se alza frontal ante los cuatro
toca sus puntas y vuelve a recordar la hazaña
Él deshizo la ruta del mono y lo llevó al entendimiento
No hay vuelta atrás La vida es una cuenta regresiva
El futuro es esta luz perdida en las cenizas
La mano agarra empuña toca
cuenta pulsa juega acaricia escribe gesticula
con los cinco sentidos y las cinco falanges del saber
El pulgar domina en la tribuna el circo
Empoderado apunta aprobatorio el cielo
o deja caer sin gravedad la uña hacia la tierra
Sentencioso mordaz individual alegre
el dedo gordo revienta la asamblea
multánime se eleva o condesciende a ser
arma o instrumento
huella dactilar pasaje visto bueno

NAGUAL 2
ENTE

El paso de la noche al alba, de la tarde al sueño:
mediodía de un pueblo abandonado. Hurgas en el
vientre de un cadáver. Carroñas infancias. Su terror te
sabe a fósforo y a calcio, a juego inmortal entre las
fauces. La muerte niña no se cansa de inventar más
trabalenguas, que lenguan la traba con un esparadrapo.
No hay mortajas de verdad en estas ruinas. Hablan las
piedras de casas señoriales. Discuten los huesos con
enseres y con clavos. Láminas de hierro y de cartón
muerden el polvo o como alfombras mágicas se elevan.
Se oxidan y se pudren los viajes muy temprano, antes
siquiera de empezar la historia.

NAGUAL 10
POETA

Al final uno se convierte en lo que escribe
o no con mano propia
Quién habrá de creer en tu nagual
si no olfatea el temblor de la imagen aterida
muerta de miedo ante los ojos que la observan
Chorro de sombras sin control
en busca de lo nuevo
La desmemoria pone al corazón en una trampa
No volamos ni anduvimos con las branquias puestas
En el papel desierto
uno recuerda la forma de cazar la liebre
de hacer sandalias con piel de los reptiles
de mudar por dentro antes del alba
Levantas la tapa y ves tu propia muerte
Bulle el gusanero de letras debajo de un título y de
otro
Parecen luces de neón cubiertas de ceniza
Tu máscara y tu nombre ocupan el lugar
de esa persona que no llegaste a ser
Un día cualquiera la ahogaste con la almohada

Algo de ti quedó en su testamento
Acabas de nacer
Alguien te lee

MARÍA EUGENIA RAMOS (Honduras, 1959)

● *la historia de un libro*



Porque ningún sol es el último (título tomado de un verso del gran poeta argentino Juan Gelman)⁴ fue publicado a principios de 1989. Me sorprende que, gracias a él, y a pesar de haber transcurrido tantos años, aún se me considere poeta, a pesar de que después de eso me he dedicado a la narrativa y no he vuelto a escribir poesía. Esta es la historia de ese libro.

A finales de la década de los ochenta, yo estudiaba la carrera de Letras en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, en uno de mis fallidos intentos por vencer mi resistencia a sentarme en un aula todos los días para obtener lo que llamamos “cartón”, es decir, un grado académico. Sigo resistiéndome, pero esa es otra historia.

En ese entonces uno de mis maestros era el ya fallecido Rigoberto Paredes, poeta de reconocida trayectoria nacional e internacional, y se me ocurrió mostrarle algunos poemas sueltos que había ido escribiendo a lo largo de los años, principalmente durante el tiempo que estuve fuera de Honduras. Para mi alegría y sorpresa, al devolvérmelos me dijo que le parecían bastante aceptables, y me sugirió trabajarlos como libro para publicarlos en el proyecto editorial que acababa de iniciar, Ediciones Paradiso.

Aunque escribo desde antes de ir a la escuela primaria, hasta entonces no había publicado ningún libro, y tomé muy en serio la oportunidad que me ofrecía el poeta Paredes. Pedí vacaciones en el empleo que tenía y me puse a trabajar en la selección de los poemas, desechando varios, mejorando otros y escribiendo algunos más. El padre de mi hija Andrea, que entonces era una bebé, asumió su cuidado durante el tiempo que necesité para completar esa tarea; así

⁴ Gelman, Juan (2012). *Compañía al tigre que se comió el ocaso/ viene de un sueño muy desoñado ya/ y navega porque ningún sol es el último/ y están los soles que vendrán/despertando*. “Oír”, en *Poesía reunida*. Epulibre.

pude dedicarme exclusivamente a escribir, lujo que, entre paréntesis, es la única vez que me he dado.

Así nació *Porque ningún sol es el último*, mi primer libro, y el único de poesía. Tuve el honor de que escribiera el prólogo la poeta Clementina Suárez, Premio Nacional de Literatura, una de las voces con mayor vigencia en ese entonces y hoy. La prensa nacional, la reconocida escritora e investigadora Helen Umaña, mi editor Rigoberto Paredes y el poeta José Adán Castelar –los tres merecedores del Premio Nacional de Literatura en diferentes años– tuvieron la generosidad de publicar comentarios elogiosos. “Con verso sobrio y directo, como tallado a duros golpes de existencia [María Eugenia Ramos] construye un mundo poético en donde, a la voluntad política, de sólido compromiso con los sectores sociales históricamente postergados, se amalga un sentimiento de contenida ternura en cuya sustancia percibimos la presencia de hilos de acerado temple”, escribió Helen Umaña.⁵

Afortunadamente ahora en Honduras hay muchas mujeres escribiendo poesía, pero entonces mi libro fue una novedad. Con la excepción de Clementina Suárez, quien desde los años cuarenta había despegado en solitario hacia la poesía vanguardista, en Honduras había muy pocas mujeres poetas, y entre esas pocas predominaba la rima dedicada a los clásicos temas “femeninos”, como el amor sumiso. Yo opté por distanciarme en forma y fondo de estos temas, no para “romper” con mis contemporáneas, sino para aproximarme a la poesía que había leído y me gustaba, sobre todo la de César Vallejo y Miguel Hernández.

La honestidad con que fue concebida esta poesía probablemente ha influido para que, a pesar de que por lo general no ha sido tomada en cuenta en antologías publicadas en Honduras, sí aparece en recopilaciones de poesía hondureña y centroamericana publicadas en el extranjero; entre ellas, la selección bilingüe francés-español *Poesie hondurienne du siècle XX*, de Claude Couffon, publicada en Ginebra por Ediciones Patiño en 1997; y *Puertas abiertas. Antología de poesía centroamericana*, selección de Sergio Ramírez publicada en 2011 por el Fondo de Cultura Económica de México. Además, he participado como invitada en un par de festivales internacionales

⁵ Umaña, Helen (1992). “La solidaria poesía de María Eugenia Ramos”, en *Ensayos sobre literatura hondureña*. Tegucigalpa: Editorial Guaymurás.

de poesía, entre ellos el Festival Internacional de Poesía de Medellín.

Y nada de esto hubiera sido posible sin este pequeño libro de apenas 50 páginas.

AUSENCIA

Alguien se fue
y dejó todos los cuadernos
abiertos en la página 21,
servidos el café
y los frijoles
en la mesa,
caliente
la cama sin hacer,
el perro
esperando su comida,
una cita de amor
puesta a secar en la ventana
y en los vacíos del ropero
el olor de los sueños.

LA LLENA

1

La corriente del río
arrastra cerros,
casas a medio construir,
sismógrafos,
paraguas.

No hay un lugar seguro
desde donde se la pueda ver pasar.
Todo será destruido.
Todo será asolado.

En mitad de la noche
una serpiente roja
crecerá como llama
estrangulando escombros.

2

En estos años
la angustia rueda cuesta abajo.

La tormenta apagó la voz de los ancianos
y ya no tenemos miedo.
Nunca más.

3

Qué dulce es el ardor de la serpiente.
Hemos parido la furia de los ríos.

UNA LARGA PLAYA

...la larga playa de la espera...

GIOCONDA BELLI

Hermanos, de ustedes
yo no conozco nombres
ni la forma de andar
ni los amores
grandes o pequeños.

Solo esta muerte
esta estrella incendiada
que me arde desde lejos
esta ola de sangre
que me empuja
contra los arrecifes
de tiempo y agua.

Estoy aquí
obligada a guardar la verdad
avariciosamente para mí sola
aunque ustedes me enseñaron

que es necesaria para todos
como el pan y la luz
de los domingos.

Siempre nos han vendido las promesas.
Al fin hemos aprendido
que la felicidad tiene su plazo.
Con la sangre de ustedes
hemos pagado la primera cuota.

LA FRAGUA

La fragua es dura.
Nos calientan al rojo vivo
y nos golpean sin misericordia.
Bajo el martillo
apretamos los dientes.
Sentimos que la carne
se nos desprende de los huesos,
nos estiran los nervios,
nos arrancan las vísceras
de sus cavidades.

Pensamos
haber llegado al límite
del dolor o del goce,
de la soledad
o de la borrachera.
Y al otro día
de nuevo nos estremecen
el vacío,
la miseria
y la grandeza humanas.

Somos un poco más libres
porque ya no nos angustia la pureza.
No nos atemorizan tanto
el sufrimiento
ni el deseo.

Una piedra se estrella contra el muro
en la noche.

Estando enamorados de imposibles
aseguramos el pan
de los días inéditos
y de los subsiguientes dolores de cabeza.

EL TÚNEL

No hay Dios
ni tierra prometida,
dijeron los arcángeles.
Nos han prohibido el paso
en este túnel.

(Se respira un polvillo
de cristales
y en el aire
arde una mariposa extraña.)

¿Quién levantó este túnel,
quién lo hizo oscuro
como el miedo
y le colgó a la puerta
este desconocido pájaro?

Son infinitos los mundos,
dijeron los arcángeles,
y en todos
la ansiedad tiembla descalza
como una niña ciega.

De todos los temores
el de la soledad
es el más grande.
De todos los dolores,

de los remordimientos,
de los dones.

La soledad es nuestra fuerza,
dijeron los arcángeles.

Con ella
romperemos el túnel.
Andaremos el túnel
para llegar a ella.
La perderemos
para pasar el túnel.
La encontraremos
en el túnel.

Romperemos
 andaremos
 llegaremos
 perderemos
 pasaremos.

¿Encontraremos?

RIESGO

Asumir la ternura
como deber histórico
es igual que volver de un largo viaje
mirarlo todo
probar el temple
de la carne y el alma
identificar el olvido
con la muerte
y decidir quedarse
 quedarse
 quedarse
y transformar
el corazón vagabundo
hacerlo sólido

creador legítimo de estrellas
aunque se rompa en el intento.

RUTINA DE LA VIDA PRESTADA

Vuelvo de la calle
a colgar en mi pieza
la ropa de salir
y la mirada deseable.

Por el desagüe
dejo correr la suciedad
y la capa exterior
de los dolores.

Como cada noche
espero el inicio de la pesadilla.
El argumento es el mismo;
las variantes, sin término.

A las tres de la madrugada
el peso del mal sueño
y de mi vejiga llena
me hacen abrir los ojos.

Me acomodo mejor
en la cama prestada
y me duermo con un sueño blanco
hasta que la dulce luz de las cinco
me toca la frente
como si fuera mi madre
y me doy cuenta de que tengo
contra todo pronóstico
un día más de plazo
para asaltar el cielo
o morir en el intento.

RETRATO

*Para Ventura Ramos,
mi padre.*

En este país
vive un viejo de ochenta años,
enfermo, casi sordo,
lleno de rituales y de afectos.

Con su andador de niño
va de su cuarto al comedor,
pelea con su mujer y con las nietas,
va al patio, regresa.

Desde su escritorio
sueña con un país mejor,
el verdadero,
se conmueve, se indigna
y con la furia de su espera
lanza páginas en llamas
contra los enemigos de la patria.

ELEGÍA

No mueras,
te amo tanto.

CÉSAR VALLEJO

Aunque sea igual que siempre
y quisiéramos decirle a un ser humano:
“hermano, ¡te amo tanto!”
cuando ya no puede escucharnos;
aunque la impotencia nos convierta
en árboles vacíos
igual que si un rayo nos tocara
quién sabe cuánto tiempo

andaremos buscando,
regando los rincones
como si esperáramos
que germinen semillas
hasta que un día
nos deslumbre la certeza
de que ellos están vivos
y nosotros somos los muertos.

DE ESTE PAÍS Y DE ESTAS GENTES

Como un norte helado y cruel
el dolor ha caído brutal
sobre este tiempo y estas gentes.

Las tierras ávidas,
las mesas de trabajo,
las mujeres encintas
han desaparecido bajo una lluvia sucia
de hojas disecadas y animalitos muertos.

En todos los pasillos
cientos de espejos rotos
reproducen el polvo.

A juzgar por la imagen que devuelven
ningún hombre está sano.
Solo aparecen rostros incompletos,
ojos llenos de furia,
bocas incapacitadas para el beso,
frentes donde todos los pensamientos
mueren sin pasar de embriones.

El odio se distribuye en panes
por las mesas.
No hay sitio para la sal
y el café de las mañanas
tiene un sedimento amargo.

Son los pobres de luna,
los mendigos del ojo solitario,
los impotentes,
los maniáticos,
los que hoy deciden
sobre la restauración de catedrales
el curso de los ríos
y la conveniencia del amor.

Estar vivo
y ser de este país
y de estas gentes
no es alegre ni triste
sino necesario.
Ser fiel a las raíces
seguir creyendo
en la posibilidad de la esperanza
es el único modo de sobrevivir
a la miseria de este tiempo.

SOBRE EL AUTOR

Daisy Zamora (Nicaragua, 1950). Poeta, ensayista, traductora y editora. Fue vice ministra de Cultura de su país, además de fundadora del Centro Nicaragüense de Escritores (CNE), de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE) y de la Coalición de Mujeres en Nicaragua. Su obra incluye títulos como *En limpio se escribe la vida* (1988), *La mujer nicaragüense en la poesía* (antología, 1992), *A cada quien la vida* (1994), *Fiel al corazón* (2005), *Tierra de nadie, tierra de todos* (2007), *La violenta espuma* (2018), y *Tránsito de espumas* (2020). Se destacan también sus dos libros, *Hacia una política cultural de la Revolución Popular Sandinista* (antología de textos relativos a políticas culturales, 1982), y su traducción al español de la obra del poeta inglés George Evans, *Espejo de la tierra* (2007).

Soledad Álvarez (República Dominicana, 1950). Poeta y ensayista. Inició su actividad literaria a finales de los años sesenta. Estudió Literatura Hispanoamericana en la Universidad de La Habana. En 1980 obtuvo el Premio Siboney de Ensayo con el libro *La magna patria de Pedro Henríquez Ureña*. En 1994 publicó el poemario *Vuelo posible* y en 2006 *Las estaciones íntimas*, con el que mereció el Premio Nacional de Poesía "Salomé Ureña". En 2015 le fue otorgado el Premio Caonabo de Oro. En 2016, mereció de nuevo el Premio Nacional de Poesía con el libro *Autobiografía en el agua*. Como ensayista ha publicado *Complicidades. Ensayos y comentarios sobre literatura dominicana* (1998), *De primera intención. Ensayos y comentarios sobre literatura* (2009) y *República Dominicana. Paisaje. Cultura* (2013). En colaboración, *El siglo XX dominicano. Economía, política, pensamiento y literatura* (Codetel, 1999) y *Cultura y sociedad en la República Dominicana* (El Siglo, 2000). En 1996 antologó y presentó para una red de diarios iberoamericanos el *Periolibro* dedicado a Pedro Henríquez Ureña. Como antóloga ha publicado los libros *La ciudad en nosotros* (2008) y *Santo Domingo. Visiones de la ciudad* (2010).

Manuel Orestes Nieto (Panamá, 1951). Poeta, crítico literario y de artes. Fue embajador de Panamá en Cuba, la República Argentina y en el Reino de España. Director de la Biblioteca Nacional. Subdirector del Instituto Nacional de Cultura. Desde el 2009,

Director de la Editorial de la Universidad Especializada de las Américas (UDELAS). Académico de Número de la Academia Panameña de la Lengua (diciembre de 2018). De su poesía destacamos los títulos más recientes: *El imperecedero fulgor* (1996), *El país iluminado* (2001 y 2003), *Ardor en la memoria* (2008). *Altamar* (obra reunida de 45 años de poesía, 2013, 2015, 2017 y 2018).

Reina María Rodríguez (Cuba, 1952). Poeta, narradora y editora. Trabajó en la radio como redactora y coordinó la sección literaria de la Asociación Hermanos Saíz. Dirige la Casa de Letras y es editora de la revista *Azoteas*. Fue merecedora de la Orden de las Artes y las Letras de Francia (1999) y de la Medalla Alejo Carpentier (2002). Su primero libro es *La gente de mi barrio* (1976). Entre los más recientes: *Tres maneras de tocar un elefante* (2004), *Bosque negro* (2005 y 2008), *Otras mitologías* (2012), la antología *Bosque Negro* (2014), y *El piano* (2016).

Aída Toledo (Guatemala, 1952). Poeta, narradora, ensayista. Hizo un profesorado y una licenciatura en literatura en la Universidad de San Carlos de Guatemala en 1989; realizó una maestría en artes en 1997; un doctorado en estudios culturales y literatura en 2001, los dos por la Universidad de Pittsburgh. Y una estancia postdoctoral en género, de la Universidad de Aguascalientes, en México, 2014. Ha trabajado como profesora en las universidades de Pittsburgh, Alabama y San Carlos. Es profesora e investigadora en la actualidad, de la Universidad Rafael Landívar en Guatemala. En su poesía se destacan los títulos *Brutal batalla de silencios* (1990), *Realidad más extraña que el sueño* (1994), *Con la lengua pegada al paladar* (2006), *La verdad es algo gelatinoso* (2010) y *El cielo se está cayendo a pedazos* (2018). Además de otros libros, como *Pezóculos* (Cuento, 2001), *Vocación de herejes. Reflexiones sobre literatura guatemalteca contemporánea* (Ensayo, 2002) y *La escritura de poetas mayas contemporáneas* (Ensayo, 2015) – este último en colaboración con Consuelo Meza Márquez.

Giovanna Pollarolo (Perú, 1952). Poeta, narradora, dramaturga. Ha publicado los poemarios *Huerto de los Olivos* (1987), *Entre mujeres solas* (1991, 1996, 2000) y *La ceremonia del adiós* (1997). También ha

incursionado en la narrativa con el libro de relatos *Atado de nervios* (1999) y las novelas *Dos veces por semana* (2008) y *Toda la culpa la tiene Mario* (2016); en el teatro, con *Donde mis ojos te vean*; en el cine como coguionista, con Augusto Cabada, de *La boca del lobo* y *Caidos del cielo*, entre otras películas; también adaptó, con Enrique Moncloa, *Pantaleón y las visitadoras*. Asimismo, adaptó *Tinta roja* y escribió el guion de *Ojos que no ven*. Fue editora de la revista *Debate*, y columnista en el diario *Perú.21*. Actualmente es docente en la Pontificia Universidad Católica del Perú y dirige el programa de Maestría de Escritura Creativa.

Vanessa Droz (Puerto Rico, 1952). Poeta y editora. Durante la década del setenta fue integrante de las principales revistas literarias del país: *Zona Carga y Descarga* y *Penélope o el otro mundo* y en los ochenta, funda la revista cultural *Reintegró*. Ha sido presidenta del PEN Puerto Rico, integrante de la Junta Asesora de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña y de la junta del Museo-Biblioteca La Casa del Libro. Desde 2008 es integrante del Comité Asesor del Museo de las Américas para la realización de sus exposiciones. En su poesía se destacan: *La cicatriz a medias* (1982), *Vicios de ángeles y otras pasiones privadas* (1996), *Las cuatro estaciones – Suite caribeña* (2016) y *Permanencia en puerto* (2019).

Mía Gallegos (Costa Rica, 1953). Es poeta, narradora, ensayista y periodista. Entre sus libros de poesía se destacan *Golpe de albas* (1977), *Los reductos del sol* (1985), *El claustro elegido* (1989), *Los días y los sueños* (1995) y *El umbral de las horas* (2006), además de la prosa poética de *Deslumbrada* (2013) y el volume de ensayo *Tras la huella de Eunice Odio* (2019).

Lourdes Espínola (Paraguay, 1954). Poeta. De sus quince libros se destacan: *Ser mujer y otras desventuras* (1985), *Encre de femme/Tinta de mujer* (1997), *Les mots du corps/Las palabras del cuerpo* (2001), *As nupcias silenciosas* (2006), *Desnuda en la palabra* (2011), *Todo Poema es Animal de Caza* (2018).

Carlos Barbarito (Argentina, 1955). Poeta y crítico de artes. La poesía encuentra altos vuelos en libros como *Éxodos y trenes* (1987),

Parte de entrañas (1991), *Bestiario de amor* (1992), *Desnuda materia* (1999), *Piedra encerrada en piedra* (2005), *Un fuego bajo un cielo que huye* (2009), *Falla en el instante puro* (2016) y *Radiación de fondo* (2018). En cuanto a sus publicaciones referidas a las artes plásticas se destacan *Acerca de las vanguardias* (1990), *Roberto Aizenberg. Diálogos con Carlos Barbarito* (2001), y *Norma Bessouet* (2020).

Miguel Márquez (Venezuela, 1955). Escritor, poeta y editor. Fue creador y director de la Fundación Editorial El Perro y La Rana. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Cosas por decir* (1982), *Soneto al aire libre* (1986), *Poemas de Berna* (1991), *La casa, el paso* (1992), *A salvo en la penumbra* (1998), *Linaje de ofenda* (2001), *La memoria y el anzuelo* (2006), *Fragmentos de la batalla* (2010), *Poemas de la independencia y el escarnio* (2010), *Reserva y esplendor* (2011), *Trinitarias de la cara y el envés* (2014), *Campana en el fondo del río* (2015) y *Creyones sobre el asfalto* (2016).

Gary Daher (Bolivia, 1956). Poeta, ensayista, traductor y novelista. Junto a los poetas Ariel Pérez y Juan Carlos Ramiro Quiroga conformó el grupo literario de poesía que se conoció como Club del Café o del Ajenjo, corresponsables por la publicación de la revista *Mal menor*. Durante 1993 y 1994, ha dirigido junto a los poetas Vilma Tapia y Álvaro Antezana el suplemento *El Pabellón del Vacío*, semanario literario que marca un salto en cuanto a los espacios de difusión y crítica de la literatura boliviana. Ha publicado en la prensa boliviana muchas traducciones suyas de poetas brasileños. Es de destacar en el campo de la traducción: *Safo y Catulo: poesía amorosa de la antigüedad* (2005). Entre sus libros de poesía: *Los Templos* (1993), *Desde el otro lado del oscuro espejo* (1995), *En busca de la piedra y el agua* (2005), *Oruga Interior* (2006), *Viaje de Narciso* (2009), *Jardines de Tlaloc* (2017) y *Piedra Sagrada* (2018).

Carlos Parada Ayala (El Salvador, 1956). Poeta, con licenciatura en literatura hispanoamericana y brasileña y maestría en educación, vive en Estados Unidos, donde fue cofundador del grupo ParaEsoLaPalabra, organización de escritores, artistas y activistas cuyo objetivo fue promover las artes, la música y la literatura en

las comunidades de habla hispana de la zona metropolitana de Washington. Coeditor de la antología bilingüe *Knocking on the Doors of the White House: Latina and Latino Poets in Washington, DC* (2017). Su poesía se encuentra en *La luz de la tormenta/The Light of the Storm* (2013).

Florian Martins (Brasil, 1957). Poeta, editor, dramaturgo, ensayista y traductor. Es director de ARC Edições y *Agulha Revista de Cultura*. Su sello editorial mantiene en coedición con Editora Cintra una muy amplia colección de libros virtuales (con opción de versión impresa) por Amazon. Estudioso del Surrealismo y la tradición lírica hispanoamericana, con algunos libros publicados sobre los dos temas, en Brasil ha publicado traducciones suyas de libros de Enrique Molina, Vicente Huidobro, Federico García Lorca, Pablo Antonio Cuadra, Aldo Pellegrini, César Moro, entre otros. Su poesía completa, bajo el título *Antes que a árvore se feche*, acaba de ser publicada (2020). Otros títulos: *Tres estudios para un amor loco* (México, 2006), *Teatro imposible* (Venezuela, 2008), *Fuego en las cartas* (España, 2009), *Espelho náufrago* (Portugal, 2017) y *A grande obra da carne* (2017).

Maritza Cino Alvear (Ecuador, 1957). Poeta y narradora. Entre sus libros se destacan: *Algo parecido al juego* (1983), *A cinco minutos de la bruma* (1987), *Inventiones del retorno* (1992), *Infiel a la sombra* (2005), *Cuerpos guardados* (2008), los relatos de *Días frívolos* (2016) y una edición de su *Poesía reunida 1983-2013* (2013).

Luis Bravo (Uruguay, 1957). Poeta, ensayista, investigador, profesor universitario. Codirigió los primeros *Festivales Internacionales de Poesía* en Uruguay (1993 y 2006). Fue curador del ciclo Poesía Multimedia *Esto pasa por la voz* (2009), así como escritor residente del *International Writing Program* de la Universidad de Iowa (2012). Publica poesía en libros y plaquettes, casetes, CDrom, CD, Dvd, ciber-poemas y discos on line, en virtud de la intermedialidad de su arte poético. Algunas obras publicadas: *Árbol veloz* (1998 y 2009), *Algo pasa por la voz* (2008), *Areñal: ene topos bilingües & other sounds* (2013), *Paso de los Trovos/100 DaDá* (2016), *FonoZoo Ferreiro* (2017) y *El Roce de las Voces* (2019).

Beatriz Hausner (Chile, 1958). Poeta y traductora. Vive en Toronto, Canadá. Ha traducido al inglés, entre muchos otros, los poetas Alberto Baeza Flores, Enrique Gómez-Correa, Edouard Jaguer, Rosamel del Valle, César Moro, Enrique Molina, Aldo Pellegrini, Olga Orozco, Eugenio Granell, Humberto Díaz-Casanueva, Álvaro Mutis, César Dávila Andrade y Ludwig Zeller – este último en colaboración con A. F. Moritz. Igual ha traducido al español escritores canadienses como Matt Cohen, Roland Giguère y Roch Carrier. Su poesía incluye títulos como *The Wardrobe Mistress* (2003) *The Stitched Heart* (2004), *The Archival Stone* (2005), *Sew Him Up* (2010), así como la prosa poética de *Mornings With My Double* (2008), *The Metaphysics of Water* (2012) y *Enter the Raccoon* (2012).

Omar Castillo (Colombia, 1958). Poeta, ensayista y narrador. De 1984 a 1988 dirigió la revista *otras palabras*. Y de 1991 a 2010, dirigió la revista de poesía *Interregno*. En 1985 fundó y dirigió, hasta 2010, *Ediciones otras palabras*. Ha publicado los libros de poesía: *Divagaciones* (1978), *Vestuario* (1979), *Garra de gorrión* (1980), *Limaduras del sol* (1983 y 1986), *Fundación y rupturas* (1985), *Relatos del mundo o la mariposa incendiada* (1985), *Informe* (1987), *Relatos de Axofalas* (1991), *Leyendo a Don Luis de Góngora* (1995), *Abra, el libro de los amigos* (2003), *Poema de New York*, con traducción al inglés por G. Leogena (2007) y *Los años iniciales en el vacío* (2008). En 2012 publica *Huella estampida, obra poética 2012-1980*. Después publica: *Tres peras en la planicie desierta* (2018), la antología *Limaduras del sol y otros poemas* (2018) y *Jarchas & Escrituras* (2020). Su obra también incluye el libro de narraciones *Relatos instantáneos* (2010) y los libros de ensayos: *En la escritura de otros, ensayos sobre poesía hispanoamericana* (2014 y 2018), *Al filo del ojo* (2018) y *Asedios, nueve poetas colombianos* (2019).

José Ángel Leyva (México, 1958). Poeta, narrador, periodista, editor y promotor cultural. Dirige la editorial y la revista literaria *La Otra* y es colaborador habitual del suplemento cultural del diario *La jornada*. Ha publicado más de 20 libros de poesía, narrativa, divulgación de la ciencia, periodismo y ensayo. Entre los que destacan: Libros de poesía: *Catulo en el Destierro* (1993, 2006, 2007

y 2012), *Entresueños* (1996), *El Espinazo del Diablo* (1998), *Durangueraños* (2007), *Aguja* (2009, 2010 y 2011), *Habitantes* (2010), *Cristales Sólidos* (2010), la antología *Carne de imagen* (2011), *Tres cuartas partes* (2012 y 2020), *Destiempo* (reunión de poemas y ensayos, 2012), *En el doblez del verbo* (2013) y *Luz y Cenizas* (2019).

María Eugenia Ramos (Honduras, 1959). Poeta, ensayista y narradora, su obra ha sido incluida en numerosas antologías de poesía y cuento de Honduras y Centroamérica. Obra publicada: *Porque ningún sol es el último* (poesía, 1989), *La visión de país en Clementina Suárez y Alfonso Guillén Zelaya* (ensayo, en coautoría con Mario A. Membreño Cedillo, 2002), *Una cierta nostalgia* (cuentos, 2016), *La niña que nació para ser poeta: Clementina Suárez* (biografía de la poeta hondureña Clementina Suárez, 2018), además de la compilación y edición de la *Poesía completa de Clementina Suárez* (2013).

CRÉDITO DE LAS FOTOGRAFÍAS

Daisy Zamora © Marta Leonor González
Soledad Álvarez © s/d
Manuel Orestes Nieto © Helena Carrasco Brioso
Reina María Rodríguez ©
Aída Toledo © Zayda Noriega
Giovanna Pollarolo © Jose Rebazza
Vanessa Droz © s/d
Mía Gallegos © Marcela Álvarez Gallegos
Lourdes Espínola © s/d
Carlos Barbarito © Norbert Guthier
Miguel Márquez © Miguel Márquez
Gary Daher © s/d
Carlos Parada Ayala © Carlos Parada Ayala
Floriano Martins © Pascual Borzelli Iglesias
Maritza Cino Alvear © s/d
Luis Bravo © Greg Bal
Beatriz Hausner © George Pimentel
Omar Castillo © Luz Marley Cano R.
José Ángel Leyva © Pascual Borzelli Iglesias
María Eugenia Ramos © María Eugenia Ramos

ÍNDICE

Presentación | El principio de las esferas

Daisy Zamora (Nicaragua, 1950)
Soledad Álvarez (República Dominicana, 1950)
Manuel Orestes Nieto (Panamá, 1951)
Reina María Rodríguez (Cuba, 1952)
Aída Toledo (Guatemala, 1952)
Giovanna Pollarolo (Perú, 1952)
Vanessa Droz (Puerto Rico, 1952)
Mía Gallegos (Costa Rica, 1953)
Lourdes Espínola (Paraguay, 1954)
Carlos Barbarito (Argentina, 1955)
Miguel Márquez (Venezuela, 1955)
Gary Daher (Bolivia, 1956)
Carlos Parada Ayala (El Salvador, 1956)
Floriano Martins (Brasil, 1957)
Maritza Cino Alvear (Ecuador, 1957)
Luis Bravo (Uruguay, 1957)
Beatriz Hausner (Chile, 1958)
Omar Castillo (Colombia, 1958)
José Ángel Leyva (México, 1958)
María Eugenia Ramos (Honduras, 1959)

Sobre los Autores

Crédito de las fotografías

Esferas del tiempo – Poetas iberoamericanos nacidos en los 1950
de Floriano Martins y Omar Castillo se terminó de ensamblar en su versión
digital en octubre de 2024. En su composición se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion
Pro JMH Typewriter y Californian FB: 10, 12, 14, 18.



2024

**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**